LUIS DE ARMIÑÁN

LOS SEGADORES

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

LOS SEGADORES

LOS SEGADORES

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa

POR

LUIS DE ARMIÑÁN

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 29 de Enero de 1908



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1908

Al Sr. D. Alejandro Saint-Aubin

Mi querido amigo: Cumplo un gratísimo deber dedicando á usted esta obra, cuyo éxito usted anticipó, haciendo á su autor fáciles los caminos por los que se llega al soberano público y acompañándolo cariñosamente con sus consejos y su amistad, hasta el momento mismo en que el público y la crítica dictaron su fallo inapenable.

A usted que es un crítico de reconocida autoridad, un artista delicado y modesto y un pensador de nobles avanzadas ideas y además, y por encima de todo lo dicho, un perfecto y completo caballero, quiero probarle como puedo que tiene un agradecido en su buen amigo,

L. de Armiñán.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DON JAIME, fabricante	Francisco Morano.
MOSÉN ANDRÉS, cura, hermano del anterior	Leovigildo Ruiz-Tatay.
MONSERRAT, hija mayor de D. Jaime, su pubilla ó heredera	Carmen Cobeña.
CRISTETA, hija menor del mismo	María Luisa Ahijón.
REMEY, criada vieja. Ama que fué de Monserrat	Josefina Alvarez.
PERET, mayordomo y servidor de la casa Llivia	Rafael Cobeña.
RAFAEL DÍAZ, médico militar	Francisco Comes.
EL ALCALDE	Ricardo Manso.
JOSÉ, asistente de Díaz	Benito Cobeña.
UN ALGUACIL	Carlos Soto.
EL ROJO, obrero	Manuel Perrín.
EL FEDERAL, idem	Federico Llorens.
ANTONIO EL CANTINERO, contratista	Luis Amato.
UNA MONJA	

Trabajadores, mujeres, etc.

La acción en un pueblo fabril de la montaña catalana.—Época actual

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

La escena representará el comedor de la casa del fabricante don Jaime. Una habitación grande con puerta lateral izquierda que da al zaguán y calle. Una puerta interior que conduce al piso alto. Al fondo, puerta que da acceso á una escalera que conduce á la huerta, y otra puerta de paso á las habitaciones interiores del fondo. A la derecha, dos grandes ventanas: en medio de ellas una chimenea.

El tono y carácter de la decoración, sombríos. Viguería de roble en el techo. Sillas y muebles antiguos. Mesa grande en el centro. Armarios loceros, arcas y algún cuadro religioso completarán la decoración. Entre las dos puertas del fondo, una mesa escritorio con libros y papeles, y adosada á la pared una caja de hierro para guardar caudales.

La mesa del centro, con manteles, platos, porrones catalanes con vino y restos de la cena.

ESCENA PRIMERA

DON JAIME, MONSERRAT, CRISTETA, REMEY, MOSÉN ANDRÉS y PERET

Don Jaime sentado en la mesa de escritorio recibiendo las cuentas. Peret á su lado rindiéndoselas. Monserrat y Remey levantando la mesa. Mosén Andrés cerca de la chimenea y casi á su lado Cristeta cosiendo. Los diálogos serán tres: uno entre don Jaime y Peret;

otro entre Monserrat y Remey, y el otro entre Mosén Andrés y Cristeta. El primero de éllos dominará á los otros dos. Luego el diálogo será general

PERET (A don Jaime.) Se pagaron los jornales á todo el mundo. Total: dos mil setenta y dos pesetas. Aquí tiene usted los recibís en las libretas firmadas.

D. JAI. ¿Se dedujeron las multas?

PERET Sí, señor. Por cierto que los Largos armaron un escándalo. Fué preciso que Jacinto les enseñara los dientes. Hubo su poco de jaleo y esta noche se reune la Junta para llevar á ella, según dicen, esa cuestión y la de los despidos. Creo que van dispuestos á armarla. Las mujeres, como siempre, eran las que más escandalizaban. Se preparan á la huelga. He encargado al Rojo que venga á decirnos lo que pase. Como le digo, lo que más les exalta es que hayamos despedido á los forasteros.

D. JAI. Pues lo hecho, hecho está. Que huelguen si les da la gana. Ya verán cómo comen. Ni admito á los aragoneses, ni perdono un céntimo de las multas, ni cierro las cantinas. Estoy harto de gandules y de guapos. A ese necio de Alcalde se lo he dicho cien veces. Toda esa gentuza tiene que salir de aquí: que se vaya á su tierra. (Pausa. Dirigiéndose á Peret.) ¿Se pagó la factura de Castillo y Codina?

PERET (Señalando á unos papeles.) Ahí la tiene el señor; y ahí tiene también la liquidación de algodones y la nota de Antonio el Cantinero. Este me ha dicho que no tenía más que dos sacos de garbanzos, y se ha repetido á Roca, hermanos, el pedido anterior rogándole una baja en el precio. El vino es el que nos rechazan los obreros. Antonio dice que lo debe saber el señor; porque todos los días tiene cuestiones por esto.

D. JAI. Allá él y ellos: esa no es cuenta mía. Que se las arregle como pueda, pues no en balde le doy el quince por ciento. Además, ese vino bebo yo en mi casa. ¿Quieren, acaso, Priora-

to del añejo esos bergantes?... ¡Qué tiempos, Peret, qué tiempos!... Esto se está poniendo imposible. El trabajo no remunera. Trabajamos sólo porque ellos coman y aun quieren quedarse con nuestros ahorros. Todo va contra el productor. El Gobierno nos explota y nos roba; los obreros nos atropellan y nos vejan. ¡Dios tendrá que apiadarse de nuestra tierra! Esta situación ha de tener pronto remedio. Tendremos que librarnos de la pesada carga que soportamos hace tanto tiempo... (Transición.) ¿No hay nada más?

PERET Nada más, por ahora, señor. (Queda en pie, silencioso, haciendo un cigarro.)

REMEY (A Monserrat, mientras ambas quitan la mesa.) Lo temo todo de tu hermana. Mírala cómo charlotea con Mosén Andrés. Esta mañana hablaron largo y tendido, y luego Cristeta me dijo que no tapaba más tus devaneos. Está enterada, sin duda, de cuanto ocurre, y mis lágrimas, mis reservas y mis ruegos no hacen más que ponerla furiosa. Cuando se enteren de que viene aquí tu novio, ella y tu tío van á descubrirlo todo. Dice tu hermana que estás escarneciendo la formalidad de tu padre... Procura verla, engatúsala; gana tiempo siquiera.

MON. (A Remey.) Calla, ó habla más bajo. ¿No ves cómo escuchan?

REMEY (A Monserrat.) No pueden oirnos. Tu tío (Señalando disimuladamente á Mosén Andrés.) es el que lleva la trama. Ayer se puso conmigo como un loco; toda su mansedumbre se convirtió en fiereza. ¡Ah, si lo hubieras visto!... Yo creí que me atropellaba. Me dijo que yo era una mujer idiota que va á causar grandes desgracias... (Entristecida.) ¡Ay, niña mía: quítame este penar de vida!... Habla con ellos, ó déjame que yo les hable. Así no podemos seguir.

MON. (A Remey.) Cuando podamos, haremos lo que dices. Ahora, no; ahora, no, Remey. Acabarían con todo. Mi padre, ¿quién puede predecir lo que haría? Quiero ser sola la que

resista el turbión. Ahora, no; por Dios. ¡Dentro de unos días Rafael lo habrá resuelto todo; entre tanto, Dios velará por mí! (Transición.) Pero, dí, ama: ¿es, acaso, un crimen que yo quiera á un hombre honrado?

REMEY. Para ellos, sí. ¿No ves que no le conocen? Sobre todo, busca remedio á esta situación.

MON. (Mirando hacia Mosén y Cristeta.) Calla ya: pueden oirnos.

CRIS. (A Mosén Andrés.) El ama lo sabe todo: ella es la encubridora de los actos de Monserrat. Se ocultan de mí. No he podido averiguar más, y desespero ya de conseguir nada. Esta mañana, mi hermana escribía en su cuarto: me vió entrar y se escondió la carta en el pecho. ¡Ah, esa hermana va á concluir mal! (Pensativa.) ¡Acabará mal!...

M. AND. Pues es necesario poner término á esas relaciones antes de que lleguen á verse. Esos malditos forasteros son astutos y disimulados como zorros. A ver si consigues averiguar cuándo lo espera. Ese pícaro la ha embaucado con sus artes infernales. Sin duda, ha olido los dineros de tu padre. Eso lo impediremos á toda costa. Hay que salvar á esa infeliz, y si no logramos que ella nos secunde debemos decírselo á tu padre. En nuestra tierra, el padre es el señor, el dueño.

CRIS. Tío, baje la voz: nos escuchan.

M. AND. Engáñala: luego, en vuestro cuarto, hazla reflexionar. Dila que, como hermana, debe tener confianza en tí; que tú no te opones á lo que sea razonable. Disimula, inventa, Cristeta. Monserrat es candorosa y te abrirá su pecho.

D. JAI. (Desde su mesa, llamando.) ¡Andrés!

M. AND. (Poniéndose en pie y acercándose á su hermano.) ¿Qué quieres, Jaime?

D. JAI. ¿Dijiste al señor cura de San Pablo lo de las misas? Que diga él diez á diez reales, y las otras diez las dices tú.

M. AND. Se lo dije. No hay inconveniente ninguno. Desde mañana empezaremos. Así el día del aniversario, diremos las dos últimas.

D. JAI. (A todos.) Ya sabéis que se dicen por el alma de la pobre madre, que Dios haya perdonado.

M. AND. Mañana á las siete diré la primera...

D. JAI. Cuídate de la cera. Ya conoces cómo las gasta el sacristán.

M. AND. Déjalo de mi cuenta. Conmigo no valen mañas, y á esa urraca le tengo muy cortas las uñas. Mañana sólo ofreceremos lo que yo diga: en ella pediré á Dios por el alma de la pobre Teresa, modelo de esposas y de madres. Pediré á la Santísima Virgen de Monserrat vele por la paz y la dicha de esta casa honrada. (Con apasionada unción.) Pediré por la felicidad de nuestra tierra querida, hoy tiranizada por Gobiernos extraños. Pediré á Dios nos guíe á todos por el camino de su santa gloria.

D. JAI. El te oiga y nos ampare. (Vase el ama Remey.)

ESCENA II

DICHOS y el ROJO

ROJO (Desde dentro.) ¿Da el señor su permiso?

PERET Es el Rojo.

M. AND Hermano: ahora sabremos lo que ha pasado en el Casino.

D. JAI Pasa, Rojo. (Entra éste: tipo de obrero alcoholizado, sucio, con larga blusa azul y en la mano una gorra.) Tú, Cristeta, (Dirigiéndose á su hija.) dale un porrón que beba un trago. (Cristeta le alarga el porrón.)

ROJO (A tiempo que coge el porrón.) Gracias. (Bebe luego á la catalana y se limpia la boca con la mano.)

D. JAI. (Tirándole una tagarnina que el Rojo recoge.) Enciende y dinos lo que pasa.

ROJO (Encendiendo despaciosamente la tagarnina.) Nada bueno; esos locos han declarado la huelga en las tres fábricas.

D. JAI. (Con sorpresa é ironía.) ¿Qué dices, hombre?

ROJO Maestro, han vencido los Largos y se han impuesto. Yo pretendí hablar y por poco

me pegan; están tremendos. Por lo visto, llevaban preparada la cosa, y la mayoría se fué con ellos. Quieren que no se puedan imponer multas sin su conocimiento; quieren que desaparezcan las cantinas, y, sobre todo, hacen cuestion cerrada de la admisión de los obreros despedidos.

CRIS. (Parlanchineando.) Y las mujeres, ¿qué dicen? ¿De dónde van á sacar el pan para los hijos, si los hombres no quieren trabajar?

ROJO ¡Váyales usted, señorita, con esas!... Esta noche todas son reinas. Ya andan por ahí en bandadas encizañando á los hijos y á los maridos.

D. JAI (Resuelto.) Ya verán lo que hacen. Por mi parte, ni cierro las cantinas, ni consulto las multas, ni muchísimo menos vuelvo á admitir á los obreros despedidos. Esos vagos mandarán en su casa: en la mía mando yo. (A Peret.) Tú, Peret, vé á buscar al Alcalde y dile que le espero aquí. (Peret se dispone á marcharse.)

ROJO (A Peret.) Espera, nos iremos juntos. (A don Jaime.) ¿Manda algo el maestro?

D. JAI. Nada.

ROJO ¡Ah, señor: qué cabeza la mía! Quedaron en venir á convencer á usted y á notificarle las conclusiones. (Vanse el Rojo y Peret.)

ESCENA III

DICHOS, menos PERET y el ROJO, luego un ALGUACIL

M. AND. (Dirigiéndose á don Jaime.) ¿Vas á recibirlos? Esa gente está tan levantisca porque todos se les rinden y se les humillan. ¡Vergüenza da ver al punto á que están llegando las cosas! Ustedes tienen la culpa de lo que ocurre y vendrán días en que sus obreros los arrastrarán. Faltan energías; faltan hombres tenaces: nuestra tierra ya no es la tierra de los hombres cumplidores; se está extranje-

rizando completamente... Aquí todo está subvertido... Hemos dejado nuestros usos, nuestras religiosas costumbres, y el Señor nos abondona... La tierra, la casa, la familia... Todo cambia.

D. JAI. No me sermonees. Demasiado lo lamento yo y lo pago, además, con mi dinero. Ya ves: precisamente ahora, en la época de mayor trabajo, cuando tengo que servir los pedidos que me han hecho de Barcelona, los obreros me imponen su ley. Están enterados de que me urge atender á mis clientes y escogen este instante para plantearme la huelga.

REMEY (Entrando y dirigiéndose á don Jaime.) El Alguacil quiere darle un recado, señor. Aquí viene.

D. JAI. Que entre. (Sale Remey y en seguida entra el Alguacil.)

ALG. (A tiempo que entrega una carta á don Jaime.) El señor Alcalde me ha entregado esta carta para usted.

D. JAI. (Después de leerla.) ¡Esta nos faltaba!...

MON Padre, ¿qué es?

D. JAI (Sin hacer caso de la hija y dirigiéndose á Mosen Andrés.) Andrés, lee y entérate.

M. AND. (Pausa, mientras lee.) ¡Un nuevo engorro! ¡Con tal de que aquí no estén!... Alójalos en la fábrica.

MON. (Que habrá escuchado con atención. Aparte.) ¡Ya viene!

D. JAI. Así se lo diré al Alcalde. Allá abajo estarán bien.

ALG. ¿Manda algo el señor?... El señor Alcalde vendrá luego; ahora iba al Círculo obrero.

D. JAI. Está bien. (Vase el Alguacil.)

MON. (Insistiendo.) Padre, ¿qué es?

D. JAI. Nada que te interese, mujer. (En estos momentos se oirán en la calle las voces de hombres y mujeres que gritan: ¡Viva la unión obrera! Una voz chillará agudamente: ¡Viva la huelga! Todos se acercarán á las ventanas.)

M. AND. Ruede la bola... Allá van los perdularios y las comadres, como si en el mundo no hubiera Guardia civil...

D. JAI. Todo esto es insoportable y tendrá que acabar á estacazos.

M. AND. Comprendo, Jaime, que las fábricas nos han traído el dinero á Cataluña, nos han hecho poderosos; pero es á costa de cosas que valen más que la plata. Nuestra personalidad, como pueblo, acabará por borrarse. El ateismo será la religión del porvenir, porque todas esas turbas, con su sentido anárquico, impío y revolucionario, están concluyendo con la santa paz de nuestras montañas. Hay que pelear sin descanso; no ceder á las imposiciones de nadie; organizarnos para la lucha contra los enemigos de fuera y contra los de dentro. La unión es la fuerza; y unidos el capital y la propiedad con la religión y el sentido histórico de Cataluña, ésta volverá á ser lo que fué: una gran nación poderosa, rica y cristiana. La gente de bien, á un lado; los aventureros, los pillos, los de afuera, al otro.

D. JAI. Tienes razón; ese es el camino, pero es un camino lleno de dificultades.

M. AND. No hay dificultades que valgan... El día en que todos los catalanes, unidos por las ideas, se propongan hacer lo que he expuesto, Cataluña se habra redimido. Claro, que en los primeros momentos habrá confusión, porque será preciso contar con los catalanes liberalizados, quizá transigir con su sentido radical; pero cuando hayamos conseguido nuestros propósitos, á esos los anularemos. Ahora, todos contra el enemigo común, contra el despótico poder, contra ese sentido de gobernar exótico y jacobino... A colocar á Jesucristo en su sitio y á Cataluña en su puesto: todo lo demás se nos dará por añadidura... (Don Jaime vuelve á su mesa y á sus papeles. Mosén Andrés, meditabundo, pasea. Cristeta, que estará sentada junto á su hermana se dirige á ésta.)

CRIS. Hermana... Monserrat.

MON. ¿Qué quieres?

CRIS. (Con ternura.) Mañana empiezan las misas por el alma de la pobre madre; confesaremos y

comulgaremos en recuerdo suyo: yo te suplico que pienses en todo esto. ¡Ah, si la madre viviera!... Soy tu hermana; sé muy bien que te desagrada lo que vengo haciendo, pero cumplo con mi obligación. Tú y yo debemos querernos más que otras hermanas. ¿Sigues carteándote con aquel militar que conocimos en Barcelona cuando estuvimos por las fiestas de la Merced? (Pausa.) ¿Ves cómo callas?... Pues, yo no puedo hacer lo mismo, porque no quiero ser cómplice de tu desacato á la autoridad de nuestro padre. No tenemos hermanos varones; eres tú la pubilla, la heredera de las Llivias; no puedes disponer de tí; estás unida á tu nombre y á tu casa. En nuestra tierra, de estas cosas no se puede prescindir y, al buscar marido, ten entendido que señalas el dueño, el jefe de esta familia. Por eso, tienes que consultar la elección y someterte en todo á lo que diga mi padre. (Pausa.) ¿No contestas?... ¿Es que no merecen mis palabras respuesta?...

MON. (Tímidamente.) Hermana, no te enfades. No te contesto porque no es oportuno; no porque tus palabras dejen de merecer contestación, sino porque la que yo te diera no la entenderías. Como tú pensaba yo, y eso que me dices me parecía el Evangelio; pero sin culpa por mi parte, te lo juro, repudiándolo al principio, rechazándolo como si fuera un gran mal, por el alma adentro penetró en mí algo poderoso que dominó mi voluntad echando raíces tan hondas en mi corazón que hoy tiene sujeto mi pensar y mi sentir; y te juro, Cristeta, que ahora todas esas cosas tan serias de que me hablas me parecen puerilidades y naderías. Además, mi cariño no repudia todo eso, mi novio no es malo, es muy honrado y muy digno...

CRIS. No es así, porque si lo fuera hubieras hablado al papá.

MON. ¡Si no deseamos otra cosa! ¡Si él es el que más ansía acercarse á vosotros, conquistar vuestros afectos!...

CRIS. (Con desprecio.) ¡Quita allá! Es un cualquiera, un castellanote: no puede hacer tu dicha. Si tanto quieres noviazgos, escoge alguno de los que te rondan. Pero que sea de los nuestros y de nuestra tierra. Ahí tienes al hereu de Casa Puig.

MON. ¡Siempre ese sentido de nuestra tierra, de nuestros hombres, de nuestro dinero! Ese chico de los Puig no me gusta; no le querría aun cuando fuera el Conde de Barcelona.

CRIS. ¿Acaso no es bueno, no es guapo, no es trabajador?...

MON. Si yo no lo niego. Pero no le quiero. Cásate tú con él ya que tanto te gusta.

CRIS. Lo que pasa es que te tiene ese hombre sorbido el seso y que eres muy novelera y muy loca. ¿Por qué te reservas de todos? ¡El que hace una cosa buena no tiene por qué ocultarse!

MON. Ya se dirá todo, pero á su tiempo.

M. AND. (Acercándose á las sobrinas.) Mañana recibiréis los Santos Sacramentos; espero que la gracia de Dios será con vosotras y que llegaréis á la divina mesa con el firme propósito de enmendaros en vuestras culpas. (Llaman á la puerta. Entran seguidamente Remey y Peret.)

ESCENA IV

DICHOS y OBREROS

PERET. (A don Jaime.) Ahí llega la comisión. El señor Alcalde vendrá también en seguida. Voy á esperar á los trabajadores. (Vase.)

D. JAI. No sé por qué me molestan con esta visita. (A Mosén Andrés.) ¿Por qué no los recibes tú?

M. AND. Tú eres el amo y tú debes recibirlos ó no; por más que aquí con razones se adelantará muy poco.

MON. (Interviniendo respetuosamente.) Recibalos, padre; por oirles nada se pierde...

M. AND. Tu padre hará lo que le convenga.

MON. Es que yo me atrevo á creer que le conviene recibirlos. (Llaman á la puerta. Monserrat se levanta rápidamente y acude á abrir.) Aquí están. (Abre y entran los obreros. Son estos ocho ó diez de diversas edades, vestidos con blusas y trajes de faena. Se irán quitando las gorras al entrar, quedándose de pie. Entre ellos viene el Federal, un viejo alto, con barbas blancas.)

D. JAI. (Dirigiéndose á los obreros.) Pasad y sentaos donde podais. (Reconoce al Federal, se dirige á él y le da la mano.) ¡Hola, Federal! No te suponía en estos trotes: tú siempre has sido modelo de trabajadores... ¡Habla!... ¿Qué queréis de mí?

FED. Venimos, don Jaime, del círculo, donde quedan los compañeros aguardándonos. Nos envían para que os roguemos prestéis atención á nuestras quejas y evitéis el conflicto que se viene encima.

D. JAI. (Aparentando ignorancia.) ¿Qué sucede, pues?

FED. Sucede, que á las reclamaciones que os había insistentemente presentado la Junta de obreros, habéis dado respuesta con la imposición de nuevas é injustificadas multas y con el mantenimiento de los denunciados abusos... Siguen las cantinas rocogiendo la mayor parte del jornal que nuestro trabajo nos produce, y lo que es peor, siguen en ellas vendiendo los víveres averiados á cambio de dinero de ley afanosamente ganado. A los que no compran en las cantinas se les buscan las vueltas y se les molesta todo lo que se puede. Como si todas estas cosas fueran insignificantes, hoy sábado, al ir á cobrar, han quedado despedidos cinco trabajadores honrados que no han cometido más falta que la de haber fundado el Circulo y trabajado en la asociación de los proletarios. No puede ser que esos hombres se queden sin trabajo, y todos hemos convenido en que el lunes volverán ellos á la fábrica, como nosotros, ó no volveremos ninguno...

D. JAI. (Interrumpiendo.) ¿Y esos acuerdos venís, por lo visto, á imponérmelos? ¡Os estorban las razones que yo pudiera tener para disponer

lo que dispuse!... Oye, Federal: cuando alguno de vosotros, porque quiere ó encuentra mejor acomodo, abandona la fábrica, ¿me pide á mí permiso para hacer lo que quiere?... No, ¿verdad? ¿Pues por qué yo no puedo hacer lo que hace, cuando quiere, el último de mis obreros?

FED. Señor, la cosa no es igual: sois el fuerte, sustituís al que se va con el que os conviene; nada padece con eso. Pero el obrero no tiene más fábrica que la vuestra; sin vuestro trabajo no tendría ninguno; vos tenéis, en cambio, muchos obreros.

D. JAI. Lo que ocurre es que queréis imponer la ley del embudo.

FED. Si así fuera, (Sonriente.) siempre lo estrecho nos tocaría á nosotros, lo ancho á vos... Algo debe pesar en vos la consideración de que sin nuestro trabajo la fábrica no produciría.

D. JAI. Y vosotros no debíais olvidar que sin mi fábrica no podríais comer...

FED. Por eso, todos debemos ir de acuerdo... Llevo treinta años, día tras día, trabajando de sol á sol para ganar el pan amargo que como: oiga el señor la voz de un viejo que quiere paz.

M. AND. (Interrumpiendo, iracundo.) Hace rato que estoy viendo con dolor la poca consideración que guardais á mi hermano. No sé cómo tiene paciencia para oiros... Esos obreros despedidos son gente de revuelta, forasteros los más de ellos, que han venido aquí á sembrar odios. No sé lo que hará mi hermano; si yo fuera él, cerraría las fábricas antes de que esos volvieran á trabajar en mi casa.

FED. (Dirigiéndose á don Jaime.) Don Jaime no seguirá esos consejos, porque provocaría la ruina... Para nosotros (Volviéndose al cura.) el lugar donde se nace es cuestión muy baladí... La solidaridad la establece el hecho de ser proletario.

D. JAI. Pues allá vosotros. Yo no provoco la huelga, pero no la tengo miedo. Venga la huelga si esa es vuestra voluntad.

FED. (A don Jaime.) ¿De manera, señor, que esa es vuestra última palabra...?

D. JAI. Sí, esa es.

VARIOS ¡Vámonos!...

OTROS ¡Estaba visto!...

FED. (Con tristeza.) Vámonos, pues. (Al llegar á la puerta para salir, dirá:) Los señores queden con Dios.

D. JAI. Id con El.

OBREROS ¡Vámonos, vámonos! (Vanse.)

ESCENA V

DICHOS y el ALCALDE

ALC. (Que entrará cuando los obreros salen.) Acabo de oir las últimas palabras. Esos van derechos á la huelga. En el círculo los aguardan todos para adoptar el acuerdo... Yo opino, don Jaime, que quizá no nos convenga esa solución. ¡Hay que ser prácticos!... Me atrevería, pues...

D. JAI. (Interrumpiéndole.) Usted opinará lo que guste y estime oportuno. Yo, que mando en mi casa, no admito ancas de nadie ni acepto consejos que no he pedido.

M. AND. Muy bien dicho.

ALC. (Humildemente.) No; si lo que es la razón la tiene usted, don Jaime... Yo, simplemente decía... (Transición. Dirigiéndose á Mosén Andrés.) Mosén Andrés, y usted, ¿qué dice?... ¿opina usted también que hay que ser prácticos?

M. AND. Yo, simplemente nada.

ALC. (Aparte.) ¡Ya te veo! (En alta voz.) ¡Ya veremos por dónde salen esos revoltosos!... Habrá que avisar al sargento de la Guardia civil lo que ocurre y prepararse á meter en la cárcel al que se desmande... Han de saber ustedes que me ofrecí como mediador y esos malas cabezas no han aceptado lo que les propuse.

M. AND. (Irónicamente.) ¿Y qué propuso usted, señor Alcalde, si se puede saber?...

ALC. Pues propuse, en un discurso que me salió completo, que se hiciese... lo que don Jaime dijera.

M. AND. Fracasó el orador... Y diga usted, ¿entonces por qué apuntaba eso de que la huelga no nos convenía?... ¿Qué medios tiene para evitarla?

ALC. Uno resolutivo.

D. JAI. ¿Cuál?

ALC. Que vuelva todo el mundo al trabajo: hay que ser prácticos. (*Transición. A don Jaime.*) Y hablando de otra cosa: vea don Jaime el telegrama que acabo de recibir.

D. JAI. (*Displicente.*) Léalo usted mismo.

ALC. (*Poniéndose los espejuelos y sacando el telegrama.*) «Gerona, once noche. Sírvase usted disponer alojamiento en las condiciones que las leyes prescriben para el Batallón Cazadores de Sevilla que, de paso para la Riera, llegará ahí próximamente. Preste á la fuerza la cooperación y los servicios que las disposiciones vigentes ordenan y acúseme recibo del presente telegrama. El gobernador de Gerona.»

MON. (*Mientras el Alcalde lee, ella oirá atentamente. Aparte.*) La Virgen me ha atendido.

M. AND. (*Al Alcalde.*) ¿Y aquí, seguramente, colocará usted huéspedes?

ALC. Yo bien quisiera evitarlo, pero...

D. JAI. Cumpla usted con su deber. A la fábrica vieja puede usted mandar algunos y en la nueva, que está cerca del pueblo, alojar los oficiales que me correspondan... Aquí en casa no quiero nadie. ¡Es triste cosa que no tenga uno más noticias del gobierno que aquellas que nos comunican sus exacciones y molestias! ¡Cómo ha de ser!...

M. AND. Ese ya es un cuento viejo. Confían en que el burro aguantará pacientemente la carga..

ALC. Hay que tener paciencia, don Jaime.

D. JAI. Usted con todo está conforme... Ahí están desde hace cuatro años los obreros organizándose, y algunos revoltosos calentándoles la cabeza, y el señor Alcalde tan tranquilo...

ALC. No sea usted tan severo conmigo, señor don Jaime. Desde que llegaron esos malditos socialistas ó anarquistas ó demonios coronados, como á vagos peligrosos quise tratarlos; pero se fueron en queja al gobernador y de allí vino la orden para que fueran respetados en sus supuestos derechos.

D. JAI. Sí, ya lo sé. Gobernadores, alcaldes, todo es uno y lo mismo... (En estos momentos Peret y el Alguacil llamarán á la puerta, que abrirá una de las chicas y entrarán agitados, nerviosos.)

ESCENA VI

DICHOS, PERET y el ALGUACIL

ALG. ¡Señor Alcalde!

PERET ¡Don Jaime!... (Los dos pretenderán hablar al mismo tiempo. Por su actitud todos comprenderán que algo extraño é importante ocurre y se acercarán á los que llegan con curiosidad por conocer lo que pasa.)

D. JAI. Hablad uno solo. Tú, Peret...

PERET Señor... (Jadeante.) Corriendo hemos venido para avisar lo que está pasando... Hace una hora, reuniéronse delante de las cantinas unos cuantos chiquillos y mujeres que gritaban viva esto y muera lo otro corriendo de aquí para allá... De pronto, un muchacho tiró una pedrada, rompiendo un cristal de un escaparate... Antonio corrió detrás del que le pareció que había tirado la piedra, lo agarró por el pescuezo y le arrimó cuatro ó cinco pescozones... Arremolinose la gente; chillaron furiosas las mujeres, vomitando por aquellas bocas toda clase de injurias contra Antonio... Bajaban á este tiempo por la calle Nueva diez ó doce trabajadores, y enterados de lo que pasaba, quisieron maltratar al Cantinero.. Pudo éste alcanzar la tienda, y ya estaba cerrando las puertas, cuando una lluvia de piedra cayó sobre él. Un pedrusco le alcanzó la cabeza. Frenético, Antonio saltó el mostrador,

cogió la escopeta y, para atemorizarlos, disparó al aire, con la desgracia de herir á un chiquillo que estaba en un balcón enfrente. (Grito de las mujeres atemorizadas.) Allí fué la gorda. Acudieron al tiro muchos hombres y rodearon la casa con intención de derribar las puertas. En la plaza estaba yo cuando hasta á mí llegaron las noticias; eché á correr y he visto lo que allá abajo se está armando. Si no se acude pronto van á hacer una barbaridad. (Durante toda esta explicación de Peret, todos con la acción y con exclamaciones de sorpresa demostrarán el interés con que le oyen.)

ALC. (Disponiéndose á salir. Al Alguacil.) Corre á avisar a los municipales, que allá voy yo inmediatamente. ¡Y nos coge sin los guardias civiles!... Esto me lo estaba temiendo.

M. AND. Yo voy también. Traedme el bonete. (Una de las chicas le da el bonete. A su hermano.) Espéranos, Jaime: todo se arreglará. Ven tú, Peret.

MON. Tío, por Dios...

CRIS. No vayas, tío. (El director de escena compondrá este cuadro dándole el movimiento y el color de vida que exige).)

D. JAI. (Acompañándolos hasta la puerta. Con ira.) No voy contigo porque me falta la paciencia para tolerar tantos agravios. (Vanse Mosén Andrés, el Alcalde, el Alguacil y Peret.)

ESCENA VII

DON JAIME, MONSERRAT, CRISTETA y REMEY

D. JAI. (Intranquilo, nervioso.) Todo esto tiene que tener un límite. La calma y la paciencia también se agotan. ¡Y pensar que estas cosas las tenía previstas y pudieron evitarse!... Aquí en este pueblo no se conocía más oficio que el de buen trabajador. Vivíamos tranquilamente, sin que nos alcanzaran estos contagios... Fué preciso que á las turbas se las emborrachara con ese alcohol societario... Periódicos, folletos, libros, llegaron hasta

aquí cantando al oido del jornalero las nuevas teorías. Les han dicho que les explotamos inicuamente, que somos odiosos señores feudales, sus tiranos y sanguijuelas... Los han entrenado para la huelga, y hoy esgrimen ese arma contra la producción que están matando. (Pausa; con decaimiento.) Será preciso reventar en esta pelea ó liquidarlo todo, metiéndose uno en casa á vivir en paz... ¿Quién se hace cargo de todo esto? ¿Quién tan estúpido que compre este negocio y con él la intranquilidad de su vida? (Pausa. En sus paseos, quédase mirando á sus hijas.) ¡Aun si alguna de éstas hubiera sido varón! Vendría ahora en mi ayuda, sería mi descanso. Será preciso pensar ya en la boda de Monserrat. Es mi último recurso. Buscaré por este medio el concurso de un hombre joven, enérgico, criado en la faena y educado entre husos y motores que venga á aliviarme del peso que me rinde: él será mi socio y mi cooperador; acrecentará mis bienes y continuará la obra que yo heredé de mi padre. (De pronto se fijará en Monserrat.) Monserrat, oye: ¿cuánto tiempo hace que el hereu de Puig no viene por el pueblo?

MON. Estuvo por Pascuas, padre. ¿No se acuerda?

CRIS. (Interrumpiendo.) Y si no ha vuelto será por los desaires que le hizo Monserrat cuando se bailaron en el Casino las sardanas.

MON. ¡Qué tontería! No habrá vuelto porque el trabajo no se lo habrá consentido.

CRIS. Yo sé lo que digo: no es tontería. Su hermana Rosario me escribió diciéndome que no se molestó por el desaire.

D. JAI. Y no le falta razón si es verdad lo que decís. Pondremos remedio á eso. (A Cristeta.) Escríbele á Rosario que le diga á su hermano que le esperamos para pasar una fiesta con nosotros. Puig es un buen chico, trabajador y con capital. Sería un buen marido para ésta. (Señalando á Monserrat.)

MON. Padre, yo no quisiera pensar en eso por ahora. Estoy muy contenta en casa.

D. JAI. Ya lo sé, pero es hora de que te vayas acostumbrado á pensar en que tienes que casarte... Voy siendo viejo, estoy rendido y aqui hace falta alguien que venga á ayudarme. (Aparte.) ¿Qué pasará allá abajo?... ¿Se habrá dominado el conflicto?... Estoy por llegarme...

MON. (Levantándose.) No vaya usted, padre, podría ocurrir algo.... Ya no tardarán Peret ó el tío en estar de vuelta.

D. JAI. Esperaremos un momento. Me están causando estas cosas grandes perturbaciones... Esos condenados van á acabar conmigo.

MON. Atiéndalos en lo que pueda. Mire usted, padre, que son muchos y usted está solo. Yo creo que se contentarían con algo. A lo mejor, estas cosas tienen su arreglo, sólo que el amor propio no deja verlo.

D. JAI. Es muy difícil. ¡Tú qué entiendes de esto!

MON. Claro que no lo entiendo, pero quiero á usted tanto, que sólo pienso en que usted no se disguste. Por eso, me atrevo á suplicarle que ceda usted un poco para obligar á ellos á que cedan el resto. Esto no lo diría delante del tío Andrés, porque como él es así, tan entero, tan recto...

D. JAI. Eso seria depresivo para mí. La gente está muy soberbia: ya ves lo que han hecho en las cantinas... (Llaman á la puerta. Abre Remey. Entra Mosén Andrés indignado, colérico.)

M. AND. No he podido llegar al lugar del suceso. ¡Insensatos... tienen la casa rodeada! Me temo que las pasiones nos traigan grandes disgustos. Desde lo alto del pasaje se oye un griterío ensordecedor. Supongo que estará para llegar la Guardia civil. Traté de arengar á un grupo de los más exaltados y ni siquiera me han querido oir. Esa gente está imposible.

D. JAI. (Resuelto.) Voy allá. Dadme el sombrero.

MON. No vaya, padre.

M. AND. Es contraproducente el que tú vayas. Los Guardias ya estarán allí.

D. JAI. (Se acercará á una ventana con impaciencia, y de

pronto dirá:) Mirad: parece que por la calle corre la gente. Sí, indudablemente; en la sombra se los ve avanzar. (Acércanse todos á las ventanas y miran.)

REMEY ¡Qué barullo!

D. JAI. Vienen hacia aquí. (Se oye el rumor confuso y lejano de una multitud que grita.) ¿Qué piden? ¿Qué buscan?

MON. Cierra, Remey, con tranca la puerta de abajo.

REMEY Voy corriendo. (Vase.)

M. AND. ¿Aquí qué van á buscar? Deben ser carreras y jaleos.

D. JAI. Ya vienen; se los ve distintamente... Y otros llegan por la calle Real... Es bien extraño todo esto. (Se acercará, creciente, el rumor de la multitud.)

(De pronto, en la puerta del fondo que da á la huerta llamarán repetida y fuertemente. El Cantinero desde dentro con angustia: ¡Abran, abran por Dios! (Se volverán todos con sobresalto dejando la ventana. Desde este punto á la terminación del acto, el Director de escena cuidará de que el teatro sea, en lo posible, fiel reflejo de la realidad. El Cantinero: ¡Soy yo!... ¡Me siguen de cerca! Con grandísima angustia: ¡Abran, por caridad, pues me matarían si me cogieran!)

D. JAI. (Corriendo á la puerta.) Es Antonio. (Le abre. Entrará Antonio el Cantinero, hombre de edad madura. Viene pálido, con la angustia y el miedo retratados en el rostro, limpiándose el sudor y la sangre de la herida de la cabeza.)

ESCENA VIII

DICHOS y al final OBREROS

M. AND. ¿Cómo aquí? ¿Qué te pasa? Habla. ¿Quién te ha herido? (Cristeta, Monserrat, Remey, asustadísimas, corren y gritan. Monserrat sale y vuelve con vendas y una palangana. Entre tanto, Remey y Cristeta cerrarán la puerta del fondo.)

REMEY ¡Cerremos, no lleguen esos criminales!

D. JAI. Al que se atreva á entrar aquí sin mi permiso lo mataría como á un perro.

CANT. Son unas fieras. Jamás los he visto como hoy... Nunca tan bárbaros... Me han acorralado; han violentado la tienda y allá quedan esos ladrones dueños de todo. No hacen caso de nadie y no ha llegado la Guardia civil. Piden mi vida, y he tenido que esconderme en los cajones del sótano y huir... Cuando saltaba la corraliza, me han visto y han corrido tras de mí á pedradas como si fuera un can rabioso... Al llegar á la Riereta he podido ganarles distancia y por los eriales penetré en el callejón y he saltado las tapias al tiempo que ellos llegaban.

(El ruido de la multitud probará que ésta rodea la casa. Se oyen golpes en la puerta de la calle. Voces de hombres, mujeres y niños gritarán: ¡Aquí está! ¡Muera el asesino! ¡Entrar á por él! Será necesario que el espectador se dé perfecta cuenta de que la casa de don Jaime está sitiada y va á ser atacada.)

D. JAI. (Al oir los gritos correrá hacia una de las ventanas, abriéndola. Rodéanle, temerosas, sus hijas. Un griterío ensordecedor saludará su presencia en la ventana. Unos dirán: ¡Fuera! ¡Fuera! Otros: ¡Vivan los obreros! Algunos: ¡Muera el asesino de los niños! ¡Lyncharlo! ¡Entremos por él!) No ha matado á nadie. (Sí, sí! ¡Muera!) No; repito no ha matado á nadie, se ha defendido. (¡Entremos á por él! ¡Que nos lo entreguen!) No lo entregaré más que á la autoridad. Estoy en mi casa y á nadie toleio que... (Suena un tiro en la calle. La multitud chilla y ruge. Las hijas de don Jaime se arrojarán á separar á su padre, y en este momento unas cuantas piedras romperán los cristales de las ventanas.)

MON. ¡Padre, padre, quítese de ahí, que le van á herir! (Se abraza a él. Cristeta y el ama lloran temblorosas.)

M. AND. (Separando con violencia á don Jaime.) ¡Quítate, quítate de ahí: están locos! (Siguen las voces cada vez más iracundas.)

D. JAI. (Dirígese á la mesa escritorio, abrirá un cajón y sa-

cará un revólver. Demostrará con su decisión que es un hombre de valor.)

REMEY (Que estará cerca de la puerta del fondo que da á la huerta.) ¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Ya están en la huerta!

D. JAI. El que penetre aquí lo pagará con la vida. (En la puerta que da á la escalera de la huerta sonarán golpes repetidos y gritos de nuevos asaltantes.) Estas chicas están mal aquí. Tú, Remey, llévatelas arriba.

REMEY ¡Venid! ¡Venid! (Coge á Cristeta de la mano y se disponen á subir por la escalera. Siguen los golpes en la puerta del fondo y voces que dicen: ¡Que nos lo entreguen! ¡Muera el asesino!)

M. AND. ¡Escóndete, Antonio! ¡Por ahí! (señalándole la puerta que da paso á las habitaciones interiores.)

D. JAI. Voy á abrir. (Fijándose en Monserrat.) Vosotras arriba.

MON. (Dominando el miedo.) Yo le acompaño, padre... no se atreverán con mujeres y viejos. (Don Jaime correrá á la puerta del fondo y la abrirá quitando la barra. Un numeroso grupo de Obreros penetrará amenazador. Don Jaime retrocederá hasta el centro de la escena. El Cantinero habrá huído. Los Obreros estarán armados de trancas; alguno con escopeta. Cuando en estos supremos instantes los de la calle siguen haciendo por echar la puerta abajo, lejano, pero claro, se percibirá sonido de cornetas y tambores que baten marcha. El efecto que en la multitud produce la certeza de que llegan soldados es instantánea: ¡Que viene la tropa! ¡Ya llegan! dirán, y gradualmente se irá percibiendo más cerca el sonido de la marcha militar. El efecto de abajo repercutirá en los que ya están arriba, paralizando su acción. Será algo así como un sedante que dominará la violenta acometida. Algo providencial que un momento detiene y tranquiliza el increspado mar de las desatadas pasiones.)

D. JAI. (Cobrando energías y avanzando hacia los Obreros que se replegarán sobre la puerta del fondo.) ¿Qué queréis? ¿Quiénes sois vosotros para violentar mi casa? Al que dé un paso, lo dejo seco.

ALGUNOS OBREROS ¡Al asesino buscábamos! ¡A entregarnos ese pillo!

M. AND. (Poniéndose al lado de su hermano.) Ahí llega la tropa. Se lo entregaremos, no á vosotros, sino al Juez, á la Ley. (Telón rápido.—Cuando el telón caiga, las cornetas y los tambores resonarán á corta distancia de la casa asaltada.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día

ESCENA PRIMERA

PERET y JOSÉ

José, el asistente de Rafael, en traje de maniobras, entrando. Peret, el mayordomo, en la puerta, recibiéndole

PERET Sí, señor; aquí vive... Si quiere usted esperar un momento le podré decir á qué hora podrá verle su amo.

JOSÉ Pues esperaré. Mi amo fué y me dijo: mira, ve á casa del señó aquel que anoche libramos de los gorpes y entérate de la hora en que puedo verle. Me esperaré.

PERET Fué una fortuna que llegaran ustedes á tiempo de evitar quizás muchas desgracias.

JOSÉ Sí, señó... Como salimos de Montalt á las tres, nos sorbimo toíta la carretera hasta llegar aquí. Camará, la asertamos. Porque me paese que si nos retrasamos un minuto, pa mí que hay aquí sarrasina.

PERET Mala se iba poniendo la cosa, pero no crea usted que aquí somos mancos.

JOSÉ Sí, sí... Lo que hay es que como pasó la troná ahora va usté recobrando la sereniá. Con

el batallón en el pueblo ya pueden ustés echar roncas.

PERET ¿Echar qué?...

JOSÉ Roncas.

PERET ¿Y eso qué es?

JOSÉ Una cosa que se jase pa jasé tripas.

PERET No acabo de entenderle. Habla usted de un modo...

JOSÉ Pos no será poique no lo hago con clariá y abriendo la boca... Es que como tién ustés jecho el oído á su cante... A mí al prensipio me mataba el no podé jaserme entender en este terreno. Más que na, porque no había modo de jaserse oir de las jembras. Con los hombres bueno va, con no hablar no se pierde mucho, pero con las mositas no hay más remedio que abusar de la palabra.

PERET ¿Y á usted le gusta Cataluña?

JOSÉ Sí, señó... y si no me gustara sería lo mismo. Esta tierra es buena y la gente honrá, salvo lo de no querer parlar claro... Sobre to las mujeres son de primera; un poco parás, pero lo que les falta de grasia les sobra de...

PERET Aquí lo que somos es un pueblo trabajador. No queremos vagos.

JOSÉ Jasen ustedes pero que muy bien. Allá abajo también se trebaja; lo que pasa es que no es en las fábricas.

PERET Creo que, más que nada, cantan y bailan por su tierra de usted.

JOSÉ En mi tierra, como en toas partes se trebaja to lo presiso y se baila y se canta cuando sa menesté. ¿Aquí se cantará también... por lo menos los serenos?

PERET Ya oirá usted cómo se canta aquí. El orfeón del pueblo es...

JOSÉ (Interrumpiendo.) Eso del orfión no es cantar; pa cantar bien hay que cantar solos; desirlo cada cual de por sí. Ese cante de ustedes tóos á la par, es como el de los gurriones; asina, los que cantan mal no dejan oir á los que cantan bien.

PERET En el orfeón del pueblo hay quien canta muy bien.

JOSÉ Pues que cante ese que lo jase bien y se callen los que no sepan. Los ruiseñores cantan siempre solos, y en eso del cante son los amos... Pues lo que digo del cante digo del trebajo, cuando se trebaja en el pueblo reunidos, se oye el ruido desde toas partes; cuando se trebaja desperdigaos en medio del campo, naide lo nota ni lo agraece siquiera. Eso de trebajar es la ley de los probes y el que no lo jase no come.

PERET ¿Y tú qué eras antes de ser soldao?

JOSÉ Labraor.

PERET ¿Estás contento del servicio?

JOSÉ Lo estoy. De primeras ¡claro! la cosa me amargó una miaja. En la melicia no manda uno ni en la ropa que lleva puesta... Aluego me he ido jasiendo y hoy ya hasta me alegro de hab-r servío al rey.

PERET ¿Es bueno tu amo?

JOSÉ Como el pan... Mi amo es un hombre que sabe muchas cosas, muchísimas; ¡pero lo que mejor jase es tratar al probe soldao! A mí me mira con un aquel que da envidia... Allá en Barselona no sale del hespital de curar y hacer bien á la tropa.

PERET ¿Cómo se llama?

JOSÉ ¿Mi amo?

PERET Sí.

JOSÉ Don Rafael Díaz de Lebrija. Es hijo de una gran familia de señorones que por mor de muchas cosas, perdió toas las riquesas que tenía. Mi amo no se asustó por eso, pues él es hombre que si quiere volverá á ganarlas. ¡Vayá un hombre!

PERET ¿Tendrá novia?

JOSÉ Puede...

PERET ¿Qué dice usted?

JOSÉ Que pué que la tenga. Eso es cosa de hombres.

PERET Anoche se portó muy bien con nosotros.

JOSÉ Como que rompió la fila y llegó acá el primero de todos. Yo le seguí y nunca le vide más encoraginao. ¡Echaba jumo! A uno que pilló en la escalera le metió mano ai pis-

cueso de tal modo que lo dejó sin resuello. ¡Camará, qué puños! Llegamos muy á tiempo. Ahora disen que estaremos aquí hasta que se arreglen las cosas de las juelga... Pa mi que nos vamos á aburrí.

PERET Esta tarde se bailará en la plaza la sardana.

JOSÉ Y esa... *sordana*, ¿cómo se baila?

PERET Ya te gustará cuando lo veas.. Se hace un corro muy grande, se cogen las manos los hombres y las mujeres y al compás del tamboril se baila rondando.

JOSÉ Camará, eso no es es bailar, eso es jugar á á la gallina siega.

PERET Qué gallina ciega ni tuerta; la sardana...

JOSÉ (Interrumpiendo.) Escuche usté, amigo. Pa bailar, ¿también gastan ustedes orfión?... ¿Osté no comprende que hay cosas que solo pueden hacese entre una mujer y un hombre? Pues el baile es una de esas.

PERET (Riendo.) ¡Tiene gracia!

ESCENA II

DICHOS, CRISTETA, MONSERRAT, REMEY

Entran Cristeta, Monserrat y Remey enmantilladas y con libros y rosarios

JOSÉ (Mirando fijamente á Monserrat.) ¡Vaya una mujer bonita y con grasia!... Parese talmente la Virgen de la Esperansa.

CRIS. (A Peret.) Cuando llegue el tío avísanos, estaremos arriba. (Fijándose en el asistente.) ¿Y este hombre, qué busca?

MON. (Dirigiéndose al asistente.) ¿Qué deseaba usted?

JOSÉ Mi amo me ha mandao á preguntar cuándo venía el señor, porque quiere verle en seguida.

MON. ¿Y quién es su amo de usted?

JOSE El señor don Rafael...

CRIS. (Cogiendo á su hermana de la mano é interrumpiendo.) Anda arriba, Monserrat, anda arriba.

MON. (Resistiéndose.) Pues espere usted, que el señor vendrá pronto.

CRIS. Mejor será que vuelva usted, porque mi padre tardará aún un rato. (Aparte á Monserrat.) No seas loca, Monserrat: está para llegar el tío.

MON. Pero si este soldado viene á preguntar por el padre.

PERET (Interrumpiendo.) Mejor será que me diga dónde para su amo, (Hablando al soldado.) y en cuanto llegue el señor, yo mismo le avisaré.

JOSÉ Estamos en la posá de la plasa.

PERET Pues puede usted irse; en seguida le mandaré el recado.

CRIS. Vamos arriba, Monserrat. (Volviéndose á Remey.) Prepara tú el desayuno, que el tío está al llegar.

JOSÉ (Marchándose.) A la orden de ustedes. (Vase; Monserrat y Cristeta suben la escalera que conduce á las habitaciones del principal. Quedan en escena Peret y Remey.)

PERET El señor debe de andar ocupadísimo de juzgao, declaraciones...

REMEY (Interrumpiendo.) Creo que ya han metido en la cárcel seis ú ocho de esos tunantes.

PERET Lo que debían hacer es pegarles cuatro tiros. (Llaman á la puerta. Peret abre. Remey, entre tanto, prepara el desayuno del cura.)

ESCENA III

PERET, MOSÉN ANDRÉS, REMEY

M. AND. (Entrando Mosén Andrés.) ¿Y las chicas?

REMEY Subieron.

M. AND. (Dirigiéndose á Peret.) Peret, busca al señor y dile de mi parte que le estoy esperando. Debe estar en la fábrica vieja, ó en el juzgado ó en la Casa de la Ciudad... De todos modos no dejes de hablar con él y que venga en seguida.

PERET Voy, señor. (Vase.)

M. AND. (Se sentará á tomar el chocolate y guardará unos instantes silencio. A Remey.) Remedios, ¿usted quiere algo á esta familia? ¿Estima usted esta casa? ¿Agradece el pan que en ella ha comido durante tantos años? ¿Tiene usted amor á las niñas que cuidó y crió?

REMEY (Temerosa, aparte.) ¡El cielo me valga!... (A Mosén Andrés.) Señor, yo. . ¿Cómo poner en duda?... Estas niñas son como mis hijas... Mi amo es para mí...

M. AND. Entonces ¿por qué se ha empeñado usted en encubrir esos malditos amores de Monserrat?

REMEY (Aparte.) ¡Virgen Santa, ayúdame! (A Mosén Andrés) Mosén Andrés, yo le contaré...

M. AND. (Interrumpiendo.) No me cuente usted nada. Escuche bien lo que voy á decirla y dispóngase usted á ayudarme en la santa obra de salvar á esta familia de trances muy difíciles... Sé bien que usted pecó por cariño, por debilidad, porque no sabe usted contrariar en nada á Monserrat... Nada de esto se me oculta; pero lo cierto es que ha ayudado usted á que los males se compliquen.

REMEY (Temblorosa é interrumpiendo.) Voy á avisar, señor, á Cristeta, que me dijo lo hiciera en cuanto usted volviese.

M. AND. (Con imperio.) No suba usted hasta que yo se lo diga y sígame oyendo... Tranquilícese; no quiero causar á usted ningún daño. Quiero, por el contrario, evitárselos muy grandes. Sea usted franca y contésteme sin engañarme. ¿Sabía la señorita Monserrat que iba á venir su novio?

REMEY (Gimoteando.) Señor, no sé. Yo le juro... Ella me indicó que vendría á pedirla en matrimonio... Siempre me dijo que era un hombre de bien, que la quería con toda su alma... Allá, en Barcelona, por la Merced se pusieron en amores, en casa de su tía Catalina... Anoche fué cuando me dijo que estaba su novio aquí... ¡Ah, señor! Toda la noche de Dios me la he pasado rezando y llorando. Pidiéndole á la Virgen Santísima velara por

mi Monserrat... Ella vino á mi cama á consolarme con palabritas dulces... «¿No ves?—me decía—cómo Dios hizo que llegara tan á tiempo para salvarnos... No te aflijas, mi padre y mi tío se convencerán de que es un hombre honrado y caballero...» Temblando como la hoja en el árbol me pasé la noche pidiendo á Dios me librara de este gran peso que me ahoga. (Llorando.) Mosén Andrés, si falté, fué porque la quiero tanto como si la hubiera parido.. ¡Pídanme la vida por ella ó por la felicidad de esta casa y la daré gustosa!

M. And ¡Ah! Bien grandes son sus pecados, Remedios: debió darme cuenta de todo lo que pasaba... Yo no la quiero menos que usted; son las hijas de mi hermano y por ellas tengo el deber de velar... Ahora será menester que Dios se apiade de nosotros y nos preste su protección. (Con energía.) Y así será. Así será porque debe ser. Monserrat abrirá los ojos y verá claro y ella, obediente, temerosa de Dios, romperá ese maldito noviazgo. Sube y dila que la espero. Su hermana que baje también y ten cuidado no nos interrumpa nadie. (Vase Remedios. Queda Mosén Andrés solo en escena. Pondráse en pie y, pensativo, exclamará.) ¡Singular audacia! La estirpe quijotesca todavía sobre el rocinante anda buscando aventuras por estas tierras de Dios... ¿Qué concepto tendrá ese infeliz de lo que es el matrimonio, de lo que es la familia?... ¿Creerá que las pasiones pueden ser bastante poderosas para destruir el patrimonio espiritual de una familia cristiana?... ¿Creerá que con hacer cuatro garatusas á una débil mujer, á una pobre niña, puede conseguirse el que se prescinda de la ley divina y de la humana? ¡Ah, loca juventud, carne del pecado: cuántas quimeras te forjas! ¿O será simplemente un vulgarísimo caballero de industria al que su codicia le lleva á buscar el arca donde mi hermano guarda sus ahorros... En nuestra tierra no valen esas artes;

aquí conocemos pronto á la gente... Dios que ve lo puro y noble de mis intenciones está de mi parte. San Andrés, mi patrono heróico, velará por los míos.

ESCENA IV

MOSÉN ANDRÉS, CRISTETA, MONSERRAT y REMEY

CRIS. Ahora vamos, tío.

MON. (Detrás de su hermana.) Anda, Cristeta. (Llegan seguidas de Remedios.)

M. AND. (Señalando á Monserrat una silla á su lado.) Ven, hija mía. (A Monserrat.) Tenemos que hablar algo importantísimo. Urge no perder un momento.

MON. (Quedando en pie á su lado. La actriz que encarne este personaje tendrá sumo cuidado en destacar en esta escena el carácter entero de Monserrat La dulzura, la serenidad y la energía han de amalgamarse de tal modo que llegue intensamente al público toda la noble entereza de Monserrat.) Tío, usted dirá. Le escucho atentamente.

M. AND. (Con lentitud.) Enterado, Monserrat, de cuanto viene ocurriendo, de tus decisiones alocadas, de tus amores clandestinos...

MON. (Interrumpiendo.) Tío, es usted muy injusto...

M. AND. Sí, clandestinos son, porque los has ocultado á tu padre, á tu hermana, á mí, á todos los que debíamos tener conocimiento de ellos... El padre y la madre—¡desgraciadamente tú no tienes madre!—son los que deben escoger á las personas que hayan de ser maridos ó mujeres de sus hijos. Ocultar los amores á los padres es declarar la guerra á Dios y labrar uno mismo su propia infelicidad. Eso has hecho tú y creo que no tendrás el valor de negarlo.

MON. Luego hablaré con el permiso de usted Ahora le estoy oyendo con todo el respeto que usted me merece.

M. AND. Como si todo lo anterior no fuera de por sí ya gravísimo, tú, perdido ya el tino y con

el alma en pecado, has consentido que tu padre, mi pobre hermano Jaime, sufriera un agravio muy grande, una ofensa que él no merece se le cause... Has consentido, Monserrat,—(Con energía.) ¡fíjate bien en tu gran culpa!—que el hombre con el cual tienes relaciones amorosas viniera á este pueblo sin que tu padre sepa una palabra y con esto has puesto en ridículo al que por mandato divino y humano debes respetar como á Dios mismo. ¿Qué dices á esto? ¿Vas á negar que tu novio está aquí?

MON. (Violentándose para no hablar.) Concluya usted, tío, y después hablaré yo.

M. AND. Pues bien; poco me queda por decirte, voy á concluir. Es necesario, absolutamente necesario, que todo esto tenga un punto final. Yo confío en tu buen corazón, en tu rectitud, en las santas enseñanzas que recibiste; acudo á tu sereno juicio y evoco el recuerdo de tu madre—que en gloria esté—para que tú misma salves la presente situación y evites á tu padre un grandísimo disgusto. Vas á salir ahora mismo de tu casa: te esperan las Madres del Corazón de Jesús. Ya están habladas por mí. Explicaré tu ausencia á mi hermano, diciéndole que te has ido dos ó tres días allí, para dar gracias á Dios por su protección en los atropellos de anoche. Dejarás escrita una carta para ese hombre, diciéndole que tú no puedes ser su novia, porque no puedes ser su mujer. No me hagas ninguna observación. En nuestra tierra, nadie procede como tú lo has hecho. Aquí, para formar la familia, como para construir la casa, queremos que los materiales sean de nuestra tierra, son así nuestras costumbres, son así nuestras leyes santas... Cuando llegue la hora de buscar compañero para tu vida, entre los catalanes has de encontrarlo, no entre gentes forasteras y de casta distinta.

MON. Escúcheme usted: yo quiero también serle franca... Ha llegado la ocasión de que lo sea.

Antes, sepa que sabía la llegada de Rafael porque él me ha dicho que viene á pedirme á mi padre. No le he visto aún y no haré por verlo hasta que pueda hacerlo ante los ojos de todos... Viene, como le he dicho á usted, á hablar con mi padre, á conocer á los míos, á darse á conocer á todos. (Con firmeza y elevación.) Quiso Dios que yo le amara y que él me quisiera á mí del modo noble que lo hace. Durante el tiempo que estuve en Barcelona en casa de la tía Catalina, tuve ocasión de tratarle y pude apreciar su caballerosidad, su hombría de bien. No es ningún advenedizo. Rafael Díaz pertenece á una noble y antigua familia andaluza; tuvieron sus padres y abuelos bienes y riquezas, y por desgracias y reveses aquella fortuna, en su mayor parte, se perdió. Rafael, desde sus primeros años, fué juicioso, y en su juventud ha dado pruebas de gran madurez de juicio. Haciendo honor á su nombre siguió una carrera y en ella, por sus trabajos y con sus esfuerzos, tiene un gran porvenir. Ya ve usted cómo conozco al hombre que quiero. Callé mis amores por pudor, por timidez, por respeto. Pero siempre pensé que él sería á la clara luz del sol mi novio primero y mi marido después. Temía horrorosamente decírselo á ustedes, porque conozco su manera de pensar y sé que en ciertas cosas es difícil convencer á ustedes más que con pruebas. Además, esos primeros días del amor son para las pobres mujeres—y hablo por lo que a mí me pasa—días de pudoroso recato, de íntimas vacilaciones, de ensueños, de dudas y de esperanzas He callado por esto, mas me alentaba la fe de que estaban cercanos los días en que todo lo conocerían ustedes...

M. And. (Interrumpiendo.) Te estoy oyendo con profunda lástima y...

Mon. Siga usted escuchando unos momentos más, tío Andrés, porque ya es muy poco lo que tengo que añadir. Me ha propuesto

usted algo que yo no haré así me costara la vida... Que yo...

CRIS. (Interrumpiendo.) ¿Vas á desobedecer al tío? ¿Vas a dar al padre ese disgusto?... Hermana, piensa lo que haces.

MON. ¡Que yo (Con firmísima convicción y sin hacer caso de su hermana.) me escape de mi casa como una culpable; que escriba á Rafael rompiendo nuestras relaciones, como si él fuera un hombre indigno; (Con exaltación.) que yo haga todo eso: despedazar mi corazón y llenar de pena mi vida tan sólo porque mi padre pueda disgustarse!... ¿Y por qué se ha de disgustar mi padre?... Mi novio es de limpia sangre, honrado, trabajador, me quiere y le quiero... ¿Qué hay en todo esto de malo, de trágico, de pecaminoso?... (Con unción religiosa.) Hoy he recibido los sacramentos en recuerdo á la memoria de mi madre... A ella le he pedido (Llorando silenciosamente.) ánimo, entereza, fe en lo que voy haciendo, y ella me ha concedido todo esto cumplidamente.

M. AND. Has perdido el juicio... Estás ciega: me asusta el oirte. (Con energía.) ¡Basta ya! Tú te niegas á hacer lo que debes por el camino de la razón... Pues bien; tu padre te hará cumplir con todos tus deberes. (Señalándola la escalera de las habitaciones que conduce al piso principal.) Vete a tu cuarto... Espera allí lo que se te ordene.

MON. (Llorando.) Voy á obedecerle, tío. Mas, antes, sepa usted que hace mal en lo que está haciendo con una pobre mujer.

M. AND. ¡Cristeta! Acompaña á tu hermana.

CRIS. (Abrazándola.) Monserrat, hermana mía, obedece los consejos del tío.

REMEY (Aparte.) Es una crueldad hacer llorar así á una pobre niña. (Se van todas y queda solo en escena Mosén Andrés.)

M. AND. (Meditabundo.) Sera indispensable dar cuenta inmediata de todo á mi hermano Jaime... ¡Ah! triste cosa que sea siempre de allí de donde venga á nuestra tierra el daño. (Vaci-

lante.) ¿Si yo le hablara? (Pausa.) ¿Pero cómo pedir á ese hombre que comprenda y admita la causa de nuestra manera de ser?... ¿Dónde encontrar razones que le convenzan? ¿Será uno de tantos, un soldado, un aventurero sin creencias, sin remordimiento? (De pronto se oirá la voz de Rafael que desde dentro habla.)

ESCENA V

RAFAEL y MOSÉN ANDRÉS

RAF. (Que encontrará la puerta entornada.) ¿Se puede?

M. AND. Adelante.

RAF. Muy buenos días. (Se adelantará á saludar al cura. Viste de militar. A Mosén Andrés.) ¿Me quiere usted hacer el favor de decir si esta en casa el señor don Jaime Llivia?

M. AND. (Aparte.) Aquí le tenemos ya. (A Rafael.) No, señor; no está en casa.

RAF. ¿Usted será sin duda el padre Andrés, su hermano?

M. AND. ¿Por qué supone usted, señor oficial, que yo soy su hermano?

RAF. Lo he supuesto en seguida al ver á usted, porque por Monserrat, aun cuando no los conozco personalmente, tengo noticia de todos ustedes.

M. AND. (Indicándole un asiento.) Siéntese usted, si va usted á esperar.. ¿Por lo visto conoce usted á mis sobrinas?

RAF. (Aparte.) Empieza el interrogatorio. (A Mosén Andrés.) Sí, señor; las conocí en Barcelona en casa de su tía Catalina, de la que soy médico... Yo la asistí en la grave enfermedad que pasó hace dos años... allí conocí y traté á Monserrat y á Cristeta. Traigo para don Jaime una carta de doña Catalina.

M. AND. (Aparte.) Viene preparado. (A Rafael.) ¿Es usted médico?

RAF. Sí, señor.

M. AND. Vaya, vaya...

RAF. (Sentándose.) Con el permiso de usted; (Saca la petaca.) si usted me consiente, voy á fumar un cigarrillo.

M. AND. Es usted muy dueño.

RAF. ¿Quiere usted uno? (Brindándole.)

M. AND. No fumo, muchas gracias.

RAF. Hace usted bien, este vicio no tiene justificación alguna.

M. AND Y ¿cuánto tiempo por aquí?

RAF. No lo sé fijamente... Tendrá que ser poco... Estamos de maniobras; la concentración de la brigada ha de ser en Ripoll, como usted sabrá... Llegamos en el momento que eran ustedes atropellados por los huelguistas, y creo que esa huelga nos detendrá un par de días. ¿Sabe usted si han llegado á un acuerdo d n Jaime y sus obreros? Decían esta mañana que...

M. AND. Es difícil que ese acuerdo se logre, porque los obreros no quieren ceder y á mi hermano lo conozco bastante para saber que no se doblegará á sus imposiciones.

RAF Pues, respetando el criterio de don Jaime, puesto que razones poderosas tendrá para sostenerlo, sin embargo, sería un gran bien el evitar la huelga... La huelga es como la fiebre, y su prolongación peligrosa. Deja en pos de sí, y aun en los casos más sencillos, muchos posos, muchos odios, daños y resquemores fatales. Es la paralización del trabajo y su natural corolario, la producción. Debe la huelga evitarse y corregirse en cuanto se pueda.

M. AND. Se ve que es usted socialista.

RAF. No, señor; yo no soy más que un pobre médico. No tengo tiempo para estudiar á fondo estos asuntos; pero mi profesión me ha acostumbrado, allí donde veo un mal, á inquirir, á buscar su causa, sin prejuicios y sin prevenciones... El cuerpo social, como el cuerpo del hombre, refleja las enfermedades que lo atacan. Donde veo un dolor, un daño, busco su razón y sus causas. Las huelgas no son más que el síntoma de un desequilibrio,

de un estado morboso .. Algo habrá en las relaciones del obrero y del patrono en el régimen de la propiedad y del trabajo que motive el que las huelgas se produzcan... Créame usted: ante los hechos es necesario prescindir muchas veces de las doctrinas de escuelas.

M. AND. Yo me permito disentir de lo que usted cree porque estimo que este daño, esta enfermedad, no reconoce otra causa que el error revolucionario y la soberbia satánica de esa ciencia moderna que se ha declarado rebelde á la revelación divina y á las santas enseñanzas de la Iglesia.

RAF. (Con ironía suave) Son muy antiguas las huelgas. Las luchas agrarias en la Roma pagana dieron mucho que pensar en sus tiempos... Hace usted bien, sin embargo, señor cura, en creer lo que cree: puede que esté usted en lo cierto... Usted, como yo, ejerce la medicina. La de usted es más elevada, más noble, más depurada que la mía; cura es usted y ya el nombre lo indica; sus enfermos son todos los que padecen hambre y sed de justicia. La cura de almas es más complicada que la cura de cuerpos. (Sonriente y mundano.) Curar el odio es más difícil que curar una pulmonía... Vea usted cómo somos compañeros.

M. AND. (Aparte.) Es listo el mozo y me parece sumamente peligroso. (A Rafael.) Es usted muy amable. Yo soy el mas humilde y torpe de los sacerdotes de Cristo. Estoy sujeto al error, soy un pobre pecador corto de inteligencia, aunque no falto de voluntad... Mis curas no tienen mérito alguno, porque todo el valor de ellas está en mi divina botica, que se reduce á la aplicación de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad... Mis libros y preceptos, á los mandamientos encerrados en la suprema fórmula «Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo.»

RAF. Ahí le duele, señor cura. En eso está el to-

que... ¡Hermosa y consoladora doctrina!... ¡Ojalá los hombres la aplicaran íntegra y sinceramente!... Lo que sucede es que la lucha por la vida, el flujo de mando, el odio, el hambre, la desnudez y la injusticia, todo ese negro fondo social en lucha contra el hombre, contra la vida, pelea implacable y eternamente contrariando la divina ciencia que usted predica y la ideal farmacopea que utiliza... Caín y Abel nacen y mueren todos los días.

M. AND. Dios quiso que así fuera, en castigo del pecado original de la primer pareja.

RAF. Caro nos costó el pecado. (En silencio ambos un momento.)

M. AND. ¿Lleva usted mucho tiempo en el ejército?

RAF. ¿Decía usted?... Sí, señor; llevo algunos años. Terminé mi carrera al tiempo mismo en que en Cuba se declaraba la guerra, y como no tenía en España nada que me detuviera, me hice médico militar. No me pesa, porque aprendí allá mucho que no sabía... No hay hospital más grande que el que proporciona la guerra ni libro que más enseñe que vivir la vida. Muchas ilusiones, muchos sueños, muchas acariciadoras enervantes utopias no me dejaban ver con claridad la vida. Los fantasmas quiméricos de los veinte años se desvanecieron, y para que usted se forme idea de mi cambio, yo, que era enemigo feroz de la fuerza, convencido antimilitarista, me encontré de soldado y serví en el ejército... ¡La fuerza! Esa sí que es la más serena é inmutable de las leyes naturales. Por eso es la más justa de todas.

M. AND. Encuentro—perdóneme usted—muy grosero el concepto que quiere usted dar á la vida. Sus paradojas de usted son ilógicas; nada es la fuerza si no es hija de la ley.

RAF. Señor cura, permítame que cambie esa sentencia. Nada es la ley si no es hija de la fuerza... Ser débil es carecer de razón. Por eso, para hacer las leyes, hay que contar antes con poder hacerlas efectivas; impo-

niéndolas de otro modo las leyes no se cumplirían y al dejar de cumplirse dejarían de ser leyes... Nace la ley porque una mayoría más fuerte la dicta y la hace efectiva. Sin el ángel que el Señor colocó á la puerta del Paraíso, la primera pareja pecadora hubiera hubiera vuelto á él. Cuando los bandoleros son más fuertes que la Guardia civil, á tiros la reciben en lugar de acatarla, y todos los códigos divinos y humanos repartidos en una tribu de antropófagos no podrán impedir que se merienden al misionero... Anoche pudo usted ver comprobado cuanto estoy afirmando. Había aquí un conflicto de intereses, una lucha de clases; los obreros, más y más fuertes, disponíanse á aplicar el Talión, y de no haber llegado nosotros tan á tiempo, ustedes hubieran sido atropellados, el cantinero quién sabe si muerto. Regían ayer en este pueblo las mismas leyes que rigen hoy y, sin embargo, el más fuerte hubiera dictado la suya á no llegar nosotros para imponer la que nos rige. Por eso, cada día soy un hombre más convencido de que no puede haber ni paz, ni orden, ni justicia ni nación sin un ejército poderoso con fuerza bastante para hacer que todas esas cosas existan. (Transición.) Se me hace un poco tarde y su hermano de usted no vuelve. ¿Y sus sobrinas de usted? Seguramente en misa.

M. And. Oyeron la que yo dije. Creo que pasan hoy el día en el campo. Los domingos suelen ir á la torre.

Raf. (Levantándose.) Hubiera tenido gran satisfacción en saludarlas. Mañana lo haré si hoy no puedo tener ese honor.

M. And. ¿Hace mucho sirve usted en Cataluña?

Raf. Casi dos años.

M. And. ¿Y qué le parece esta tierra?

Raf. Hermosa, riquísima y sus gentes nobles, trabajadoras y honradas. ¡Lástima grande que de algún tiempo á esta parte extreme alguno de sus defectos! Desde hace poco, un exclusivismo injustificado viene enfrian-

do los afectos que Cataluña sentía por toda España y un aire de fronda agita la conciencia de este pueblo. Los que menos razón tienen para quejarse, una minoría rica, activa, dueña de su país, viene arrojando semillas de cizaña, y en los llanos y en el monte, en las ricas ciudades y villas, y en los pueblos y caseríos tranquilos, las lámparas arden... Y todo esto puede tener un desenlace bien triste.

M. And. (Con curiosidad.) ¿Cuál cree usted?

Raf. Se lo diré á usted francamente. La guerra civil.

M. And. Si eso fuera así (Enérgicamente.) la culpa será de los que por viles concupiscencias niegan á esta tierra el derecho á ser como por naturaleza ella es y quiere. Aquellos poderosos cortesanos, aquellos corrompidos gobernantes, herederos directos del Conde Duque, cierran sus ojos á la luz del sol, y ellos, que lo perdieron todo, que fueron la causa de las mutilaciones que España sufrió, ellos, sin más timbres que los de Cavite y Santiago, siguen empeñados en consumar la ruina. ¡Ah! Dios ha dado á Cataluña la facultad de ver el daño, la ha otorgado la gracia de conocer á sus enemigos y alienta la conciencia de este pueblo para que se libre de la tiranía. (Transición.) Perdóneme usted; no quiero causarle con lo que he dicho molestia alguna... Está usted en casa de mi hermano.

Raf. Lejos de molestarme, señor cura, me agrada su franqueza.. En mucho de lo que ha dicho tiene usted razón y no seré yo el que se la discuta, pero sea usted justo y proceda como tal. Las desgracias de España se las causaron todos; éstos y aquéllos. Por acción y por omisión, todos los españoles pecaron y nadie puede arrojar la primera piedra. Concibo, pues, la protesta contra los malos políticos, la lucha contra los malos gobiernos; me explico hasta que estas pasiones hagan que los hermanos lleguen á

matarse. (*Con energia.*) Pero hay una cosa santa, inviolable, sagrada, históricamente nacida y creada por el esfuerzo y por el sacrificio de cien generaciones, la madre España; á ella no debiera alcanzar, por ningún motivo, ni el odio, ni el lodo... (*Con hondo convencimiento.*)

M. AND. Nosotros (*Resueltamente.*) sentimos esa patria, pero la sentimos dentro de esta idea: Cataluña.

RAF Pues es más vasta, más elevada, más grande, más extensa como debieran ustedes sentirla. Está en ella Cataluña, pero abarca muchas más relaciones, pues Cataluña es una de las hijas, pero sólo una. Son muchas más, más ó menos prósperas, pero todas hermanas, substancialmente unidas á España .. Toda ley de unión es en lo moral una ley de altruismo, de relación, de solidaridad impuesta por la naturaleza y por la historia. El amor del hombre á la mujer crea la familia, el hombre trabaja y produce, la mujer ayuda y conserva, ambos se completan y forman la familia en la que los hijos son la continuación de ellos. ¡Siempre el amor sirviendo á la naturaleza! Así los pueblos son grandes agrupaciones de familias, ligados por necesidades y aspiraciones comunes: todos se necesitan, todos se secundan. Una gran ley de union los ata, los amarra... Una fuerza superior los ayunta: fuerza necesaria, ley de defensa, ley de amor... Esa es la que impone la patria, que no es un ente de razón, convencido, pactado, si no un ser con sangre y con carne que vive, alienta, goza y sufre. Nació en el tiempo, se fundió en la historia, tiene una efectividad completa, cumple un gran fin civilizador.

M. AND. Y eso ¿lo contradecimos nosotros?

RAF. Por fortuna, no todos; algunos, sí.

M. AND. ¿Quienes?

RAF Los perturbados por el orgullo, los atávicamente fanáticos, (*Con exaltación.*) los enemi-

gos de la gran patria española... Esos insensatos que comparan á Cataluña con Polonia y con Armenia... Esos que quieren hacer de las sombrías estrofas de *Los segadores* un himno nacional... ¡Esos bárbaros! ¡Ojalá que ellos solos cosechen los males que están sembrando! (Mosén Andrés intentará interrumpir á Rafael en cada una de sus últimas frases. Rafael las dirá imponiéndolas. Transición.) Vaya, Mosén Andrés; me ha hecho usted salirme de mi norma espiritual; soy por temperamento más propenso á la reflexión que al ímpetu, y lo que ocurre es que todas estas cosas son sentimentales. Voy á ver á mi jefe y á mis clientes. Tengo tres soldados enfermos. Luego volveré; ahora cumplamos con el deber. (Saluda, se pone la teresiana y sale.)

M. And. (Viéndole partir.) Vaya con Dios el patriota. (Meditando.) Ha sido bien útil esta conversación. Nos conocemos ya. Somos diversos, distintos seres de órbitas cambiadas. Séale la suerte propicia al castellano y el Cielo le asista; pero evitemos á toda costa que ese vino agrio, picante, exótico, se mezcle con la vieja, olorosa solera de Llivia. (Se pasea silenciosamente por el salón.)

ESCENA VI

MOSÉN ANDRÉS, CRISTETA y DON JAIME

Cris. (Llegando.) Tío, el padre llega; desde el balcón lo he visto doblar la esquina.

M. And. Por unos segundos no encuentra aquí al forastero; quizá sea mejor. (A Cristeta.) ¿Qué hace tu hermana?

Cris. Ha llorado un gran rato. ¡Pobrecilla! Tío, cuide de que el padre no se disguste con ella. Al fin y al cabo, qué remedio tendrá sino hacer lo que la manden. (Vase Cristeta.)

D. Jai. (Entrando.) No puedo más; vengo rendido. Desde las siete, de un sitio para otro cuidando

de cien cosas. El juez ha estado muy entero; lleva metidos en la cárcel á quince de esos incendiarios. Los cabezas de motín ya los tenemos en chirona; creo que quedarán escarmentados. (Se sienta.) ¿Ha vuelto Peret? ¡Peret! (Llamando.)

CRIS. Salió.

D. JAI. Antonio está mejor; la paliza fué buena, pero no tiene lesión grave... Estuve en su casa, ví también al niño herido: no es nada. Es hijo de Engracia, la del herrero del puente. Estuve también á ver al teniente coronel que manda el batallón que tenemos en el pueblo. Me mandó llamar para que le enterara de todo. Está en casa del Alcalde... Es un hombre áspero, un militarote con largos bigotes mosqueteros. Oyó mis explicaciones y no se le ocurrió otra cosa que decirme que admitiera á los obreros despedidos... ¡Qué cosas tiene uno que oir! ¡Ah! ¿No sabéis quién ha llegado? el hereu de Puig. Se enteró en Gerona de los disturbios y cogió el correo de esta mañana á las seis. Lo he convidado á comer. Venía muy asustado creyendo que el pueblo ardía por los cuatro costados.

M. AND. (Aparte.) ¡Parece providencial! (A don Jaime.) Ese chico es muy bueno, muy trabajador, todo un hombre; haría un buen yerno. Ese y Monserrat, tu hija, formarían una pareja completa. . Y, además, á mí me consta que la quiere... Cuando estuvo aquí la última vez, por las fiestas, no se separaba un momento de ella.

D. JAI. Pues que se formalice, y por mi parte no hay inconveniente. Falta me hace que un hombre como él venga á ayudarme en el trabajo... Los años no pasan en vano.

M. AND. (Aparte.) Procedamos son tiento. (A don Jaime.) Aquí has tenido una visita que luego volverá.

D. JAI. ¿Quién es?

M. AND. Un militar que te trae una carta de Barcelona.

D. JAI. (Transición.) ¿Y las chicas? (Llamando.) ¡Monserrat, Cristeta!

CRIS. Ahora vamos, padre. (Volviéndose á llamar á su hermana.) Monserrat, que nos llama papá.

ESCENA VII

DON JAIME, MOSEN ANDRÉS, MONSERRAT y CRISTETA

Monserrat llega triste, casi llorosa

D. JAI. (Fijándose en ella.) ¿Todavía lloras? Todo está ya arreglado, esa gente sujeta y las cosas por su vía. Ahora hay que poner otra cara. ¿Sabéis quien ha llegado esta mañana y me ha prometido venir á comer con nosotros?

CRIS. ¿Quién, padre?

D. JAI. El hereu de Puig. En Gerona se enteró de lo que nos ocurría y esta mañana se plantó aquí en el primer tren. Deseo que lo atendáis como á quien es. Ese chico vale mucho. Vería yo con mucho agrado, que tú, Monserrat, no fueras esquiva á sus finezas. Es hombre que sabrá hacer feliz á la mujer que elija por esposa. ¿Qué te parece, Monserrat?

MON. ¡Padre! (Monserrat, sin poderse contener, llorará.)

D. JAI. ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

M. AND. Nada, tonterías; cosas de chiquillas. La has indicado algo que es muy natural que la emocione.

D. JAI. No es para tanto, mujer. Guarda tu llanto para cuando las cosas lo merezcan. Claro está que, de no ser monja, algún día tendrás que casarte. Y es natural que vaya yo pensando en ello... Los viejos somos egoistas, esta casa da mucho que hacer y yo necesito quien venga á ayudarme.

MON. (Haciendo un violento esfuerzo.) Padre, yo... (Vacilante, indecisa.) Yo quisiera indicarle algo...

D. JAI. ¿Qué? Habla.

MON. Yo no quiero casarme con el primo.

D. JAI. (Con seriedad.) Las hijas buenas no dicen no quiero, hacen lo que su padre les manda. ¡Demonio de muchacha!

M. AND. (Interviniendo.) Y ella hará, seguramente, lo que tú la ordenes. ¿Verdad, Monserrat?

CRIS. (A su hermana.) Vamos, Monserrat, á seguir arreglando los cuartos. (La coge de la mano y se la lleva.)

ESCENA VIII

DON JAIME y MOSEN ANDRÉS

D. JAI. ¿Has visto qué demonio de muchacha? Tiene el genio de la casa. ¿Qué le habrá hecho su primo?

M. AND. (Insinuante.) Yo creo que tu hija procede así por algún motivo que tú no conoces. Su actitud... Su resolución... ¿Tendrá, Jaime, tu hija alguna impresión de amor en el alma?... ¡Si vieras qué compleja y misteriosa es la mujer!...

D. JAI. Pecas por malicia. Mi hija ni ve á nadie, ni nadie la ha cortejado, ni hace más que lo que conoces y vemos... Eso será que no le es simpático el chico... Caprichos de mujer.

M. AND. Vaya. Pues ni soy malicioso, ni supongo historias, ni tengo porque ocultarte cierta cosa que te conviene saber. Tu hija, Jaime, ten calma y domina tu genio porque todas las cosas tienen arreglo; tu hija, como te digo, tiene novio.

D. JAI. (Con sorpresa é ira.) ¿Y lo sabías y me lo tenías tan callado? Sin duda, yo no soy nadie en mi casa. No merezco, ciertamente...

M. AND. ¡Oyeme con calma, ten paciencia y luego juzga!

D. JAI. Es, ciertamente, gracioso que me digas que tenga calma con las cosas que están pasando. Es decir, que en mi casa soy el último que se entera de todo.

M. AND. Yo lo he sabido hace poco y si hubiera podido evitarte el disgusto te lo hubiera evitado.

D. JAI. (Haciendo ademán de ir á buscar á su hija.) ¡Monserrat! (Llamándola.)

M. AND. Calla, hombre, calla y oye si quieres. Luego harás lo que te parezca.

D. JAI. (Dominándose.) Dí.

M. AND. Pues bien; Monserrat se enamoriscó en Barcelona cuando estuvo por la Merced en casa de su tía Catalina. Esta tiene la culpa de todo. Allí un hombre joven, gallardo, con todas las exteriores condiciones que á las mujeres seducen, la requirió de amores...

D. JAI. Y él, ¿quién es?... ¿Será un pillo, un caza dotes?

M. AND. No lo sé... Es un hombre que no le conviene á tu hija. Mucho más peligroso que un aventurero vulgar, porque su apariencia es la de un hombre serio.

D. JAI. Y, ¿quién es? Sácame ya de dudas.

M. AND. Un militar, un forastero, un castellano... Sirve en el ejército como médico en un batallón que está de guarnicion en Barcelona.

D. JAI. (Levantándose enfurecido.) ¡Qué disparate! .. Ahora me va á oir esa mala hija... Esto sólo me faltaba.. Y, ¿ha podido creer esa estúpida que iba yo á consentir todo eso?

M. AND. Las mujeres no discurren. Sienten tan sólo. Dios las hizo incompletas.

D. JAI. Bueno; pues ahora me va á oir Monserrat... Es necesario que á las cosas de este género se les ponga remedio cuanto antes. (Se acerca á la puerta y grita.) ¡Monserrat! Ven inmediatamente. (Monserrat aparecerá.)

M. AND. Contén ese genio. Permíteme que hable yo.

ESCENA IX

DON JAIME, MOSÉN ANDRÉS, MONSERRAT, CRISTETA y REMEY. Estas dos últimas, presenciarán, temerosas, el diálogo. Don Jaime, en pie, en actitud airada. Monserrat, temblorosa, en la situación de angustia que la escena reclama

M. AND. (Con tono cariñoso, sugestivamente insinuante.) Monserrat: ha sido necesario decírselo todo á tu padre para que esté enterado de lo que pasa. Yo no podía ni debía callar, llegada la si-

tuación al trance en que tú lo has colocado. Ahora bien; tu padre, puesto en autos, mirando á tu conveniencia, á tu bien, al interés de su casa, en uso de su perfecta autoridad no consiente que ni un solo momento más se prolonguen tus relaciones con el forastero. Para enmendar los yerros que llevas cometidos y poder obedecer á la voluntad de tu padre, vas á ejecutar lo que antes te indiqué. Ahora mismo disponte á pasar ocho días con las Madres en el convento. (Volviéndose á su hermano.) Ya te diré por qué... Vas á escribir la carta que te dije, y así, todo encontrará solución y tú darás una gran prueba de ser buena hija y buena cristiana.

D. JAI. (A su hija.) ¿Qué dices? Disponte á hacer lo que tu tío manda.

MON. (Bañada en llanto, pero sin gritos ni gestos.) Padre, óigame, ¡por piedad!... Yo no soy indigna de usted ni de mi casa por querer á un hombre de bien...

D. JAI. (Violentamente.) Tú harás lo que yo te ordene, ó, por el nombre que llevo, tendrás que sentir. Entiéndelo bien; mando yo en mi casa y en tí. Mi autoridad no puede ser discutida. Ni te consiento que me contestes una sola palabra. No sé quién es tu novio, ni me importa saberlo tampoco. Sólo sé que no me conviene y no te interesa saber más. Disponte á hacer, pues, inmediatamente, lo que tu tío dice y pongamos fin á esta aventura estúpida. (Llaman en este momento á la puerta.)

M. AND. ¡Callad ¡Monserrat vé á tu cuarto! ¡Jaime, domínate! Ese será el caballero que quiere verte.

ESCENA X

RAFAEL, MOSÉN ANDRÉS, DON JAIME y luego MONSERRAT

Abren la puerta á Rafael, que entra, y éste podrá alcanzar aun á ver á ver á Monserrat que se marcha

RAF. (A todos.) Perdonen ustedes si los he interrumpido.

M. AND. No faltaba más.

RAF. (A Mosén Andrés.) ¿Quiere usted hacerme el favor de presentarme á su señor hermano?

M. AND. Con mucho gusto. (Dirigiéndose á don Jaime.) ¡Jaime!

D. JAI. (Serenándose.) ¿Qué?

M. AND. (Señalándole al médico.) El señor don Rafael Díaz, médico militar. (Volviéndose á éste.) Mi hermano Jaime.

D. JAI. Anoche, con los disturbios, no tuve ocasión de hablarle para darle á usted las gracias por el auxilio que nos prestó. Le digo esto, porque ha sido el teniente coronel de su batallón quien me ha dicho que fué usted el primero que penetró en esta casa á contener las pasiones de las turbas. Al oir su nombre no quiero dejar de darle á usted gracias por lo que hizo.

RAF. Ninguna merezco, señor don Jaime, porque no tuvo mérito nada de lo que hice, y si alguno tuviera, está incluído en lo que debe calificarse como cumplimiento del deber.

D. JAI. Dígame usted en qué puedo servirle.

RAF. Primero, hágame el favor de leer esta carta que para usted me entregó su hermana doña Catalina con encargo de, al entregársela, saludar á usted y á sus hijas. (De la cartera saca una carta que entrega á don Jaime.)

D. JAI. (Recibe la carta, la abre y la lee. A medida que vaya adelantando en la lectura, con el gesto indicará cierta extrañeza.) ¡Ah! vamos, sí.. Por lo visto, trató usted allí á mis hijas. Catalina me lo dice. (En la frialdad que después de la lectura de la carta manifiesta demostrará que ha comprendido que tiene

delante al novio de su hija. Aparte.) Sin duda, es este mozo. (Vuelve á leer la carta. Aparte) «Don Rafael Díaz, que conoce mucho á tus hijas, sobre todo á Monserrat, quiere que sea yo quien lo presente y aun á riesgo de herir su modestia, te diré que es una dignísima persona, un perfecto caballero, merecedor de toda tu consideración. El te explicará lo que pretende... A ver si puedo pronto darte una cariñosa enhorabuena.» Esto está bien claro. (Don Jaime se volverá á Rafael y ya en tono seco y severo le dirá) Puede usted decirme lo que desee de mí... Mi hermano (Señalando al cura.) es persona, como comprenderá, de mi confianza absoluta. Diga, pues, lo que le parezca. (Durante este tiempo Mosén Andrés habrá ido acercándose á su hermano y casi al oído le dirá.)

M. AND. Jaime, ten calma... procede serenamente. (Luego, dirigiéndose al médico, añadirá.) Siéntese usted, señor doctor.

RAF. (Al ver en pie á ambos hermanos.) Muchas gracias, estoy muy bien. (Un momento de pausa. Después, Rafael empezará á hablar, al principio un poco turbado, luego dueño de sí mismo.) Yo, señor, no quiero que deje usted de conocer algo que me afecta y me interesa muchísimo... Tuve el propósito de verle á usted casi inmediatamente después de mi llegada. Estaba obligado á hacerlo y me siento muy satisfecho de haber podido conseguirlo pronto. Se trata, señor de Llivia—yo no debo andar con circunloquios—de algo que me afecta no sólo á mí sino también á una persona unida á usted por vínculos del parentesco más estrecho. Me refiero á la mayor de sus hijas. Monserrat es una mujer buena, una distinguidísima señorita que conseguirá hacer feliz al hombre que tenga la fortuna de casarse con ella. Y yo, que lo he comprendido así, vengo á pedir á usted nos autorice á ella y á mí para mantener esas cortas relaciones que anteceden al matrimonio de dos que se quieren... Nada tengo en mi casa ni en mi sangre que me produz-

ca otra cosa que satisfacción y con mi carrera gano lo bastante para afrontar las cargas que el matrimonio trae consigo... No tengo fortuna que poder brindar á su hija de usted, pero creo que, sin tenerla, podré hacerla dichosa...

D. JAI. (Interrumpiendo y dominándose.) Lamentaré que viera usted en la contestación que voy á darle algo que no sea expresión sincera de lo que pienso. Tengo del matrimonio un concepto, en lo que se refiere á mis hijas, exclusivamente personal. Las he educado y criado para que sean mujeres, cuando llegue el caso, de hombres como yo. Los trabajadores, los hombres de fábrica, necesitamos mujeres de nuestra casta y hábitos y mis hijas quiero yo que se casen con hombres de trabajo... Entienda usted bien que al decir trabajo me refiero á aquel trabajo á que yo estoy habituado. Procediendo en consecuencia, tengo prometida y otorgada á Monserrat á un joven de mi completo agrado y que reune las condiciones que apetezco para el que ha de ser marido de mi hija. Siento, pues, muchísimo, por todas estas razones, tener que negar á usted las relaciones que me acaba de pedir. Y como no sería, ni para usted ni para mí, agradable volver á hablar una palabra más de esto, le suplico no volvamos sobre tan enojoso asunto. (Se volverá seguidamente en actitud de dar por concluída la entrevista. Su grosería, sin ser intencionada, es manifiesta.)

RAF. Señor de Llivia, ruego á usted, aun cuando le cause molestia, me otorgue un momento más su atención.

D. JAI. Si es para volver sobre este negocio no podré complacerle. Acabo de exponer completamente mi pensamiento y de manifestar por entero mi voluntad, y, por tanto, nada más debe oir ni decir.

RAF. Por estar usted en su casa, le ruego violente un poco su cortesía oyendo lo que aun tengo que decirle.

D. JAI. No puedo hacerlo. Le suplico que no insista.

RAF. No tengo más remedio que insistir (Con firmeza.) porque no es usted solo el que cumple con su deber. Yo tengo también el mío y por ninguna razón dejaré de hacer lo que deba.

D. JAI. (Descompuesto.) Es mucha tozudez. Pero, señor, ¿va usted á obligarme?...

M. AND. (Interrumpiendo.) Hable usted, señor Díaz: mi hermano le escuchará, aun cuando eso le violente.

D. JAI. Pero si es que yo considero inútil cuanto este señor me diga.

RAF. Es que yo creo muy conveniente decirle lo que pasa.

D. JAI. Ocurra lo que quiera nada puede cambiar mi firmísima resolución.

M. AND. Oye, hombre, oye; por oir nada pierdes. (Don Jaime, sacando un cigarro y aparentando indiferencia, se someterá al consejo de su hermano.)

RAF. (Firmísimamente.) No; lo que acaba usted de hacer señor de Llivia no es lícito con un hombre honrado que ha procedido y procede como yo lo he hecho. Excuso á usted, por ser quien es, la herida que ha causado en mi amor propio, pues el hecho de ser yo muy poco no autoriza á nadie para tratarme como usted acaba de hacerlo. Depende, seguramente, esto, de la naturaleza del carácter de los hombres de esta tierra que carecen de aquella ductilidad y dominio sobre sí que requieren las luchas de la vida. Mas como usted es un hombre razonable, las razones le harán variar. Yo he llegado aquí en uso de un legítimo y perfecto derecho; no he venido caprichosamente ni porque sí á pedirle á su hija Monserrat. . No soy un extravagante ni un mozuelo. Monserrat está perfectamente enterada de lo que hago y con su consentimiento he dado este paso. Yo, respetando, pues, íntegramente, la autoridad de usted y hasta sus ideas acerca del matrimonio, no puedo admitirlas, porque

entiendo que pueden causar un daño á personas que se han ligado en un compromiso de honor. Los padres hacen muy bien en dirigir y amparar á los hijos velando por su felicidad. Pero los padres no pueden torcer lo que está derecho, ni con sus equivocaciones hacer desdichados á los que deben hacer felices. Quiero á Monserrat y ella me quiere á mí. Es una mujer que tiene ya veinticinco años y entre ella y yo no puede interponerse para destruir nuestra felicidad ni aun su propio padre; sèpalo usted así. (Con firmísima entereza.) Si ella con un simple gesto asiente á lo que usted acaba de manifestarme, yo nunca volveré á verla y, por tanto, todo habrá concluído. De otro modo, con sentimiento por mi parte...

D. Jai. (Interrupiéndole.) ¿Ha terminado usted? Pues bien; óigame ahora. No estoy acostumbrado á zalemas ni se presta mi carácter á cortesías hipócritas... Mi hija no se casará con usted y ni ella ni nadie podrán torcer mi voluntad. ¿Quiere usted que ella sea la que se lo diga personalmente? Pudiera evitarme esa escena, pero, puesto que es necesaria y á usted le acomoda, voy á complacerle inmediatamente. En Cataluña, cuando queremos decir una cosa definitiva, decimos que hablamos claro y catalán: así lo va á hacer ahora mismo Monserrat. (Se dirigirá resueltamente hasta la puerta y llamará, descompuesto, á su hija.) ¡Monserrat! ¡Monserrat! ¡Monserrat! (Monserrat acudirá, y su padre la cogerá por la mano, casi violentamente, hasta conducirla hasta el centro de la escena. La actriz que encarne el papel de Monserrat se identificará en su difícil situación. Agitadísima, temblorosa, vacilante, la pobre mujer se dejará llevar automáticamente.) Este señor, que ya conoces, ha venido á pedirme te conceda á él por mujer. Yo se lo he negado resuelta y definitivamente. No es de mi gusto, ni le conozco, ni sé de dónde viene ni á dónde va. Pudiera lo hecho bastar para que todo estuviera terminado, pero me habla de

compromisos que no conozco, de asentimientos por tu parte, y requiere, sin duda, que tú confirmes lo que tu padre acaba de decir. Dile, pues, inmediatamente, que aquí en nuestra tierra las hijas hacen lo que sus padres quieren y que quedan rotas todas las palabras que indebidamente le otorgaste. (Pausa larga. Monserrat sufrirá la honda emoción á que el caso la somete. Primero correrán sus lágrimas reposadas; luego, visiblemente, su pecho se agitará como si el corazón saltara dentro de él y luego una explosión de llanto, gemidos y gritos entrecortados provocarán una crisis nerviosa que la hará caer sin conocimiento. Esta muda escena indicará al público mucho más que todo lo que el autor pudiera escribir. Acudirá Mosen Andrés á sostenerla; Cristeta y Remey que desde que fué llamada Monserrat han presenciado escondidas la entrevista, llorando también, acudirán al socorro de la pobre mujer. Don Jaime contemplará á la hija en el suelo y, descompuesto, violento, agresivo, dirá dirigiéndose á Rafael.) Haga usted el favor de salir de esta casa inmediatamente si no quiere que sea yo mismo el que por mis manos le ponga á usted en la calle.

RAF (Serenamente.) Está usted loco Yo saldré solo cuando me lo ruegue usted cortesmente. (Don Jaime se lanzará á agredirlo, ciego por la ira. Rafael esperará la acometida. Mosén Andrés, interponiéndose, evitará la lucha. Chillarán las mujeres. La escena será copia exacta del pasional incidente descripto. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA

El ALCALDE y PERET

ALC. (Desde dentro.) ¿Se puede? (Pausa. Empuja la puerta que estará abierta, y se queda contemplando la habitación, en la que no hay nadie.) ¿No hay nadie aquí?... ¿Por dónde andarán? (Llamando.) ¡Peret! ¡Remey! (Aparece Peret por la puerta interior de la derecha.)

PERET ¿Quién llama?... ¡Ah! ¿Es usted, señor Alcalde? En la huerta están el señor y la señorita Cristeta. (Señalándole la puerta del fondo que conduce á la huerta.) Baje usted, si quiere.

ALC. Sí, tengo que verle.

PERET (Con curiosidad.) ¿Ocurre algo nuevo?

ALC. ¡Claro que ocurre! y muy importante, importantísimo. Ya tengo arreglada la cuestión obrera... Desde el lunes todo el mundo al trabajo... Cuando las cosas se llevan con inteligencia y energía, un hombre como yo triunfa siempre.

PERET (Con curiosidad.) Dígame usted: ¿cómo ha sido eso?

ALC. Pues, óyelo. (Transición.) Ya sabes que Mosén Andrés me encargó de todo en vista que

don Jaime desde que cayó enfermo no ha querido ni podido ocuparse de nada y de que él no tiene habilidad para estas cosas.

PERET (Con tristeza.) ¡Está pasando el amo por rudísimas pruebas! ¡Sobre esta casa parece que caído una maldición!

ALC. Pues bien; encargado yo por Mosén Andrés, como te he dicho, cogí el hilo y he desenredado toda la madeja. La cosa estaba muy fea. Tres meses van á hacer que se declaró la huelga y desde ese día todo fueron desdichas en el pueblo. Faltaron el pan y el trabajo y con ellos la alegría y la paz. Estas cosas hay que pasarlas para enterarse bien de lo que son... ¡Cuántas miserias, cuántas angustias, y cuantísimo disgusto!. . Aquí en Cataluña se vive sólo de lo que se fabrica y hay que tener mucho cuidado en que las fábricas estén abiertas, porque si no se acaba todo. Ni mis prudentes medidas como celosísima autoridad, ni mi manera de administrar, escrupulosa, ni la caridad de los ricos, ni la cooperación de los obreros podían suplir lo que la huelga se llevó... Enfermo muy grave don Jaime, arisco y enconado el ánimo de Mosén Andrés, esto no hubiera tenido solución si aquí no hubiera habido un hombre...

PERET (Interrumpiendo.) ¿Qué hombre?

ALC. Yo... (Pausa.) ¿Es que crees tú que otro cualquiera no hubiera fracasado completamente? Hoy mismo he dado pruebas de una habilidad extraordinaria. Mi conferencia con la junta de obreros ha sido decisiva... Todo ha quedado resuelto. Las cantinas se atenderán y Antonio, que no sirve para llevarlas, será sustituído por otro cantinero... Las multas se impondrán como hasta aquí, pero... Avisando á los obreros el por qué se imponen... Ya ves que se hace lo que es justo y que se les obliga á pasar por el aro... En lo que han estado inconmovibles ha sido en la cuestión de los obreros despedidos. No ha habido medio de hacerles desistir de

esta conclusión... Esos obreros tienen que volver á la fábrica. Yo no quise hacer hincapié en esto. ¡Hay que ser prácticos!

PERET ¡Qué escándalo!

ALC. ¿Escándalo? ¿Por qué, Peret? No te pongas así. Eres tremendo. ¿Qué quieres que yo le hiciera? Cada vez esa gente es más dueña de su voluntad y cada vez se establece entre ellos con mayor firmeza el tacto de codos... Los obreros unidos son muy fuertes.

PERET Ya les daría yo fuerza si el señor no estuviera como está... ¡Ah! La rebelión de ellos, con ser grave, no es la que tiene así á mi amo... ¡Es la otra!

ALC. ¿Qué quieres hacerle? Llevo pensado mucho sobre cuanto viene pasando y he sacado gran provecho de mis meditaciones, Peret... ¡Hay que mirar adelante! ¡Hay que ser prácticos!

PERET Digo de los obreros lo mismo que de la cuestión de la hija. Donde no hay amo ni dirección, no hay más que ruina. Lo que está pasando no tiene nombre: un padre cría á sus hijas para que sean su alegría y su descanso; pone en ellas el porvenir de su casa, y, de pronto, llega un forastero, un barbilindo, un zángano de tantos y dice: aquí vengo yo con mis manos lavadas á por esa chica, y se la lleva... ¿Es esa la ley? ¿Es eso lo práctico?

ALC. Las leyes disponen esas cosas porque...

PERET (Interrumpiendo.) Si aquí no mandamos los catalanes. Esas leyes no son nuestras, no las hemos hecho nosotros.

ALC. No seas cabezota, Peret. Esas leyes son iguales en todas partes. Las mujeres, cuando llegan a su mayor edad, son dueñas de casarse con quien les place. ¿Tú no ves que es la hija la que se casa, no el padre? (Transición.) ¿Y cómo está don Jaime?

PERET Cómo ha de estar: cada vez más sombrío, más triste, más metido en sí.. Por ser, como es, un hombre de una vez, le sucede todo lo que le pasa... Primero, los obreros provocan

el paro y paralizan su capital, luego, la hija se le marcha con el primero que llega. ¡Pobre señor! Sobre todo, la herida que le causa la boda de su hija, es de las que no se cierran.

ALC. ¿Tú no ves, Peret, que en esta casa os habéis empeñado en llevar la contraria al mundo?... Contra los obreros; tal como están, ni valen pláticas, ni sermones, ni citarles á Ramón Berenguer; ellos van á lo suyo. Y en cuanto á la hija, por lo visto, tampoco Mosén Andrés ha tenido la fortuna de convencerla; pero, una hija es una hija. También yo con mi chico, cuando se casó con Juanita, pasé lo mío, y, al fin, me consolé ¡qué remedio! La vida, es la vida. ¡Hay que ser prácticos!

PERET ¡Cá! no conoce usted bien á mi amo, y al señor cura; aun cuando mi amo vacilara, Mosén Andrés está ahí, para hacerle ver el camino derecho. ¡Ah! las mujeres son los mayores enemigos que tiene la tranquilidad de las casas. Por supuesto, que Monserrat, ha perdido no sólo el cariño de su padre, sino también muchas cosas más.

ALC. ¡Claro! Ahora la pubilla será Cristeta.

PERET Esa es otra. Desde que la hermana se marchó no hace más que gemir y llorar. Ahora sólo piensa en ver el modo de conseguir que don Jaime perdone á la hija rebelde... Trabajo la doy.

ALC. ¿Y Mosén Andrés?

PERET Mosén Andrés es el único que aquí conserva íntegra la entereza. ¡Qué alma más catalana! El es quien anima á su hermano y le alienta con sus consuelos: su santa intransigencia es de las que no se rinden por nada. No perdona á su sobrina y hace muy bien, porque á los caprichos de una mujer histérica no pueden subordinarse las ideas ni las costumbres de un país. Mosén Andrés tiene más razón que un santo. ¡Cuidado con la niña! ¡Vaya unas agallas!

ALC. Las mujeres, Peret, son capaces de tirarse desde una torre con tal de estrellarse á su

gusto. ¡Qué se le va á hacer! La primera de todas nos costó el paraíso terrenal, y las hijas de aquella nos siguen costando casi tan caras como su madre. (Transición.) Voy á buscar á don Jaime.

PERET Pase usted á la huerta, ahí le encontrará con su hija Cristeta... ¡Como hacía tan buena tarde! bajó á tomar el sol un rato. No diga usted á don Jaime nada que le pueda causar disgusto... El médico nos ha recomendado mucho que, por ahora, no se ocupe de nada. Su salud es antes que todo. Si se volviera á repetir el ataque, el señor se moriría.

ALC. Sí, eso sería gravísimo y quizá le costaría la vida. (Transición.) Hasta ahora, Peret. Yo no voy á decirle más que lo de los obreros está arreglado. Cuando sepa que se someten se animará, seguramente.

PERET ¡Vaya una manera de someterse! Tenga usted cuidado si le pregunta las condiciones en ocultárselas, y, sobre todo, no le diga nada de los obreros despedidos, y si él quiere saberlo, engáñelo, diciéndole que los despedidos no vuelven á la fábrica.

ALC. (Volviéndose.) Aquí sois todos tan intransigentes como don Jaime; es decir, como Mosén Andrés, porque don Jaime, al fin y al cabo, no hace más que lo que Mosén Andrés quiere. Pensando de ese modo no hay medio de evitar que todo en la vida sea una complicación grave. Si en nuestra tierra llegaran los hombres á pensar como piensan los de esta casa, en Cataluña se iba á poner muy cara la leña.

PERET Usted no es de los buenos, está usted maleado por el bastón de borlas. ¡Ojalá se pensara en Cataluña como pensamos aquí!

ALC. Sí, sí, *bon cop de fals:* eso gusta ahora mucho. ¡Tened cuidado con las hoces, no os vayais á cortar las manos!...

PERET Usted es un pastelero.

ALC. ¡Un pastelero! ¡Ya lo dijiste tú! Lo que hay es que los hombres como yo, que son la

mayoría en Cataluña, estamos convencidos de que todas esas cosas que pregonais son verdaderos romances.. Romances, Peret, créeme á mí. ¡Hay que ser prácticos!

ESCENA II

CRISTETA, el ALCALDE y PERET

CRIS. (Entrando por la puerta de la huerta.) Buenas tardes, señor Alcalde. Si quiere usted ver á mi padre, cerca de los manzanos lo encontrará. (A Peret.) Peret, cuando llegue el tío, no se te olvide el decirle, si no estuviera yo aquí, que tengo que hablarle. (Al Alcalde.) Y los obreros, ¿qué dicen, señor Alcalde?

ALC. Esas cosas ya las he arreglado yo... Ahora voy á contárselas á don Jaime. (Vase por la puerta del fondo.)

CRIS. (A Peret.) Ya era hora de que esa gente se acordara de que hay algo más que hacer que holgar en la vida. ¡Qué tiempos estos!... ¡Ah, si lo otro pudiera arreglarse también! Mira, Peret, tengo prometido á la Virgen llevar este hábito; (Viste de carmelita.) este que me puse por la salud de mi padre, llevarlo toda la juventud si por su mediación consigo que papá perdonase á Monserrat. ¡Pobre hermana!

PERET Compadézcala usted encima.

CRIS. La compadeceré siempre, porque toda su culpa consiste en haber perdido el juicio.

PERET (Irónico.) ¡Locura de amor! Como la de aquella reina castellana que salía en la comedia que hicieron en el teatro.. Ahora á la loca le ha tocado nacer en Cataluña.

CRIS. Pues, claro. ¿Qué crees tú que el amor no enloquece? Pues ahí tienes el caso de mi hermana. ¿Quién podría creer que ella tan obediente, tan pasiva, tan buena siempre, había de llegar un momento en que todo lo sacrificase al amor? Y no te creas que no

siente muchísimo todo lo que ha ocurrido. Ahí tengo sus cartas de todos los días y leyéndolas se le parte á una el alma. Ayer, la que me escribió, me hizo llorar mucho; no tiene más preocupación que la enfermedad del padre, y todas sus súplicas, todas sus aspiraciones se reducen á pedir á Dios que lo ponga bueno. Si por razones que yo no alcanzo—me dice—lo que yo hice perjudicara á nuestra casa; si el hombre que quiero es incompatible con la manera de ser de mi familia, ahí estás tú, Cristeta, que podrás ser la heredera. Mira, Peret, si es grande su cariño á ese hombre, que aun sabiendo que mi padre la privará de su primogenitura, ni aun así, pospone su amor á su interés.

PERET Por lo visto repite el caso que nos contaron en el Fleuri.

CRIS. Yo, que fuí la primera que entorpecí sus amores, que contrarié sus inclinaciones; yo, Peret, que soy la beneficiada con su rebeldía, puesto que según dicen mi padre quiere hacerme su pubilla, ni aun así dejo de reconocer que mi hermana podrá estar más ó menos equivocada, pero es buena, y no sosegaré, no viviré contenta hasta verla perdonada y hasta conseguir que en esta familia torne á reinar la paz de otros días. ¿Por qué no ha de ser así?

PERET Hay cosas, señorita Cristeta, que es muy difícil arreglar. Su padre de usted no la perdonará nunca el que se case con ese extranjero.

CRIS. ¿Pero es que ese hombre es algún asesino ó algún maldito de Dios? ¿Ha cometido algún crimen horrendo?... ¿Por qué ese odio, ese encono, esa fiera intransigencia?

PERET Pues hace poco no hablaba usted de ese modo. Si la oyera á usted su tío, le haría muy poca gracia; y es que las mujeres son ustedes como las veletas, perdóneme la señorita.

CRIS. No me incomoda tu comparación: somos como las veletas y así debemos ser, porque la veleta no puede hacer cosa distinta de lo

que hace. Obedece al aire y es sumisa con lo que su señor la ordena.

PERET Un loco hace ciento, y ya veo, señorita, que usted acabará por estar como su hermana. En esta casa están sucediendo cosas muy raras.

ESCENA III

MOSÉN ANDRÉS, PERET y CRISTETA

M. AND. (Entrando.) ¿Cómo está tu padre?

CRIS. Parece hoy un poco mejor, pero sigue tan silencioso, tan abstraído como siempre.

M. AND. Yo no he podido, hasta ahora, quitarme los quehaceres de encima. (A Peret.) ¿Vino el Alcalde?

PERET Con el señor está en la huerta. Preguntó por usted en cuanto vino.

M. AND. Lo tenía yo citado aquí.

PERET Pues ahí en la huerta lo tiene usted. Dice que ya está arreglado lo de la huelga.

M. AND. Sí, ya supongo cuáles habrán sido los arreglos... El estado de salud del señor nos obliga á que tengamos que pasar por las componendas del Alcalde. Los tiempos, las cosas nos imponen su ley brutal. Vengo del convento, Peret, ¡qué rato tan amargo acabo de pasar! Hoy se cumplen los tres meses del depósito de Monserrat, de mi desgraciada y rebelde sobrina, y he intentado hacer el último esfuerzo. Todo inútil. ¡Qué tenacidad tan firme! Viéndola llorar no se comprende cómo puede mostrarse tan enérgica. La he puesto delante de la enfermedad de su padre, diciéndole que ella puede ser la causa de su muerte. Sólo ante esto vacila, pero, no sé de dónde el demonio la inspira ideas que la hacen persistir en su conducta. No tengo valor para decirle á mi hermano una palabra.

CRIS. (Afligida.) ¡Pobre hermana y pobre padre!

M. AND. No merece, Cristeta, tu hermana la compasión que te inspira. Cuando es uno el causante de sus propios males, no puede quejarse de su suerte. Aquí no hay más que una víctima verdadera, tu padre. Ese es el único digno de compasión; ese el mártir. Tu hermana no tiene perdón de Dios.

CRIS. ¿Y por qué, tío del alma, no han de arreglarse las cosas?

M. AND. (Con extrañeza.) ¿Qué dices?

CRIS. Digo, ¿que por qué no hemos de buscar, entre todos, el modo de conseguir que mi padre perdone á Monserrat? Ella no ha sido culpable más que por amor... ¿Por qué, pues, tío, esas intransigencias, esos enconados odios? Rafael Díaz, será castellano, será distinto quizás á como nosotros somos, pero es un hombre digno, un caballero. ¿Qué culpa tiene él de no ser catalán ni qué falta cometió para que se le repudie como á un criminal?

M. AND. Y ¿ahora sales tú con esas, Cristeta? No quiero incomodarme. Vamos, vamos; será cosa de pensar en que nos preparen celdas á todos en el manicomio. ¿Tú también, hija mía, la mujer entera, la buena hija, sientes flaquear el ánimo y vacilas en tu fe? (Pausa. Transición.) Vaya, vamos á buscar á tu padre. La tarde va cayendo y debe ya estar recogido. Ven, Cristeta. (Vanse por la puerta de la huerta.)

PERET Pondremos unos sarmientos en la lumbre. (Trae los sarmientos y aviva el fuego.) ¡Pobre casa esta! ¡Cuando yo digo que nos ha caído una maldición!...

ESCENA IV

MOSÉN ANDRÉS, DON JAIME, CRISTETA, PERET

Por el fondo entrarán Mosén Andrés, don Jaime y Cristeta. Viene don Jaime apoyado en ellos. Las huellas de su enfermedad son pa-

tentes. Andará encorvado, con cierta pereza de movimientos, y un poco jadeante la respiración. Los que lo traen, acompañaránlo hasta dejarlo sentado en un amplio sillón, cara al fuego y á alguna distancia de la lumbre. Cristeta le colocará una almohada para que recline la cabeza. Todos le colmarán de los naturales cuidados

CRIS. ¿Está usted bien así, padre? ¿Con comodidad?

D. JAI. (El actor cuidará de patentizar hasta en la voz la crisis porque atraviesa el fabricante. La entereza y energía y el claro timbre de la voz de aquel hombre, no tiene ya las energías que prestaba la salud á aquel carácter.) Sí, estoy bien; todo lo bien que puedo. Perfectamente... perfectamente destruído.

M. AND. Ya en la huerta se sentía fresco; tienes que cuidarte.

D. JAI. Se estaba allí tan bien... Toda la tarde la he pasado tomando el sol como un lagarto. ¡Qué hermoso sol!.. Nunca he sentido como ahora, tan vivamente, la dulce quietud del campo. Son cosas á las que concedí poca atención durante mi larga vida de trabajador. Los árboles creía yo que solo servían para dar fruta en el otoño, sombra en el verano y leña en el invierno. No es así; sirven también para hacernos pensar. Cerca de los manzanos que rodean el pozo estaba sentado, y, cuando me dejásteis allí solo con ellos, me parecieron aquellos árboles amigos queridos y antiguos que me hablaban de cosas y me inspiraban ideas, en cierto modo muy originales, dada mi manera de ser. Allí en el rincón, á la derecha de la vereda, hay un viejo manzano con todo el tronco renegrido, rugoso, y secas ramas largas que parecen brazos. La vejez va minando la vida de ese árbol que no puede ya resistir los hielos del invierno, y, sin embargo, parece que está contento, como resignado con su cercano fin. Ese árbol está satisfecho de sí mismo, de su vida entera. Dió sin duda sus flores y sus pomas durante muchos años; en el rincón obscuro

donde nació, cumplió satisfecho su destino y parece contemplar orgulloso la prole de arbolitos que sus raíces engendraron y que le rodean esbeltos, vigorosos. (Pausa.) Cuando á ese viejo manzano lo quemen en esta chimenea, allá quedarán sus retoños cubriéndose perennemente con las flores con que la primavera los coronará todos los años...

M. And. (Risueño.) Veo, Jaime, que el fabricante se está volviendo poeta. Siempre te oí decir ese era un oficio de gandules.

D. Jai. Más que poeta, me estoy volviendo filósofo.

M. And. Son cosas en cierto modo semejantes. (Transición.) ¿Te dijo el Alcalde que lo de las fábricas quedó todo arreglado? Desde el lunes vuelven los obreros al trabajo.

D. Jai. ¿Cuánto tiempo hace ya que holgaban?

M. And. Tres meses justos.

D. Jai. (Encogiéndose de hombros.) Pues por mí podrían haber seguido ya tres años. Esos no me darán á mí ya muchos disgustos.

M. And. ¿Por qué dices eso?

D. Jai. Es bien sencillo: de nada sirve que las máquinas estén listas y los brazos dispuestos si los motores se apagan.

M. And. Es que aquí los motores siguen encendidos.

D. Jai. Eso no es más que una lisonja. No creo lo mismo. Muchas voces te he dicho que somos una verdadera máquina igual que las de nuestras fábricas; tenemos en el estómago la caldera, los percutores son los músculos y el regulador el cerebro. Trabajamos años y años, lo mismo que la máquina, hasta que un día llega en que se inutiliza ó descompone y hay que arrinconarla como hierro viejo ó enterrarnos como carne podrida. (Volviéndose á todos.) Aquí tenéis una máquina que dijo basta.

M. And. ¡Qué cosas tienes! El que hayas estado enfermo no quiere decir que dentro de poco no estés ya bueno.

D. Jai. Nadie ve mejor las cosas propias que uno mismo. El dolor, la enfermedad y la muerte son los únicos amigos que no engañan al hombre.

M. And. Veo que no hay medio de librarte de esas tristezas que te están aniquilando.

D. Jai. (Interrumpiendo.) Para contestarte, voy otra vez á sentirme poeta. Cuando una fuente no da ya agua, ó un árbol no da hojas, ó un pájaro no canta, no existen ni la fuente, ni el árbol, ni el pájaro.

M. And. Déjate de pájaros y de majaderías. Dice don Tomás que toda esa pesadez de cabeza irá desapareciendo, que poco á poco recobrarás tu agilidad, y que la torpeza que sientes pasará. ¿No ha de pasar?

Cris. Es que usted, padre, hace muy poco para ponerse bien. Lo que debemos hacer es apresurar el viaje á la torre, al campo, como quiere el médico. Aquí el lunes empieza el trabajo, y el tío y Peret dirigirán las cosas hasta que usted se ponga bueno. Ya empieza el tiempo á mejorar, y de aquí en adelante cada vez serán más frecuentes los días hermosos. (Un momento de silencio.)

D. Jai. (A Mosén Andrés.) ¿Sabes algo de la chica?

M. And. ¡Ya volvemos á las mismas! De todo hablaremos cuando estés mejor.

D. Jai. ¿Y por qué no ahora, si estoy bien? ¿O es que te crees que después de lo pasado me hacen efecto las cosas? No, todo el mal está ya hecho y no tiene ya remedio. (Animándose.) No dudes de mí. Jaime Llivia no variará jamás de manera de pensar; seré como soy hasta que me muera. Te he preguntado por mi hija Monserrat, porque creo que está para terminar el plazo del depósito.

M. And. Sí, hoy mismo termina.

D. Jai. ¿Y cuándo se casa?

M. And. Creo que mañana.

D. Jai. Que sea muy feliz.

M. And. Hoy, esta misma tarde, hablé largo rato con ella y me manifestó grandes deseos de venir á implorar tu bendición.

D. Jai Aquí que no venga. Ningún daño la deseo, pero tampoco debe volver á la casa que voluntariamente abandonó y donde es ya una extraña.

CRIS. (Afligida y respetuosamente.) ¡Padre, perdónela usted!

D. JAI. Bien está que tú lo pidas, mas es cosa muy distinta el que yo la perdone.

M. AND. La desgraciada no tiene idea del alcance de su rebeldía. (Don Jaime quedará en silencio y pensativo. En estos momentos llamarán quedamente á la puerta. El mayordomo se levantará á abrir y entrará una monja del Sagrado Corazón. Cristeta, rápidamente, irá á buscarla. Mosén Andrés se pondrá en pie. De pronto, don Jaime, saliendo de su abstraccion, dirá:)

D. JAI. ¿Quién es? (De detrás de la monja se destacará Monserrat, avanzando tímidamente, pero sin vacilación, hasta colocarse de rodillas muy cerca de donde está sentado su padre.)

MON. Soy yo, padre mío, que vengo á pedirle la bendición.

D. JAI. (Volviéndose rápidamente.) ¿Tú aquí? (Enérgicamente.) Será porque te dispones á merecerla obedeciéndome; si no fuera así márchate cuanto antes. Dios, si lo mereces, te bendecirá.

MON. (Anegada en llanto, sin levantarse del suelo.) ¡Padre, perdón!...

D. JAI. (Señalándola la puerta.) Márchate. Jaime Llivia no cambiará jamás de pensamientos: ó él ó yo. Los dos somos absolutamente incompatibles. (Ayudarán Cristeta y Peret á levantarse del suelo á Monserrat, y con lentitud la llevarán á la puerta, entregándosela á la monja. Don Jaime, impasible, no volverá siquiera la cabeza. Mosén Andrés, de pie en medio de la escena, contemplará cómo se llevan á Monserrat. En este momento, en la calle una voz cantará la primera de las estrofas del famoso canto de «Los Segadores», de modo que llegue claro el recitado al oido del público.)

Catalunya comtat gran
qui t'ha vis tan rica y plena,
ara'l Ray nostre Senyor
declarada'ns te la guerra.
¡Bon cop de fals!
Bon cop de fals defensors de la terra.
¡¡Bon cop de fals!!

(Don Jaime, que tendrá apoyada la frente en la mano

levantará con arrogancia la cabeza y dirá al cura:) Oyeme, hermano, ese canto me sugiere esta duda: ¿Habremos empezado á segar la cosecha de odios que él nos anuncia?... (La voz de don Jaime dominará á la que se aleja cantando.—Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Juicios de la crítica

A continuación publicamos el juicio que de LOS SEGADORES hicieron los principales diarios de Madrid, por la pluma de sus autorizados críticos. A todos con las gracias el saludo del autor.

Anoche, con éxito feliz, se estrenó en este teatro la primera producción del notable periodista don Luis Armiñán, LOS SEGADORES.

El señor Armiñán, como si fuera poco empeño ya por sí solo el intento de vencer en el nuevo género literario á que ha aplicado sus talentos, eligió para asunto de su primera obra un tema tan ocasionado á riesgos como el problema catalán. LOS SEGADORES en efecto, abordan el tema este de los sentimientos hostiles que una parte del pueblo catalán demuestra para la meseta central de España, para Castilla, acumulando sobre ella y sus hombres, culpas y responsabilidades, y discerniendo caprichosamente sobre su suerte con notoria omisión de la verdad y con absoluto olvido de la justicia.

En todas partes, desde la tertulia de café hasta el parlamento, pasando por Ateneos y Círculos, ha sido el problema de Cataluña motivo de debate. La pasión como la prudencia, el razonar ligero como el examen documentado, diéronle ya y le seguirán ofreciendo todavía, el homenaje de su examen. Había de ser muy discreto quien en circunstancias semejantes, llevara un asunto tal al teatro y acertara con el justo medio en que ha de quedarse el enjuiciamiento teatral de tales cuestiones para no caer en ningún extremo.

Así y todo, paréceme que encontrarán cuantos acometan intento semejante, puntillosos de su obra, que

habrán de censurarles por entender que pecan ya por carta de más, ya por carta de menos.

En Los segadores, Luis Armiñán da con ese punto difícil de hallar, acaso porque se limita simplemente á reflejar el estado *patológico* de la cuestión. Mosén Andrés, con su hermano el fabricante don Jaime, representan á los mantenedores en Cataluña del desamor para la patria común. El médico militar don Rafael Díaz, el sentir general de la patria y quien al «Cataluña para los catalanes, con lo demás que podamos sacar de España» nervio efectivo de la mala doctrina, replica con generosidad y nobleza, que la patria es algo superior á como la concibe el espíritu sectario de unos pocos... Esta es la entraña política de la comedia. Su fábula literaria, redúcese á los amores del joven Rafael con Monserrat, la hija mayor del fabricante don Jaime. Para lograr la realización de sus nobles ansias, el militar realiza todos los trámites sociales y agota todos los recursos de la prudencia.

Inútil completamente. Monserrat tiene que ser depositada por su novio, después de resistir las imposiciones de su padre, sugeridas con tenacidad insistente por Mosén Andrés.

El fabricante no cede aun costándole el amor natural y decente de su hija la salud y casi la vida.

—Mi hija—dice don Jaime—tiene que ser para uno como yo, y don Jaime no cambiará de modo de pensar más que con la muerte.

Monserrat, transcurrido el tiempo de su depósito en un convento, vuelve al hogar paterno por el perdón del autor de sus días. Todo inútil Llorosa, abandona la casa sin lograr su propósito. En aquel instante, una voz lejana entona Los segadores, y don Jaime reflexiona viendo en torno el derrumbamiento de tantas cosas y se pregunta·

—*¿Se empezarán ya á segar los odios que sembramos?*

Con esta reflexión del fabricante acaba la comedia.

El éxito obtenido por la nueva comedia fué bueno en general, y el señor Armiñán tuvo que salir á recibir los aplausos del público en todos los actos y en la mitad del segundo.

De la ejecución poco hemos de decir. La señora Cobeña *echó* fuera el hueso que le tocó en suerte, con aplauso del público, por el acierto y talento demostra-

dos, por la sensibilidad que puso en la interpretación de la amargada Monserrat.

Morano hizo un fabricante con toda la rudeza del tipo representado y con gran justeza de expresión. Ruiz Tatay peroró en el don Rafael con acierto, siendo también aplaudido, y los demás intérpretes, Manso y Comes, sobre todo, representaron bien sus respectivos papeles.—*F.*

(La Prensa.)

***

Rara vez suele la política interesar en el teatro, y mucho menos en épocas como la nuestra, en que todo puede decirse, y se dice, desde la tribuna, en el *meeting* ó en el periódico.

Por otra parte, para que un asunto político apasione momentáneamente los ánimos de los espectadores, es menester que antes haya caldeado la opinión; que sea objeto de calurosas controversias, discrepancias y exciciones en la calle, en el taller, en el hogar, en todas partes. El problema religioso, que en sentido positivo ó negativo está en todas las conciencias, pudo producir y produjo un alboroto; el problema catalanista quizás pueda enardecer las pasiones en Cataluña: aquí, en Madrid, le falta ambiente.

Y no porque la cuestión catalanista no entrañe gravedad, sino porque esa cuestión, fuera de Cataluña no divide las opiniones. Todos, del Ebro para acá, tenemos la misma idea de Patria, y todos creemos que los lazos que unen entre sí á las diversas regiones españolas son inquebrantables.

Esto ya se ha dicho en todos los tonos, y en ocasiones con elocuencia soberana, en el Parlamento y en la Prensa. En el teatro, la repetición de esas mismas ideas y de iguales argumentos no puede menos de resultarnos fatigosa... Y eso que, en honor á la verdad, el Sr. Armiñán ha sabido entrelazar su tesis política en una fábula que no carece de interés dramático.

Para ello ha proyectado, por decirlo así, la cuestión catalana sobre un hogar de Cataluña. El exclusivismo regionalista; el amor a la región—prejuicios y costumbres arraigadas hondamente;—diversas causas de ca-

rácter étnico, histórico y económico, determinan en parte de los catalanes un estado de hostilidad hacia todo lo que, siendo español, no es catalán.

Ese exclusivismo hostil, que vibra en las estrofas de *Los segadores*, causa la desventura de una familia, en la cual todos son buenos y honrados. Porque es de advertir que el Sr. Armiñán ha tenido el buen gusto y el acierto de no valerse del burdo procedimiento de que tanto se ha abusado en el teatro y en las novelas; esto es, de encarnar en seres despreciables los sentimientos é ideas que el autor se propone combatir.

Todos, en Los SEGADORES, proceden de buena fe; todos creen sinceramente que aman y practican lo mejor, y si la solución del conflicto drámatico da la razón á los personajes que representan el pensar y el sentir del autor, no es calumniando al adversario ni pintándole con negruras de traidor melodrámatico. Por error, Jaime, cerca ya de la muerte, se niega, y no por maldad, á abrazar á su hija, que no quiere traicionar el amor que siente hacia un hombre de bien; por error, el Padre Andrés alienta con sus predicaciones el sentimiento separatista, y de ese error, fanáticamente sostenido, nace la dislocación y quebranto de toda la familia.

El drama se desarrolla con claridad y lógica; el acto primero termina con un rasgo efectista, que recuerda otra situación muy semejante de la comedia *Doña Perfecta,* de Galdós. En el segundo acto se contraponen, quizá con demasiada latitud y en forma más oratoria que dramática, las dos tendencias opuestas, que constituyen los elementos antitéticos de la obra: el nacionalismo español y el catalanismo. En el tercero, como ya queda indicado, la lógica dramática hace exclamar al obstinado Jaime: ¿Será verdad que empezamos á recoger la cosecha de odios que anuncia ese canto? (por el de Los SEGADORES.)

El público que era muy numeroso, aplaudió muchos de los parlamentos de la obra, y hasta hizo interrumpir la representación para que el Sr. Armiñán se presentase en escena. La sinceridad me obliga á decir que aquellos aplausos más eran para el polemista político que para el autor dramático.

La ejecución fué muy esmerada. En su corto papel, Carmen Cobeña hizo primores; la señorita Ahijón estuvo muy discreta en el suyo; Morano dió vida, con

admirable verdad, al personaje de D. Jaime; Tatay hizo muy bien su papel de cura intransigente, y Comes interpretó con sumo acierto el personaje que lleva en la comedia la voz del autor.

Josefina Alvarez, los hermanos Cobeña (uno de ellos hizo á la perfección de soldado andaluz,) Manso y Amato contribuyeron eficazmente al buen desempeño de Los segadores.—*Zeda.*

(La Epoca.)

***

Luis de Armiñán, escritor de grande y merecida nombradía, es un temperamento de batalla, y es un político todo entusiasmos. Para él está la patria sobre todas las cosas. Y al ensayar sus brillantes aptitudes literarias en la dramaturgia, ha querido dedicar á la patria su primera producción. El más lisonjero éxito ha coronado sus esfuerzos. El patriota y el dramaturgo triunfaron anoche juntamente.

La obra Los segadores, como hace pocos días os anuncié, despertaba una curiosidad excepcional, no sólo por ser de Armiñán—que ya esto bastaría,—sino también por las noticias que corrían acerca de su asunto. Decíase que estaba en absoluto dedicada á estudiar el problema catalanista. Los maliciosos añadían que era una obra contra Cataluña. Nada menos exacto. Un espíritu de la serenidad de Armiñán ¿cómo sería posible que desconociera todo lo que Cataluña vale y merece? El drama de Armiñán tiene, por el contrario, frases de elogio para aquella hermosa región española, donde al que esto escribe le cupo la honra de nacer, aunque luego las circunstancias y vicisitudes de la vida le arraigaran más en otras partes.

Armiñán no aspira tampoco á resolver el problema. Se limita á presentarlo en toda su gravedad. Los dos catalanes intransigentes del drama son un fabricante y un sacerdote, como si el autor se hubiera propuesto decirnos que ciertos movimientos de aspiraciones insensatas son el delirio exclusivo de un grupo, más ó menos numeroso, de industriales y de clericales. El pueblo catalán, en general, es extraño á tales desvaríos. Por lo menos, este me parece el pensamiento del autor.

Claro es que el estudio de este problema del catalanismo—suponiendo que sea problema—no podía constituir un drama entero. Era preciso una acción dramatica, una intriga pasional, algo que despertara en nosotros la emoción, y Armiñán lo ha encontrado, presentándonoslo con sencillez siempre, aun con vulgaridad á veces; pero incesantemente con una espontaneidad, con un calor de corazón que permiten admirar en el autor á un privilegiado hombre de teatro.

No puede ocultársele al gran talento de Armiñán—no sólo no se le ocultó, sino él mismo, por boca de alguno de los personajes lo insinúa—que los catalanes en algunas de sus peticiones tienen razón. ¡Ah, si en vez de limitarse á la defensa de un interés egoista, hubieran procurado un levantamiento general del espíritu nacional, adormecido y escéptico! ¡Qué labor entonces tan amplia y generosa la suya! Hubiérase hecho Cataluña hermana de las demás regiones españolas, todas quejosas de los malos Gobiernos de tantos años y de tantos siglos; hubiera ella, más fuerte acaso que las otras, alzado la voz, no por un interés reducido, sino en nombre de todas, y no hubieran tardado las demás provincias en unirse á las catalanas en muchas de sus reivindicaciones.

Tampoco Armiñán puede desconocer que fué error de los Gobiernos el no negar siempre francamente lo que no podían conceder, prefiriendo dar largas á los asuntos, y alimentar esperanzas engañosas, que habían de trocarse luego, al ser desvanecidas, en rencores formidables.

Nada de esto niega ni combate Armiñán. Su obra se ciñe á poner sobre todo el amor de la patria. Sus dicterios van contra los separatistas. Y como sin el ideal de la patria, todas las aspiraciones nacionales vendrían por tierra, los espectadores imparciales acompañábamos de todo corazón á Armiñán, ya en sus apóstrofes, ya en sus devociones.

Se trata, pues, de un drama excepcional, de oportunidad, de combate. Es una obra de alto patriotismo, que todo buen español aplaudirá por su pensamiento.

Pero el drama de Armiñán es algo más y algo mejor. Es también una obra militarista, en el buen sentido de la palabra, en el sentido que pueda darla un demócrata. ¿Cuál es la más genuina representación de un pue-

blo, sino su Ejército? Y lo es más aún al tratarse de una nación como España, que tiene una historia esencialmente militar. Ya sé que algunos me tendrán por cursi cuando yo les declare que el amor al Ejército pesa tanto en mí, como un verdadero culto religioso. Yo me reiré de quien así piense. Francia es un pueblo libre como ninguno y, sin embargo, el entusiasmo por el Ejército raya en idolatría. ¿Cuál fué, si no la de ser el drama una fervorosa exaltación del espíritu militar francés, la razón del enorme éxito de *L'Aiglon?*

Es innegable que en Cataluña existe un grupo de locos que odia á Castilla y que osó á veces injuriar villanamente á nuestros soldados. Contra este grupo van principalmente los trallazos del nuevo dramaturgo, á quien acompañan en estos nobles sentimientos todos los caballeros y todos los patriotas. Esta labor de aumentar el prestigio de nuestro Ejército, de tan gloriosa historia, merece las mayores alabanzas. Viene muy á tiempo, es saludable y es justiciera.

Sin ofender á Cataluña, y aun proclamando sus merecimientos, Armiñán ha acertado á producir una obra sanamente patriótica y militar. Esto, en cuanto al pensamiento fundamental del autor. Que, si nos fijamos en la acción dramática también ha de exigirnos la justicia que alabemos un dialogo vibrante y espontáneo, de sencilla é ingenua elocuencia y una habilísima mecánica teatral y una gran verdad en algunos de los caracteres. El del fabricante, por ejemplo, es un completo acierto.

Y aun hay algo en que el autor demostró soberana fortuna. Me refiero á su pintura del ambiente. En este aspecto, el primer acto me parece impecable. Este final del acto primero produjo en el público un hondo efecto, sonaron calurosos aplausos, el autor fué llamado muchas veces a escena. Y desde entonces quedaba decidido el buen éxito de la nueva obra, tan encantadora por su ingenuidad y tan meritoria por su acendrado españolismo.

Envío cordialmente á Luis de Armiñán, gran talento y gran corazón, todas mis felicitaciones y simpatías.—*Caramanchel.*

(La Correspondencia de España)

***

Los segadores, apresurémonos á decirlo, obtuvieron ayer un éxito resonante. El autor, que se presentó á la terminación de todos los actos, y dos veces en el transcurso del segundo, fué objeto al final de la obra de una verdadera ovación, por parte del numeroso y escogido público que anoche llenaba todas las localidades del teatro de la Princesa.

Tratándose de la primera obra de un autor, puede decirse que Armiñán ha tenido una entrada triunfal en el teatro; y que es muy posible que los que ayer presenciaron el estreno de Los segadores hayan asistido al nacimiento de un gran dramaturgo, llamado á proporcionar días de gloria á la escena patria. Porque Armiñán ha empezado por donde muchos acaban y no pocos no llegan jamás.

A los que previamente tenían conocimiento de la obra, no les ha sorprendido el resultado. Habían ya descontado el éxito. Porque, prescindiendo de las condiciones de talento de Armiñán, ya demostrado patentemente en sus artículos, en sus cuentos, en sus novelas, en sus discursos del Parlamento, en su labor como gobernador de la Coruña y subsecretario de Gobernación; aun prescindiendo de esto, decimos, el asunto de su última obra, palpitante de actualidad y de interés, abundante en situaciones de gran efecto y en que se desarrolla una acción conmovedora, tratada con sobriedad y maravillosamente conducida, no era posible que no llegase al corazón del público. Y llegó, en efecto; llegó desde las primeras escenas de un primer acto planeado con gran inteligencia, desarrollado con tan sorprendente habilidad teatral, que más que obra de autor primerizo parece producto de una experiencia dilatada en la cual se han adquirido todos los recursos de la técnica.

El público, como se dice en el *argot* de bastidores, entró en la obra desde luego, se hizo cargo de la situación, se posesionó de la escena, se impregnó en su ambiente, se identificó con sus personajes... Desde este momento, el éxito estaba asegurado. Luego no hizo más que acrecer, exteriorizarse en muestras de aprobación comprimidas apenas se manifestaban en los pasajes más culminantes de la obra, porque la atención no quería que el entusiasmo la hiciera perder ni una palabra del diálogo vibrante, en el que nada sobra, y en que

los personajes se expresaban. Al final estalló en ruidosas aclamaciones, que en los oídos de Armiñán debieron sonar como premio justo al trabajo presente y estímulo y aliento para el trabajo por venir.

Los SEGADORES encarnan en su argumento el problema catalanista. Sus personajes, sin dejar de ser criaturas de carne y hueso que se conducen, y piensan como se conducirían y pensarían en la vida—y esta es una de las razones fundamentales del éxito de anoche,—son á la vez símbolo, personificación de las ideas que en los momentos actuales juegan papel preponderante en Cataluña. Mosén Andrés, el cura, el carácter más entero, más sostenido de la obra, el que sentado al timón en la nave de aquella casa tan combatida por la tempestad de odios y pasiones que amenazan hundirla, no siente ni un momento de duda, ni un instante de vacilación, y si se ve vencido no por eso rinde sus armas ni se humilla ante el vencedor, ni transige con los que juzga en el fondo de su conciencia errores y pecados, es el catalanismo intransigente, que sueña con restauraciones impósibles, áspero, inconmovible en su voluntaria obcecación.

Jaime Llivia, el fabricante trabajador, el patrón duro para sus obreros, el amo de casa que á todas horas y con cualquier motivo afirma su autoridad indiscutible en la familia que ha creado, en la sociedad en que vive, en la fábrica de la que se considera motor irremplazable, es el catalanista que, aparte estas circunstancias que son como un dogma inmutable, sufre la influencia de su hermano, y si es exclusivista en materia regional, no hace más que traducir lo que Mosén Andrés escribe en su alma con tintas de odio y de rencor. Por eso admite en su fábrica obreros que no son catalanes, y si más tarde los despide, no es porque sean forasteros, sino porque han llevado allí la semilla de la rebeldía, creando y organizando el Centro obrero. No es un carácter, aunque lo quiere parecer. Por eso cuando el dolor físico y el dolor moral lo quebrantan, duda, vacila, se pregunta si los castigos que le abruman serán cosecha de los odios que ha sembrado.

Rafael Díaz es el espíritu abierto á las ideas progresivas, socialista honrado, de convicciones arraigadas, cantor de la fuerza, sublime enamorado de la Patria, no de la Patria chica, sino de la Patria grande de la Patria

única, intangible y gloriosa. Y discute con noble ardor, defiende sus ideales con tenacidad y empeño, y su amplitud de miras choca con aquellas estrecheces de pensamiento y ruindades de corazón. Lucha y vence, porque debe vencer, porque la razón es su arma y el amor su aliento.

En torno á estos personajes principales, los episódicos, tratados también con cariño hondísimo, con perfecto conocimiento de la humanidad; el ama que es toda sacrificio, Monserrat toda amor, Peret todo fidelidad, el alcalde, contemporizando con todos, siendo hombre práctico, hecho para vivir al ras de tierra, incapaz de elevarse á la altura en que se cierne serenamente el ideal; los obreros que rugen y amenazan defendiendo su derecho á vivir, y hasta los soldados, que no aparecen en escena, pero que con el son vibrante de sus trompetas que suenan á lo lejos, proclaman la acción protectora del Poder central guardador de la propiedad, amparador de los intereses todos, sin odiosos exclusivismos.

Los SEGADORES, aun prescindiendo de sus bellezas como drama, es obra sana, obra moral, obra patriótica en que el problema catalán se plantea con una valentía y una audacia sorprendentes, y se trata con una imparcialidad notable, pues si en él se combaten las ideas de algunos catalanes, no es sin reconocer los méritos, los derechos la vitalidad, de Cataluña y las condiciones de honradez y laboriosidad de sus hijos. Y se resuelve el problema, porque al final, cuando el remordimiento de Jaime Llivia se hace voz, voz lejana que canta la primera estrofa del himno de odio de los segadores, su razón vacila, su corazón se conmueve, duda... Esto basta. El día que los separatistas duden, no habrá problema nacional en Cataluña. Una vez perdida la fe, no se recobra jamás.

La ejecución fué admirable por parte de la señora Cobeña, que en el mutis del tercer acto, sobre todo, demostró ser una gran actriz; Morano en el papel de fabricante y Ruiz Tatay en el de Mosén, muy acertados.

Comes, que tenía á su cargo el papel verdaderamente simpático de la obra, consiguió hacerse interrumpir por los aplausos dos veces en su gran escena del segundo acto. Los demás cumplieron. El final del primer acto,

que es el gran *clou* de la obra, pudo hacerse más movido, pero produjo el efecto deseado por el autor.

La obra dará muchas entradas.

(El Ejército Español.)

***

«La mayoría de los catalanes,—viene á decir el alcalde de este drama perorador,— no somos enemigos de los *castellanos*. ¡Qué importa que nosotros no hayamos hecho todas las leyes! Estas son lo mismo en todas partes.» Y si eso es exacto, si la mayoría del pueblo catalán es sensata, ¿dónde está el problema espantoso que ha determinado tan patriótica y tan marcial obra? Por que entonces el autor debió concretar unos cuantos tipos que su fantasía concibió, pero sin concederles más altas representaciones abstractas. ¡Ojalá hubiese hecho esto, porque habríamos visto una obra artística! Y lo que efectivamente vimos fué una simple disertación política.

El propósito del Sr. Armiñán, al decirnos que el problema está contenido todavía en el mezquino círculo de ciertas almas rígidas é intransigentes, como la de Mosén Andrés, quizá sea un simple advenimiento del peligro, un noble deseo de «segar» la mala hierba, escasa todavía, pero mala al fin. Que la empresa es levantada, que merece el aplauso de todos las patriotas, y que obtendrá el asentimieto de los catalanes de buen sentido, son concesiones que nadie pretenderá regatear al autor. Pero nosotros debemos estudiar la obra en su aspiración artística, y esa aspiración decrece bastante desde el momento que se cimenta en una circunstacia política, pasajera y particularísima.

Si esa circunstacia hubiese servido de pretexto para crear unos cuantos caracteres en los que hubiésemos visto reflejado algo general, intimamente unido á las tormentas espirituales de los hombres todos, el drama, al adquirir consistencia, al buscar la emoción en la belleza, hubiera grabado con más precisión lo que se proponía, y el arte amparado la idea que el autor propagaba.

Sin embargo, Los SEGADORES es obra que remozará seguramente á los ancianos, pues les retrotraera á los benditos tiempos en que la musa efectista del señor

Echegaray atronaba el espacio, y triunfaban las épicas gallardías de Leopoldo Cano, que resurgieron en aquella marcial terminación del primer acto. La vieja técnica—condenada por el impulso arrollador de la intensa dramática moderna, implacable escrutadora de la vida y de las almas—ha sido sancionada nuevamente. La acción y el interés han vuelto del destierro, y parece que el regreso congratula á los auditorios.

En el tipo de don Jaime, fabricante catalán, quiere presentar el autor el caracter catalán, sin más credo que el trabajo, y sin más horizontes que los que resultan del mecánico esfuerzo de la producción. Don Jaime es, como el dice, un motor que mueve las máquinas de su fábrica.

Es le tipo de hombre laborioso que no ve más que el aspecto práctico de la vida y que orienta su inteligencia y su voluntad en ese único sentido. Es un carácter en bloque, de una pieza, que tiene gloriosos antecesores en la misma dramática nacional, y el mejor de la obra. ¿Pero es exclusivo de Cataluña? ¿Representa el alma regional? Creo que no; y esto, que podía ser ventaja en la obra dramática, se transforma en defecto cuando pesa sobre la figura el conocido problema circunstancial de que antes hablábamos.

El Sr. Armiñán ha colocado á Mosén Andrés al lado de D. Jaime, y ese clérigo influye, con extraña autoridad, en el hogar del fabricante. ¿Para qué esta ayuda? ¿No tenía voluntad suficiente aquel hombre, triunfador en el trabajo, y cuya intransigencia había aparecido tan clara que determinó una huelga? El Sr. Armiñán quiso, sin duda, decirnos que la semilla catalanista está regada por el clericalismo, aunque Mosén Andrés no nos ofrezca más que su amor á las tradicciones familiares del terruño. Al revés que D. Jaime, su hermano Mosén Andrés es un tipo extraño, que de darse en Cataluña ó en alguna parte, será como un simple caso de ignorancia y de rudeza. Por lo demás, su desaparición no alteraría en nada la obra y dejaría más expedito el carácter de don Jaime.

Y vamos al conflicto dramático. Don Jaime se opone á que su hija Monserrat se case con un *castellano* del que ella se ha enamorado.

No importa que el novio sea modosito, formal, con una carrera segura—la de médico militar—don Jaime

influído por este Mosén Andrés inhumano, se opone terminantemente á los amoríos de Monserrat, sin saber lo que da de sí el muchacho, casi sin conocer su profesión, cuando él, hombre práctico, debía aplaudir la boda con un muchacho *colocado* ¿Que necesitaba un ayudante en la fábrica en su yerno? Allí estaba Cristeta, la otra hija, muy apegada á sus ideas, para casarla con el *hereu* de Puig, el yerno ideal.

El hecho es que Monserrat abandona la casa paterna y es depositada por el novio hasta el momento de la boda. La deserción produce en D. Jaime el efecto de un martillazo en el cráneo, y su organismo se desquicia y se rompe. El motor ha quedado inservible. Y las notas *Els segadors* que llegan á sus oídos le obligan á pensar que quizá la boda de su hija sea el síntoma de la posible conclusión del odio.

Ya veis cuán rectilínea es la obra. No hay en toda ella ni una vibración disonante. Una vez que el dramaturgo ha concebido el conflicto, lo conduce y lo termina sin desviación alguna. Y hace más; libertado de las trabas que la observación le impondría, acumula efectos y mantiene el interés, cortando oportunamente los actos y manejando á capricho las figuras. Sirvan de ejemplos efectistas, la presencia de la tropa en el primer acto, los inoportunos discursos *militaristas* del médico en el segundo—pues en este drama hay socialismo, militarismo y anticatalanismo—y la entrada de Monserrat por el perdón en el último acto.

Creo que el Sr. Armiñán se ha equivocado como dramaturgo, y que como hombre político va á concitar estérilmente las pasiones. Anoche había calor en el teatro, hermoso entusiasmo patriótico, pero la obra no los había justificado más que en la generosa sinceridad de un propósito, verdaderamente plausible. Pero aquel Mosén Andrés no supo darnos la sensación del odio de *Els segadors*; él ni el militar la del amor nacional. Únicamente probó el Sr. Armiñán su habilidad técnica, sorprendente en un autor novel, pero eso no basta.

El éxito, no obstante, fué ruidoso y el autor salió á escena muchas veces. Recoja esos aplausos para alentarse en la realización de empresas dramáticas de más intensidad artística. Creo que está en condiciones de hacerlo.—*José Alsina.*

(*El País.*)

*
* *

Respondiendo á un movimiento de opinión, á un estado latente, ha teatralizado Luis Armiñán, en una comedia dramática el problema del catalanismo, en cuanto se refiere á su espíritu de intransigencia y de desamor, de superioridad y de innatos rencores á tierras hidalgas y á pueblos generosos.

Luis Armiñán, por conducto de un simbolismo, reflejo del que en *Electra* utilizó para su redentora obra el insigne Pérez Galdós, anatematiza el espíritu hostil, abiertamente enemigo, que la entraña del sectarismo catalán siente hacia el intruso castellano.

Sin embargo, no hay en la comedia, y esa es su habilidad, relampagueos de efectismo, apoteosis de iracundos y violentos apóstrofes; todo nace de una prudente ponderación, de un acertado contraste entre el romanticismo hidalgo, mantenido por el pretendiente de la *pubilla* Monserrat, y el padre de ésta, que influído por su hermano Mosén Andrés, personificación de la intransigencia, algo así como el Pantoja del catalanismo, se opone con tenacidad indomable al matrimonio.

Para completar la pintura de los caracteres y la expresión y finalidad de la comedia, añadiré que el novio es castellano y el irreductible suegro un fabricante catalán, hosco, hurón, que sólo estima digno de su hija á un perseverante trabajador como él y que haya nacido de Reus para arriba.

Ni la retirada de su hija á un convento, donde queda depositada hasta el momento de su matrimonio, ni el temor á verse abandonado y enfermo en sus últimos y nostálgicos días, abaten ni conmueven su fiera entereza.

«Jaime—dice—no cambiará de modo de pensar más que con la muerte.»

Sólo vacila su espíritu cuando ve cómo Monserrat abandona para siempre la casa paterna para seguir la suerte de su amado, y aunque no se entrega ni se rinde, murmura, no obstante, con doliente acento estas proféticas palabras:

«¿Habremos comenzado á sembrar la cosecha de odios?»

Y con esta interrogante termina la comedia LOS SEGADORES, que además de tener un éxito muy lisonjero por el ambiente circunstancial en que se ha escrito, lo alcanzó también, principalmente en los dos actos primeros, por su buena factura.

Además, fueron para el público condiciones muy recomendables la de ser ésta la primera obra que lleva al teatro Luis Armiñán, la pericia de autor demostrada, no muy frecuente en quien hace sus primeras armas, y el propósito generoso que la inspiró, quizá ésta la más determinante para su visto bueno.

Luis Armiñán salió á escena al calor de entusiastas aplausos al final de todos los actos y en el transcurso de la representación.

Carmen Cobeña dió interés con su gran talento al personaje de Monserrat, que es, por la estructura de la comedia, como suele decirse en el *argot* teatral, el menos agradecido.

Paco Morano representó el suyo con poderosa expresión de realismo, con severo acento y noble entonación.

Ruiz Tatay muy bien en el suyo, y acreedores igualmente al aplauso Ricardo Manso y el Sr. Comes.

La obra muy bien puesta y servida.—FLORIDOR.

(A B C.)

***

LOS SEGADORES, como ya de la simple enunciación del título se infiere, es una obra de circunstancias. Con ella se lleva á la escena la cuestión palpitante del catalanismo.

De la extrema izquierda de este movimiento político son representantes, en la comedia, el fabricante don Jaime y su hermano Mosen Andrés, y en realidad sólo el fanático é intransigente cura, que tiene espiritualmente secuestrado á su hermano. En realidad D. Jaime no piensa ni ejecuta más que obedeciendo, acaso inconscientemente, á las sugestiones del sacerdote. Es un caso de verdadera captación.

Ambos, la cabeza y el brazo, la voluntad y el instrumento se armonizan y completan. «Cataluña para los catalanes»; tal es la divisa de este par de Monroes del Canigó. A tan desatinado extremo llevan su particularismo, que no consienten en que Monserrat, la linda hija del fabricante, se case con el elegido de su corazón, un médico militar muy inteligente y muy simpático, «pero» castellano, lo que quiere decir: no catalan Rafael Díaz, que así se llama el médico, consume naturalmente

el turno en contra y opone á aquellos egoistas exclusivismos el amor y la fraternidad entre todos los hijos de la madre España.

Ni las nobles palabras del médico, ni la gratitud que le deben por su humanitario y arrojado comportamiento en la reciente huelga de los obreros de la fábrica, ni la felicidad de Monserrat, mueven el corazón de los dos irreductibles hermanos, aferrados á su sectario y despiadado «non possumus».

Sólo al fin, cuando por fuerza de la ley se realiza lo que de buen grado se negaba—el matrimonio de Rafael y Monserrat, que ya es mayor de edad,—el infeliz y testarudo D. Jaime, abatido, enfermo de parálisis, temeroso y escéptico, exclama:—¿Se empezarán ya á segar los odios que sembramos?

Esta es, en sus líneas generales, la fábula dramática de Los segadores; y lo primero que hay que alabar en ella es el espíritu de templanza, la discreción y la rectitud con que el autor ha sorteado un peligro inherente á la índole del asunto: el de caer, como reverso de la medalla, en la parcialidad y el fanatismo que combate. El médico, lo mismo que el fabricante y el cura, aparecen sinceros y honrados como adversarios de buena fe. Los nuevos Pantojas y el nuevo Máximo de esta nueva tésis escénica política y social miden también sus armas caballerosa y lealmente.

Claro es que esta clase de controversias, sobre no ser teatrales, no pueden atraernos por su novedad en cuestión tan traida y llevada en el Parlamento, en los meetings y en la prensa; pero ya que la repetición sea inevitable, dada la naturaleza de la obra, es muy plausible que se haya contenido en tan decorosos límites.

En cuanto al episodio puramente dramático—los amores de Rafael y Monserrat—que engarza la acción principal de lucha y propaganda por unos ú otros sentimientos é ideas, está tratado con patética sobriedad.

De habilidad técnica en el movimiento escénico y el diseño expositivo de las figuras, es el primer acto, que fué el que más gustó, prueba segura de que el Sr. Armiñán ve bien el teatro y puede hacer más que lo que ha hecho ahora como dramaturgo en su primera tentativa. Este instinto dramático se confirma en algunas otras escenas sueltas y en tipos cómicos secundarios.

El acto segundo es casi todo él «parlamentario», y

el tercero un breve epílogo. Al final de los tres fué llamado el autor á escena repetidas veces por el numeroso público que simpatizó unánimemente con la tendencia de la obra, ya que en ella no se adjudica, aunque se insinúe, el triunfo difinitivo á ninguna de las partes.

LOS SEGADORES, en fin, están dialogados en buen lenguaje teatral, y en su interpretación obtuvieron muchos y muy merecidos aplausos las señoras Cobeña y Alvarez (Josefina), señorita Ahijon y señores Morano, Ruiz Tatay, Comes, Manso y Cobeña.—JOSÉ DE LASERNA.

(El Imparcial.)

***

Un fabricante catalán, exaltado separatista, vive en un pueblo de la provincia de Gerona, en compañía de su hermano (sacerdote intransigente) y de sus dos hijas.

Una de ellas tiene amores con un médico militar. El padre quiere casarla con un amigo suyo, hombre rico, un catalán; y como ella se niega, y el doctor insiste en sus propósitos, Monserrat abandona su casa para constituirse en depósito, y finalmente, al padre, para conseguir los impulsos de su amor.

Tal es el argumento de la comedia de Armiñán, si se añade la acción secundaria de una huelga que es solucionada por el ejército, lo que da motivo á conclusiones altamente patrióticas puestas en los labios del novio de la mayorazga catalana.

La obra de Armiñán es una labor valiente, inspirada por un sano amor á España. En ella sólo oímos alabanzas de los catalanes; sus censuras—siempre correctas—se enderezan contra una *pequeña, insignificante*, parte de ellos.

¿Que el argumento de la obra no es nuevo? ¿Acaso lo son los de las comediotas caseras, ñoñas, cursis y falsas, que nos sirven, traducidas, los empresarios francófobos?

¿Que los personajes son el eterno burgués, los conocidos explotados, el cura intransigente y la autoridad conciliadora? ¿Por ventura no son archiviejos el excelente marido, la mujer ligera y enamoradiza, el amante atildado y el amigo ridículo?

A lo menos, Armiñán nos hace ver relámpagos de vida real y un trozo hermoso de ella en el final de la obra. El desenlace es lógico, sin la necia ridiculez del

sacrificio, que usan tan sin razón y por sistema nuestros vecinos, y para no alejarse mucho en la cita, Capús en *Los dos hombres*.

Cuando hablemos de falsedad es preciso pensar que no hay nada más falso ni más absurdo que el moderne teatro francés, labor de mesa-camilla á gusto de uno burguesía pecadora que quiere tener el refinamiento da ocultar sus liviandades para hacerlas más sabrosas.

Digo de la comedia de Armiñán lo que pensé y hubiera dicho de la de Bueno y Catarineu. Aun con sus defectos, las prefiero á casi todas las francesas que se representan en Madrid, y casi, casi, estoy por decir en París. Estos dos autores pudieron hacer una ñoñería aparatosa; pero fueron sinceros, fueron artistas y pagaron su culpa dejando libre el cartel á las medianías extranjeras.

Es una obra de saneamiento nacional la de presentar al público—que sabe más de lo que se cree—un estudio razonado é imparcial de esas *maravillas teatrales* que nos hacen tragar *velis nolis*. Yo sé muy bien que carezco de autoridad para predicar la cruzada; sólo me disculpa la indignación que me produce el ver que teniendo un Benavente, un Linares, unos Quinteros y un Rusiñol, seamos aún admiradores y feudatarios de autores que están cien codos debajo de ellos.

¿Qué diríamos si en vez de Coolus hubiera sido un español el que estrenó *Corazón contra corazón?* ¡Daría dos buenas alegrías por oir en tal caso la opinión de los que creen que se puede andar mejor por un *couloir* que por un pasillo y ver con más claridad á través de un *lorgnon* que de una lente!

Si hemos de hacer teatro español no será, á buen seguro, desanimando á nuestros autores, aun cuando éstos no nos trazan nada nuevo. Es muy fácil que, si lo hicieran, sus obras se diputasen por aburridas ó por osadas.

Los que temblaron ante un estudio un poco avanzado de Bueno y Catarineu, ¿qué pensarían de *El despertar de la primavera*, de Wedekind?

La comedia de Armiñán se aplaudió. En su desempeño se distinguieron la señora Cobeña y los señores Morano y Tatay.—*García Caminero*.

(La Correspondencia Militar.)

* * *

Teatro de la Princesa.—Con un lleno rebosante se estrenó anoche en este coliseo la comedia dramática en tres actos, original de D. Luis de Armiñán titulada LOS SEGADORES.

El entusiasmo conque la obra fué acogida fué grande y su éxito tan lisonjero, que demostró que su autor conoce perfectamente todo lo que es imprescindible para triunfar en la escena; su comedia puede figurar entre muchas de verdaderos hombres de teatro.

Los hechos y las ideas puestas en acción por el señor Armiñán demuestran plenamente el grande y profundo conocimiento que tiene del tema que ha escogido para su primera obra, los cuales están admirablemente traídos á la escena, aunque es de advertir que muchas de sus situaciones ofrecen un aspecto melodramático, que no restan nada á la belleza de la producción.

En LOS SEGADORES se plantea hábilmente la cuestión catalanista, con perfecto conocimiento de su carácter económico y del poder central.

D. Jaime y su hermano, el sacerdote D. Andrés, que detestan todo lo que ocurre en el resto de España y que idolatran la patria chica, son los que representan el elemento nacional representado por un médico militar que proclama la supremacía de la patria grande, y que con su verbosidad pone en un brete, en múltiples ocasiones, al cura y al fabricante.

La escena principal entre el sacerdote y el médico es admirable, y produjo en los espectadores un efecto verdaderamente extraordinario; el drama que surge de la acción es interesantísimo.

Mosén Andrés y el fabricante se oponen tenazmente á los amores del médico con la hija de éste por cuestión de razas, pero el amor inmenso de los amantes destruye esta oposición.

La chica se refugia en un convento hasta que, después de muchos afanes, logrará casarse con el amado de su alma.

En resumen: el drama fué muy del agrado del público, que celebró muchas de sus situaciones con atronadoras salvas de aplausos, llamando repetidas veces, y al final de todos los actos, á su autor al palco escénico, donde le felicitaba con calurosos y sinceros aplausos, especialmente al final del último, en que fué una verdadera ovación y podía decirse que el teatro se venía abajo.

La interpretación de Los SEGADORES fué ajustadísima. Carmen Cobeña hizo una Monserrat con una maestría admirable, y que le proporcionó un verdadero triunfo.

Morano, superior en su papel de Don Jaime.

Ruiz Tatay y Josefina Alvarez en sus respectivos de Pater y Remey estuvieron felicísimos, así como Comes en el médico, y Manso en el de alcalde del pueblo donde se desarrolla la acción.

En fin, que á Los SEGADORES les auguro un exitazo en todos los teatros de España y muy buenas entradas «taquilleriles», aunque no creo que esto suceda en los teatros catalanes, debido al problema social que en la obra se trata con verdadero arte y profundo conocimiento de causa.—C. LEONOR.

(El Día.)

*
* *

El Sr. D. Luis Armiñán, autor de la comedia dramática en tres actos, Los SEGADORES, ha entrado con buen pie en el teatro.

En su obra, estrenada anoche con éxito tan lisonjero como merecido, demostró plenamente que posee en alto grado las condiciones indispensables para triunfar en la escena y apoderarse en absoluto del ánimo del espectador.

Más que de un primerizo, parece su comedia producto de un verdadero hombre de teatro, gran conocedor de todos los secretos y procedimientos de su arte.

Luis de Armiñán no se anda por las ramas, sino que va derecho al fondo de las cosas, con alto sentido de la realidad y de los problemas que hoy preocupan hondamente á cuantos estudian el tema palpitante de la situación en que las clases desheredadas se encuentran.

En el problema social, que es el gran problema del presente siglo, hay una abundosa fuente de inspiración para el dramaturgo moderno que aspire á alejarse de toda vulgaridad ambiente y á decir algo nuevo, eficaz y provechoso al público desde las alturas de la escena.

A esa fuente ha acudido el novel autor para poner en acción una serie de ideas y de hechos, con gran conocimiento del escabroso tema que ha elegido como base de su primera producción escénica.

Y, hay que convenir en que esos hechos y esas ideas, están muy hábilmente teatralizados, á pesar del aspecto melodramático que ofrecen no pocas de las situaciones de la obra.

Á esto debe el Sr. Armiñán el favorable éxito que anoche obtuvo su drama Los SEGADORES.

Plantéase en el y sobre el fondo de un ambiente de carácter puramente fabril y económico la cuestión catalanista, formando vivísimo contraste con los rigores del poder central y con todo cuanto de Castilla procede.

Simbolizan este elemento regionalista el industrial D. Jaime, y su hermano el sacerdote D. Andrés, hombres de rigidísima intransigencia, que odian cordialmente á cuanto alienta en el resto de España, y reservan tôdos sus amores para la patria chica, por cuya prosperidad y bienadanza suspiran.

El elemento contrario, el elemento nacional que proclama la excelencia y la superioridad de la patria grande, está representado por un médico militar, que en repetidas ocasiones mete en cintura al cura y al fabricante con los brillantes rasgos de su elocuencia.

La escena capital de la obra, entre el sacerdote y el médico, es bellísima, y produjo en el auditorio un efecto positivo y singularmente extraordinario.

El drama pasional que surge del fondo mismo de la acción es por demás interesante y está desarrollado con verdadero arte.

El médico está enamorado de Monserrat, la hija mayor del fabricante. Este y Mosén Andrés se oponen al matrimonio de los dos amantes, movidos exclusivamente por el odio de su raza. Pero su fiera tenacidad queda destruida por el amor intenso que los enamorados se profesan.

La muchacha se refugia depositada en un convento, y al fin y á la postre se casará con el elegido de su corazón.

En todas las escenas á que da lugar semejante conflicto se dilucida en diversos tonos el tema que constituye el núcleo de la comedia.

Quizás pequen de exageradas en demasía no pocas de las ideas emitidas por el padre Andrés en sus terribles y apasionadas diatribas, contra todo lo que es objeto de sus odios y de sus antipatías personales.

Sea como quiera, lo cierto es que el drama fué muy

del agrado del público; que obtuvo grandes aplausos y que proporcionó á su autor sinceros y repetidos plácemes y gran número de llamadas al palco escénico al final de todos los actos.

La interpretación de Los SEGADORES, resultó excelente.

Carmen Cobeña interpretó con la maestría y el superior talento que la distinguen el papel de Monserrat, que le proporcionó un nuevo y señaladísimo triunfo.

Morano estuvo admirable en la parte del fabricante D. Jaime, que dijo con exquisita naturalidad y con ese aplomo que sólo es patrimonio de los grandes actores.

Ruiz Tatay mostróse acertadísimo en el papel de Mosén Andrés, así como Josefina Alvarez en el de Remey; Comes en el del médico militar, y Manso en el del alcalde del pueblo donde se desarrolla la acción de la obra.

Indudablemente, Los SEGADORES se representará con muy buen éxito en todos los teatros de España, á excepción de los de las provincias catalanas.—J. ARIMÓN.

(El Liberal.)



Nuestro inolvidable Valentín Gómez tenía compuesto, creo que en verso, un drama histórico titulado *Los Segadores*; referíase á los legítimos y auténticos, es decir, á los que ensangrentaron el terrible Corpus de la insurrección catalana, á los bárbaros campesinos de que fué Tácito el portugués Melo. Estos otros SEGADORES del Sr. Armiñán son de la época presente; como que la comedia que acabamos de oir no es sino el catalanismo y la cuestión catalana, puestos en diálogo, vistos á través de los cristales del más exagerado *castellanismo* ó rabioso *anticatalanismo*; vamos... desde la redacción de *El Imparcial*, y queda dicho todo

Así, y como otras piezas teatrales fueron antes novelas, y otras leyendas, Los SEGADORES del Sr. Armiñan no han sido, sino que son actualmente, artículos de periódico, folletos y discursos innumerables Y al aparecer entre los bastidores y bajo las bambalinas no pierden nada de su factura prosaica. . Apestan á sección de

«Ecos Políticos» á cien leguas, y creemos que ninguna persona con mediano temperamento artístico, podrá soportarlos.

Lo que no es culpa del señor Armiñán, sino en cuanto ha escogido un tema para obra de arte que, por andar al presente entre *comisiones puras y mixtas*, y manoseado por los antipáticos señores que *toman la palabra en pro y en contra*, y dicen *entiendo yo*, es inadecuado para la transfiguración poética exigida por el arte puro. Si hasta en *Los intereses creados*—y son ¡*Los intereses creados*!—desentonan aquellas transparentes alusiones á la guerra infausta de 1898, ¿qué no ha ser en estos pobres SEGADORES la descarnada relación de cuanto leemos todas las mañanas y todas las noches en los periódicos, y oímos todas las tardes en las Cámaras, y aun si vamos a tomarnos tranquilamente una tacita de café nos ha de decir lo mismo y repetirlo hasta la saciedad el insoportable contertulio de mesa?

Este prosaísmo de LOS SEGADORES no dimana de las tendencias de su autor. Lo mismo sería si en vez de ser éstas furibundamente anticatalanistas, fuesen al revés. La cosa no está en las ideas, sino en el asunto.

La fábula sobre que ha querido desarrollar este asunto el señor Armiñán, es la inevitable en semejantes circunstancias. Ya Lope de Vega compuso una comedia—nos parece que la titulada *Los Españoles en Flandes*, aunque á esta hora no podemos comprobarlo—en que el bizarro capitán de los tercios se enamorase de la hermosa hija de un flamencote; la hija le corresponde, naturalmente; pero el flamencote se pone, naturalmente también, hecho un basilisco, y pasan mil horrores á este propósito. En cambio, ahí están los novelones del profesor Mock *Les Genx de Mer* y *Les Genx de les Bois*, en que el que se enamora es un gallardo mozo flamenco y la enamorada una señorita de Brujas, de familia parcial de Felipe II y del Duque de Alba, y suceden los mismos horrores que en el otro caso.

En LOS SEGADORES, el que se enamora es un médico militar, andaluz (andaluz en verdad, más charlatán y discutidor que gracioso); la enamorada es *una pubilla* hija de don Jaime acaudalado fabricante de la provincia de Gerona, feroz catalanista, y por contera, con un hermano sacerdote, que aun es catalanista más cerril y arisco... ¿Qué ha de suceder? ..

Pues que don Jaime tiene que sentarse, al llegar el acto tercero, en ese sillón fatídico en que agonizan, tosen, sufren convulsiones y hasta mueren algunos, todos los personajes de comedia y drama que no acaban bien. Nosotros, desde que vemos en medio de la escena el sillón fatídico, comprendemos que no está puesto allí para que se afeiten ó saquen una muela á cualquiera de los héroes del drama, sino para algo más espantoso, y lo miramos de reojo como quien mira á un patíbulo. . Y cuando el traidor habla recio y gallea demasiado, le decimos entre dientes: Ya caerás, para tí está reservado el sillón.

Don Jaime, el fabricante no podía escapar del sillón, y allí fué á parar. ¿Qué iba á hacer el pobre hombre? La *pubilla,* haciendo caso omiso de su autoridad de *pater* de familias, transmitida por el Derecho romano á los fueros de Cataluña, se acogió al Código civil, título del matrimonio, para casarse con el médico militar de rizado pelo, y el fabricante tuvo un disgusto atroz, enfermó, y hubo de sentarse en el sillón de las toses y de los *jipíos*.

En vano la *pubilla* le pidió perdón; este fabricante tenía el alma dura de un *quirite*, y no podía ver á los aragoneses, quizás por aquello del fuero de Aragón: *Nom habemus patriam potestatem*.. La muchacha se quedo sin perdonar, y en esto cantan en la calle *Los segadors*... Entonces al fabricante se ocurre si *Los segadores* tendrán la culpa de todo lo que ha ocurrido, esto es, de que su hija se haya enamorado de un médico militar andaluz que estuvo en la Guerra de Cuba y trajo de allí la convicción de que la fuerza crea el derecho, y no el derecho la fuerza (¡mire usted que ir á la guerra de Cuba para venir con esta idea!), y de que él, el fabricante, quisiera que su hija se casase, no con el médico, sino con un *noy* rico de aquellas cercanías.. El telón cae lentamente, dejando á don Jaime sentado en su sillón y meditando sobre cosas tan hondas y trascendentales.

En suma: que los fabricantes y los curas traen á Cataluña revuelta, y que es preciso atarles corto para que los médicos militares andaluces se casen con las *pubillas* sin dificultad; tal es la sustancia de la obra que acabamos de ver. ¿Qué habrá dicho el señor Linares Rivas, que estaba en el teatro? Quizás haya pensado: «Pues la madre que yo saqué en *Nido de Aguilas*, no

era catalana, ni fabricanta, y tampoco quería que su hija se casase con el alcalde del pueblo».

No hemos oído al Sr. Linares. En cambio nos tocó de vecindad un señor muy entusiasta que aplaudía á rabiar, diciendo á cada paso. ¡*Qué se fastidien los catalanes*!

No ha quedado, sin embargo, muy satisfecho nuestro vecino; él esperaba que don Jaime y su hermano el cura acabaran peleándose por *el voto corporativo* Y esto no salió; no hubo discusión por el voto corporativo. Algo ha de faltar siempre.—A. S.

(El Universo.)



Los segadores.—Comedia en tres actos, original de D. Luis de Armiñán, estrenada anoche en el teatro de la Princesa.

Si la obra que motiva estos párrafos es traducida al catalán, tendrá un éxito en Cataluña. En Jaime Llivia el fabricante, verán los catalanes á muchos amigos suyos, y les placerá la tenacidad, entereza, tozudez, lo que quiera el Sr. Armiñán, de tal personaje. Ante el peligro de la solidaridad establecida entre los obreros de sus fábricas por unos trabajadores forasteros, castellanos, nuncios del socialismo, despide á los intrusos; á la amenaza de la huelga si no los admite nuevamente, acepta la huelga; ante las reclamaciones contra la cantina que explota y beneficia, responde manteniendo la cantina y el cantinero. Se cree en su derecho, y lo sostiene. Está en la convicción de que es *amo* y no quiere ni hablar con sus inferiores. Ansía para su hija un marido que sea lo que él es, fabricante, amo, continuador de su historia, y rechaza el noviazgo de la niña con el médico militar, andaluz, conocido durante breve estancia en Barcelona. La hija se obstina, prefiere el médico forastero al *hereu* que la imponen, se acoge á la ley, es depositada, y no consigue de su padre que la perdone y la bendiga. Juan Llivia la despide manteniendo su tremendo castigo; no ha de faltar, en su hora última, á su entereza de toda la vida.

Mosén Andrés, hermano del fabricante, es la encarnación del clérigo intransigente, fanático, que atribuye

la riqueza de Cataluña á la protección divina y sueña con el reinado social de Jesucristo en el Principado. Para Mosén Andrés, segundón hecho cura, gracias á la liberalidad del *hereu* su hermano, en Cataluña se vive bajo el dominio de una raza odiosa, de un país extraño, de unos gobernantes despóticos, de un poder centralizador y avaro, de una tiranía cruel.

Mosén Andrés quiere Cataluña para los catalanes, con exclusivismo tal, que los castellanos le horrorizan y sólo ve en ellos cazadores de dotes, aventureros, quijotes, gandules, etc., etc. Mosén Andrés hablando en catalán, saldría á ovación por escena.

Mosén Andrés se opone á los amores de Monserrat con Rafael Díaz, el médico militar, no más que por «no ser de nuestra tierra» y porque «en Cataluña las mujeres se casan con quienes sus padres disponen», etc., etc. Catalanista exaltado, influye Mosén Andrés en la vida de su hermano, aconsejándole dureza é intransigencia con los de abajo y odio á los de arriba; repulsión á los forasteros.

En el médico militar, ha sintetizado el Sr. Armillán al español, no catalán, altruista, generoso, humanitario, caballeresco, galante, desinteresado y enamorado de la Patria por lo que la Patria es, madre amorosa de todos los en su territorio nacidos.

Rafael Díaz llega con su batallón al pueblo de su novia á tiempo que las turbas huelguistas asaltan la casa de Llivia para apoderarse del cantinero, en ella refugiado, deseosos de castigarle por haber atropellado á niños y mujeres. Rafael es el primero en atacar y dominar á los asaltantes. Esto le vale la gratitud del industrial, pero no le beneficia en su amoroso empeño. Tiene en frente la hostilidad de Mosén Andrés y los prejuicios del fabricante. Rechazado como novio, hácese respetar como caballero y usando de la ley se casa con la que adora, demostrando así que en Cataluña la ley es la de toda la Nación.

—

Una pincelada de acierto es la habilidad de que en el momento del choque entre los huelguistas y el patrono, suenan tambores y cornetas. Es la tropa que llega, la tropa que impodrá el orden, la tropa, pocos momentos antes desdeñada como brazo de un poder execrado, de

una nacionalidad exótica y tiránica. Las disertaciones entre Rafael y Mosén Andrés, son alegatos vigorosos de la causa que cada uno de ellos defiende. El canto del himno *Els Segadors*, al final, coincidiendo con la muerte de Llivia, resulta innecesario, como no sea para justificar el título de la comedia.

Monserrat, personifica la rebeldía femenil contra la intolerancia que propende á matar los impulsos del corazón y á convertir el amor en materia dócil al egoísmo plutocrático. Cristeta, es la hija sumisa, dócil, partícipe de las ideas de sus mayores, que concluye por convenir en que el amor no es un delito y que tener por novio á un castellano no es abrirse las puertas del infierno.

Peret, es el servidor que sólo ve y habla y siente, lo que desde pequeñuelo aprendió en la condición social de que no intenta salir, ni mucho menos. Para él Mosén Andrés es un oráculo; el amo, un Dios; los trabajadores, unas máquinas...

El alcalde, sintetiza el sentido oportunista de Cataluña y... de todas partes. ¿Es más fuerte el fabricante que los obreros? ¡Con el fabricante! ¿Pueden más los obreros? ¡Con ellos! La cuestión es que las fábricas funcionen, que el trabajo no falte El alcalde soluciona la huelga y se tiene por un La Cierva rural, y está en lo firme. Por medio de un asistente, también andaluz, el Sr. Armiñán opina que la Sardana más que baile es jugar al corro, y que los orfeones sirven para que los que cantan mal impidan oir á los buenos cantantes. Como esto lleva la réplica correspondiente, todos los gustos están servidos.

—

¿Quiere el autor demostrar que Cataluña es anticastellana? No podemos afirmarlo. Uno de los personajes dice que los intolerantes é intransigentes son pocos. Verdad que por estos pocos entiende á los opulentos, á los reyes de la industria, de la propiedad, del comercio; á los que explotando á los humildes quieren tener al Estado á sus órdenes, pagándole sus dádivas con desprecios y rencores.

Hubiéramos aplaudido la sustitución del médico militar, sin fortuna, por un adinerado castellano, paisano él y en igualdad social de condiciones que la familia de su novia. Porque eso de rechazar al novio pobre y sin

más que el sueldo de teniente ó capitan ó de empleado civil, es fruta catalana y de todas partes; como en todas las familias, y más en las bien acomodadas de toda población mayor de 500 habitantes, es «un forastero», «un busca vidas», «un nadie» el pretendiente que no luce brillantes, ni exhibe *joyas* ni habla de sus haciendas y palacios.

En fin, el autor se trazó un plan, á él se ajustó, y no hay que enmendarle ahora la plana.

—

El Sr. Armiñán oyó muchos y nutridos aplausos y salió repetidas veces á escena, y más hubiera salido si las espectadoras no se hubiesen disgustado al oir que «Dios hizo á la mujer incompleta».

En la interpretación, Carmen Cobeña estuvo magnífica; esta es la palabra. Su hermana, muy bien, y eso que el papel se hace antipático, y resta afectos á su intérprete.

Morano, manteniendo su reputación. Hecho un ateneísta, y con fuego y bríos en los momentos que lo pidieron. Mereció una ovación y la tuvo. Bien los actores que hicieron de Jaime y de Andrés. Los demás, completaron el conjunto con acierto, ganándose Ricardo Manso la Alcaldía de Madrid, para la primera vacante.—X. X.

(El Globo.)

***

Hacer una obra de actualidad no es, ciertamente, el mejor camino para lograr derecho á vivir perpetuamente entre los grandes dramaturgos, puesto que la vida efímera del tema, forzosamente ha de reflejarse en el existir de la obra misma en que se le estudia y discute; pero es, sin duda, también un excelente procedimiento para conseguir un éxito de ocasión, bueno y resonante, que al cabo y al fin, tiene su valor literario, y, simultáneamente puede tener valor de otra índole.

El calor pasional que estorba y daña en las obras fisolóficas, lejos de estorbar, es un elemento importantísimo en las obras de arte escénico, y aun trepando estas por las arriscadas pendientes de la Filosofía, trepan

mal si no llevan por guía y sostén la pasión, que mueve á los seres más y más profundamente que las más arduas disertaciones científicas.

Por eso quizás no estorba de vez en cuando, una obra como la que anoche vimos en la Princesa que pueda echar leña al horno, jamás suficientemente caldeado, y en gracia á ese calor puede ser perdonado el pecado de actualidad, con otros pecadillos de él nacidos, siempre á condición de que ellos no sean demasiado graves.

El mal, por otra parte, no está tal vez tanto en que las obras sean demasiado actuales sino en que los autores tomen la actualidad por donde quema.

Una obra dramática que estudiase el alma catalana actual, con su exacerbación particularista y la repercusión de ella sobre el alma castellana, podría ser una obra eterna, porque, al cabo, tanto como la pintura de una pasión, puede vivir la pintura, aun siendo circunstancial, de una raza, ya que las razas se hacen de sentimientos y pasiones, que no sólo integran la psicología de ellas, sino que, además, se traduce en signos y caracteres corporales y externos.

Así visto, el problema catalán me parece perfectamente dramatizable; estudiar en las almas catalanas el origen y los caracteres de su exclusivismo sectario, y llevar al teatro ese estudio, podría dar una obra dramática de interés supremo, que sería al mismo tiempo interés actual para el presente é interés histórico y étnico para lo porvenir.

Lo que Zola pedía á los dramas ó á las tragedias históricas podría tenerlo así esa obra de actualidad, que sería, aparte la pasión del historiador, que vive los sucesos, pero ganando en cambio lo directo de la observación, tan histórica como las que hubieran de ser engendradas en el comercio continuo y razonado con cronicones y Memorias de épocas pasadas.

Hay, pues, un criterio para juzgar de esas obras, y es en definitiva el mismo que se impone para juzgar todas las obras dramáticas y todas las obras artísticas: el criterio de la verdad y el criteriode la sinceridad. ¿Nos pinta el señor Armiñán en LOS SEGADORES una Cataluña y unos catalanes verdaderos? En tal caso, su obra es excelente, porque para el arte tanto importa que el catalanismo sea problema de hoy como que lo fuese de ayer ó haya de serlo de mañana. ¿Falsea Cataluña y

los catalanes para lograr un efecto de mala ley? Entonces la obra es inadmible artísticamente.

Planteado así el problema, su resolución es fácil para quien conozca el modelo, menos fácil para quien no conozca de *visu*—si es lícito emplear este vocablo—el alma de aquella raza, ó, cuando menos las leyes y costumbres que han podido darla, en épocas más ó menos remotas, gérmenes de una psicología actual distinta de la psicología castellana.

Para nosotros hoy, podrá, en efecto, parecer extraña la obstinación del padre que rotundamente y desde luego niega su hija al que la ama, por la sola razón de que él nació fuera de Cataluña y no es «hombre de trabajo»; pero eso puede ser, y quizá es, lógico y natural en aquellas tierras y entre aquellos hombres, que sienten una aristocracia especial, y en que las instituciones del *hereu* y de la *pubilla*, perdurarán en las costumbres, aun borradas de las leyes, mientras no se descubra el modo de que las leyes tengan suficiente eficacia para trocar y refundir en un instante el alma de un pueblo.

De esa perdurabilidad parece ser símbolo en LOS SEGADORES la figura de Mosén Andrés, que seguramente no es clérigo por casualidad ni por buscar un efecto escénico, sino porque Jaime fué el *hereu* encargado de perpetuar la familia, y á su hermano quedole la religión como refugio.

Tomadas así las cosas, lo que muchos juzgaban anoche secundario en LOS SEGADORES, lo que acaso lo fué en el pensamiento del autor, me parece lo principal; y si en ello la acción es acaso demasiado rígida, inflexible, bien puede ser culpa de que el alma catalana lo sea asimismo; Jaime lo dice en su disputa con el pretendiente de su hija.

El catalán no acierta á doblegarse á los sentimientos ni á las pasiones; y tomado como él nos le pinta el catalán tipo, la acción es perfectamente lógica, y la obra queda en un alegato más, pero hecho desde muy distinto punto de vista, contra la tiranía de los padres que pretenden imponer marido á su hija, con la circunstancia especialísima de ser el interés étnico el que regula en este caso las determinaciones del padre inconmovible.

¿Tiene ese conflicto escénico algo que ver con el con-

flicto que el catalanismo plantea en la esfera política? Sí. En él, en lo particular y concreto, según la regla grata á Stuart Mill y á sus precursores, nos da el señor Armiñán, tal vez sin saberlo, la clave de lo general y abstracto; ¿cómo pedir á un catalán que estudie y conozca las regiones de España, cuando ni aun en aras de la felicidad de una hija importa á Jaime, el catalán tipo, quién es, de dónde viene ni adónde va el que la ama y de ella es amado?

Ese es todo el catalanismo: un error consistente en no querer saber quién son, de dónde vienen ni adónde van los demás españoles, error que conduce por el desdén al odio, porque no puede amarse sino aquello que se conoce.

Sintiendo, como siento, que la obra está en ese conflicto y en esa escena doméstica, claro es que para mí sobran y dañan las peroraciones de Mosén Andrés y la discusión semiacadémica del cura con el médico.

Eso no es teatro del bueno, y como eso, hay otras cosas de que antes hablé: los pecadillos, hijos del pecado capital, de tomar la actualidad por el lado candente, y de sentir aún la dramaturgia á la antigua usanza, los pecadillos que no tengo tiempo de mentar aquí y que si impiden que la obra pueda ser citada como modelo no logran impedir que haya en ella, cosas muy estimables y dignas de aplauso.

Cuanto á la interpretación, poco hay que decir, y consignando que Morano, hizo admirablemente su papel de Jaime, y los demás actores cumplieron muy bien, está dicho todo, sí huelga añadir que actores y autores, fueron muy aplaudidísimos y llamados á escena muchas veces. —Alejandro Miquis.

(Diario Universal.)

***

¿Es lícito hacer política desde la escena? Si avillanando el concepto hasta la chabacanería se sobreentiende por política la defensa de una candidatura, el traslado de un inspector de Vigilancia ó la cesantía de un alcalde, claro está que la política no debe acogerse al derecho de asilo en el teatro, como no sea para excusar tal ó cual episodio cómico de una obra. Pero si sacando

á la política de la pedestre degradación en que ha caído, á lo menos en España, la restituímos á su noble cuna aristotélica; si por política se sobreentiende el arte de gobernar á los pueblos, el teatro puede y debe ser en ocasiones tribuna que nos facilite el atraer la atención de las muchedumbres hacia problemas que, á no salir del Parlamento y de la prensa, ó nos serian indiferentes, ó nos interesarían á medias.

No se infiera de lo dicho que yo defiendo el que ciertos temas de actualidad político-económica, como la desgravación de los vinos, la subida de los cambios y la reforma del sufragio, emigren de las Cámaras á la escena; porque si esto ocurriese habría que resignarse á soportar dos ediciones diarias de cada discurso parlamentario y el Sr. Dato tendría que repartirse entre la silla presidencial del Congreso y la concha del teatro Español. No voy á eso. Lo que me parece lícito y honrado es que ciertos problemas políticos, que tienen un aspecto sentimental, dejen de ser alguna vez pretexto de la garrulería parlamentaria y vengan á la jurisdicción del literato, el cual, por escrúpulos artísticos, evitará el caer deliberadamente en la parcialidad.

Entendiéndolo así Luis de Armiñán, escritor de madura y cultivada inteligencia, nos ha dado en Los SEGADORES una honda y saludable lección de lo que es por dentro el catalanismo.

Sin caer ni un momento en la disertación pedantesca ni en prejuicios doctrinarios, que en el teatro no tendrían excusa, el brillante literato nos ha expuesto lo que tiene aquel problema de irreductible por ahora, ya que se debe á fanatismos seniles, y lo que podría ser resuelto por el impulso de los corazones.

Don Jaime Llivia es un industrial catalán, que vive honestamente con las dos hijas que hubo de su matrimonio, más atento á las vicisitudes de su negocio que á los temporales de la política, que casi le son indiferentes. Es honrado y laborioso, pero catalán hasta los entresijos, con las virtudes y defectos inherentes á su casta.

Este hombre, que en los pormenores de su industria discurre con independiente lucidez, discurre con exiguo entendimiento sobre todo lo demás; la inquietud social, que no pasa de ser el eco de un legítimo deseo de mejorar y de dignificarse de las clases obreras, es, en su

entender, aspiración pecaminosa y vitanda, que no cundiría si no fuera porque la propagan los periódicos, los discursos, los folletos y los libros. Así es que cuando sus obreros, cargados de razón, le declaran la huelga, don Jaime Llivia no ve en su actitud nada justiciero, sino un reto. Y al desafío contesta con la resistencia, y á la razón, con la terquedad.

Por si este hombre pudiera flaquear alguna vez y contemporizar con las exigencias ambientes, el destino ha puesto á su lado á Mosén Andrés, su hermano, el cual es presa inconsciente de dos fanatismos que oscurecen su juicio: el fanatismo clerical, que en todo ve un atentado á las doctrinas del Evangelio de Cristo, y el exclusivismo catalanista, que lo recusa todo, por bueno y alto que sea, si no procede de aquella región. Y este buen Mosén Andrés, que, por otra parte, es un carácter bien intencionado, á su manera, es el asesor de Jaime, el que le sugiere las ideas que el otro habrá de pensar y el criterio á que habrá de someterse.

De las dos hijas de don Jaime, Monserrat y Cristeta, la primera, que es la más bella, se ha prendado de un médico militar que solicita su mano, con negativo éxito, ni que decir tiene, y cuenta que el hombre ha entrado en aquella casa con un alarde de abnegación que debiera granjearle la gratitud de sus moradores.

El día antes, cuando la huelga había degenerado en motín y las turbas desmandadas se disponían á asaltar la casa de don Jaime Llivia, Rafael Díaz, el médico militar, fué el primero que opuso el temple de su corazón y el brío de su brazo á la acometida de los obreros. Ese acto, verbalmente agradecido por Llivia, no le conmueve, á pesar de todo. El industrial, voluntad autoritaria y ruda, quiere casar á su hija con el *hereu* de los Puig, un catalán que continúe las tradiciones de la región. Monserrat—al fin catalana—es tenaz en sus afectos y en sus resoluciones, y á despecho de todos los obstáculos, mantiene la candidatura de Rafael Díaz; firmeza que acarreará la enfermedad y tal vez la muerte de don Jaime.

Por sostener los fueros de su amor la muchacha no retrocede ante ningún peligro. Se aleja de su casa; refúgiase temporalmente en un convento, y transcurrido el plazo del depósito se desposa con el médico. Antes solicita la bendición paternal, que Llivia la rehusa. Poco

después, al abandonar para siempre Monserrat aquella morada, suena fuera, en la calle, el himno de *Los segadores,* y entonces Llivia, conmovido, acaso asustado por la perspectiva de un mañana trágico, pregunta á su hermano:—Di, Andrés, ¿habremos empezado á recoger la cosecha de odios que anuncia ese canto? Y cae el telón. El amor ha sido por el momento impotente para acallar los egoísmos regionales; el problema está en pie.

—

La obra, concebida con un alto interés ideal, está sobriamente trazada. La acción corre espontánea y libre de efectismos de mala ley, arrastrando siempre en su fondo el doloroso limo de la vida.

Creo, de acuerdo con un amigo mío cuyo consejo he tenido siempre en mucho, que Armiñán debió repartir los elementos dramáticos del acto primero en dos actos, para evitar que se acumulen, como sucede. De ese modo la obra habría ganado, si no en interés, en perspectiva escénica. Por lo demás, el notable escritor ha procurado ser veraz y probo en la transcripción de la realidad. Esa plausible tendencia se echa de ver en la obra toda.

¿Habrá que añadir que Los SEGADORES obtuvo un éxito franco? Las frecuentes llamadas á escena de que fué objeto Luis de Armiñán darían á éste la medida de su triunfo: un triunfo que yo celebro de corazón.

Los intérpretes de la obra contribuyeron con mucho acierto al brillante éxito de Los SEGADORES, sobre todo Carmen Cobeña, que estuvo admirable de ternura y de firmeza de carácter, y Paco Morano, que supo mantenerse como lo exigía el natural: socarrón, egoísta, rudo y terco. Merecen preferente mención, por el acierto de su labor, Leovigildo Ruiz-Tatay, Josefina Alvarez, la Srta. Ahijón y los Sres. Comes, Manso y Cobeña.

La escena, como dirigida por el literato Sr. Oliver, irreprochable.—MANUEL BUENO.

(Heraldo de Madrid.)

***

En el elegante teatro de [la Princesa fué estrenada anoche la comedia dramática en tres actos Los SEGADORES, obra del Sr. Armiñán.

El éxito fué franco, decisivo; desde las primeras escenas, el público—que llenaba completamente el local—se identificó con la obra. El diálogo movido, correcto y ajustado á la realidad se hacía interesante, y el público aplaudía con calor, con entusiasmo, los principales pasajes, siendo esos aplausos ardorosos cuando el telón caía.

Muchas veces fué llamado el autor á la escena, y allí aparecía el Sr. Armiñán para recibir ovaciones sinceras y prolongadas de un público sugestionado por la primorosa obra del neófito dramaturgo. Y es que en el señor Armiñán se aplaudía al autor dramático de inteligencia robusta, al político serio y valiente que mira hondo los problemas sociales, y sincero patriota.

En los corrillos que se formaban durante los entreactos, eran unánimes las alabanzas; unos decían: «Armiñán ha empezado por donde los grandes autores terminan»; otros: «de un salto ha subido al pináculo de la gloria literaria», y muchos: «¡vaya un discurso político-social!»

Sólo un corrillo de flácidos y melenudos catalanistas, metido allá en un pasillo extraviado, murmuraba en voz muy queda lo que no pude oir, aunque sospecho el tema. Iban estos desgraciados á *reventar* la obra, pero chocaron contra la avalancha del entusiasmo y se dieron por vencidos sin disparar el arma. Fueron prudentes y aplaudo la discreta retirada.

Armiñán ha triunfado en toda la línea; ¡que sea el triunfo acicate para proseguir la hermosa campaña emprendida! Armiñán ya no se pertenece á sí; su cerebro corresponde á la sociedad y á ella tiene que entregarse como lo hicieron Pérez Galdós, Echegaray, Benavente y otros... *siendo poco respetuosos con el trabajo.*

Mi cordial felicitación. Adelante.

—

Revela Los SEGADORES estudio profundo del magno y grave problema catalanista. Toda la obra está impregnada de puro ambiente catalán: la frase corta, ruda, franca; el amor al trabajo, á lo material, á lo positivo: á lo que empieza en el estómago siendo fuerza latente y en corrientes de fuerza viva llega á los brazos que crean sustancia elaborada. La tradición petrificada en moldes férreos, inflexibles; la voluntad de los inferiores

anulada por los que dirigen; la locomotora que marcha siempre por los mismos rieles; la máquina que se mueve porque el vapor impulsa y calienta el émbolo. La excelsitud de la materia, de lo que produce dinero; la negación del amor, del afecto, de lo que se siente y no se toca, de lo que formando parte de la vida no integra visiblemente el trabajo positivo. El corazón subordinado al cerebro y éste sólo atento á los caudales encerrados en la caja. El cariño á su tierra y el desprecio á los demás.

En fin, todo lo bueno, noble, grande y hermoso que tiene Cataluña chocando contra lo bajo, sucio y repulsivo de *ciertos* degenerados de aquella preciada región española.

El problema se presenta descarnado, sin tapujos ni rellenos, con una verdad tan grande que sólo podrá conocer el que respiró varios años el ambiente de Barcelona y de la montaña catalana; el que admirando el trabajo y la laboriosidad de Cataluña no pudo por menos en días de recogimiento sentir las nostalgias de su tierra.

El autor tira de la manta y presenta al público la realidad del problema, pero de tal manera que el espectador, conocedor del asunto, no puede por menos de decir: ese, ese es el problema catalanista; eso hacen, eso piensan; podrán estos políticos de nuevo cuño y á lo Cambó, enmascararlo con artimañas y caretas cobardes é hipócritas; podrá el Sr. Maura dejarse engañar á sabiendas, pero por dentro no hay más que eso que el señor Armiñán, con franqueza no menos ruda que la catalana, expone en Los SEGADORES.

—

Don Jaime, rico fabricante de un pueblo catalán y *Mosén Andrés*, hermano del fabricante, simbolizan la intransigencia, el amor al pasado, á la tierra donde nacieron y el odio al resto de España. *Don Jaime* es el capital, el que se enriquece trabajando con sus operarios, el que lucha con la máquina y el obrero; no ve otra cosa que su fábrica, su tierra y su familia.

Para conservar incólumes, invariables, rígidos y fuertes aquellos pensamientos, está la palanca de *Mosén Andrés,* el sacerdote tradicionalista, convencido, esclavo de su misión é indomable en sus ideas, pronto siempre

á reforzar el alma de su hermano cuando ve síntomas ó motivos de vacilaciones.

Este personaje *don Jaime-Mosén Andrés,* pues en realidad son dos cuerpos y un alma, se halla ante dos problemas: uno social, el otro político, aun cuando los dos aparecen siempre unidos, compenetrados.

Don Jaime expulsa de su fábrica á tres obreros aragoneses; toma esta determinación por ser *extranjeros,* aun cuando busca un fútil pretexto. Todos los obreros de la fábrica se declaran en huelga y para reanudar el trabajo imponen vuelvan á ser admitidos los compañeros despedidos. Esos tres obreros son buenos, son honrados y trabajadores; la bandera del obrero es la solidaridad del trabajo. El fabricante opone una razón, un argumento: vosotros trabajáis en mi fábrica porque os da la gana, porque queréis, porque así es vuestra voluntad; tenéis el derecho de venir ó no venir, según os place, y á mí me negáis la libertad, el derecho de tener en mi casa, en mi fábrica á los trabajadores que estime y crea conveniente. Libertad para vosotros, imposiciones para mí

Los huelguistas replican: somos los menos fuertes, los humildes, los desheredados; no queremos limosnas porque nos afrenta, porque es cobardía, y porque tenemos brazos y cerebro para ganar la vida con nuestro trabajo; vivimos con vuestro capital, con vuestra inteligencia, pero usted vive también con nuestro cerebro y nuestro trabajo, capital no inferior al que guardáis en la caja *Don Jaime* hace ademán de duda, de vacilación, pero *Mosén Andrés,* rápido como lince, interviene en la contienda, fortifica á su hermano, el cual se rehace y volviendo á ser fuerte, exclama: No acepto imposiciones; queréis la huelga, pues á la huelga; en mi casa mando yo.

Y la huelga estalla, violenta, terrible, pasional, como lo hace el hombre acorralado; la multitud grita desesperada; arde en deseos de venganza, y cuando el león ruje para lanzarse á la presa, suena la banda del regimiento que anuncia la llegada de las tropas que vienen á prestar fuerza al derecho que ha de resolver la contienda social. Es España la que llega, son con Cataluña las demás regiones, son hijos de aquellas tierras que tanto odiáis, aun cuando nada os piden, y siempre prontas á defenderos con su vida, con su sangre y con su di-

nero. Es el Ejército, es la bandera, triste ó alegre, pobre ó rica, pero siempre hermosa y querida; ese emblema del cual tanto renegáis por ser símbolo de la patria.

El problema político se manifiesta en toda la obra, pero se hace intenso con los amores de Monserrat, hija mayor *(pubilla)* de *don Jaime* con *Rafael Díaz*, médico militar

Rafael conoce á *Monserrat* en Barcelona, se prenda de su hermosura y ella siente por el apuesto y brillante militar gran cariño. Conocedora ella de los pensamientos de su padre no tiene valor para comunicarle sus amores; la pobre muchacha no tiene madre y en su padre ve más rectitud é inflexibilidad que cariño y confianza; el temor puede más que el cariño.

Todo está en secreto hasta que *Rafael* se presenta al padre y le pide la mano de *Monserrat*.

Mosén Andrés, que es el báculo del fabricante, entabla un primoroso diálogo con el médico militar; éste representa la nación que ansía ir adelante; es la ciencia y es la fuerza. Representa y proclama la Patria grande, una, intangible, progresiva; así como los otros, los dos hermanos aman la patria chica, lo suyo, desdeñando todo lo demás. *Mosén Andrés* transije con las *izquierdas solidarias*, porque de esa manera pueden combatir y triunfar contra el *enemigo común*, pero una vez alcanzada la victoria, tirarán con aquellos por ser irreligiosos y perturbadores del orden social.

Con lo que no se puede transigir es con *Rafael Díaz*, es extranjero, *no trabaja* como ellos. La *pubilla* ha de casarse con el *hereu* de Puig. Confieso que este personaje—el *hereu* de Puig—que no aparece en escena, hace bien en no presentarse. Es el novio que el padre tiene preparado para la chica, y resulta de lo más antipático que puede imaginarse.

Pero *Monserrat* quiere á *Rafael;* le ama con toda su alma; ve en su novio cariño, inteligencia, honradez y educación; por eso le quiso, y por eso hoy le ama como aman los seres puros.

Jamás pudo sospechar el fabricante que su hija no fuese instrumento mudo y pronto á ejecutar sus mandatos. «*Monserrat* no quiere más que al que yo quiera». El rudo golpe que sufre don Jaime al oir de labios de su hija que se casará con el militar, le despedaza el alma. *Monserrat* es despedida de la casa paterna y consiente

ser depositada en un convento; tiene más de veinticinco años y entre las monjas espera pasen los tres meses que la ley determina para luego unirse al hombre que ama.

Don Jaime herido en su dignidad, desobedecido por su hija, y sobre todo, loco de horror al pensar que un *Castellanot* llegaría á ser su hijo político y dueño de la riqueza que él con su trabajo y... herencias había reunido, se siente morir y abandona toda idea que no sea su hija, su Monserrat perdida.

Transcurren los tres meses y *Monserrat* vuelve á casa se arrodilla ante su padre, y cuando éste luchando entre su autoridad fracasada y el cariño de una hija, va inclinándose al perdón... vuelve otra vez la palanca inflexible, rígida y fría de *Mosén Andrés*, que con solo la mirada inyecta valor á su hermano para no doblegarse y proseguir la lucha; no se puede transigir, antes la muerte.

Monserrat no es perdonada y sale de la casa paterna para unirse en matrimonio con Rafael, el preferido de su alma.

Un obrero que trabaja en un taller próximo, canta la primera estrofa de *Els Segadors*; todos guardan silencio. *D. Jaime* llama á su hermano y le dice: «*Hermano: ¿empezaremos á segar la cosecha de odios que esos cantos nos anuncian?*» Esta es la notable frase final de la grandiosa obra Los SEGADORES.

La intransigencia, la rudeza, la rigidez fría y pétrea, lo material y sólido... todo eso que allá en Cataluña llaman *un carácter* dejaron al gran *Don Jaime* sin su hija que era la *vida*, y holgando la fábrica que es riqueza, *trabajo.* Y mañana—muy pronto—recogerán sus descendientes, los frutos sazonados de tan extraña filosofía.

Esta es en gran síntesis, la obra del Sr. Armiñán. Presenta el problema, señala la llaga con todo su repugnante aspecto: ni lo mitiga ni lo agranda. Ha sido valiente y con la valentía ha mostrado su robusto y poderoso cerebro. No hay más convencionalismo que el indispensable para mover las figuras, para amoldarlo á la escena del teatro; pero los personajes hablan, sienten y luchan de la misma manera que hablan, sienten y luchan los enemigos de la madre España.

Mosén Andrés y don Jaime, gran eje de la obra, son personajes dignos, nobles y sinceros; proceden así por-

que honradamente lo sienten. No son Pantojas como dicen algunos periódicos de la Corte; al llamarlos Pantojas demuestran no haber comprendido la hermosa obra de D. Luis de Armiñán. *Pantoja*, el famoso personaje de *Electra* es versátil, intencionado; baja la cabeza ante el peligro, y la eleva—arrastrando siempre el cuerpo—cuando aquél se aleja; nunca lucha de frente, siempre á traición; conoce bien el mundo y los puntos vulnerables de la sociedad: por eso vence. *Mosén Andrés y Don Jaime,* son el polo opuesto del antipático y repulsivo personaje de la obra de Galdós; siempre luchan de frente, con nobleza; siempre con la cabeza erguida; desconocen el mundo, pues para ellos no hay más tierra que Cataluña ni más hombres que los catalanes. Son *jaquires* indianos aferrados á su idea, y gozan como éstos, contemplándose el ombligo. Por eso no vencen.

La acción dramática es intensa; el Sr. Armiñán debe conocer á conciencia las obras de Ibsen y Shakespeare, ó por lo menos en esos maestros se ha inspirado; la tristeza, el sentimiento envuelve toda la acción. Los grandes problemas de la vida no son nada alegres y si han de plantearse obras artísticas, es necesario ponerles ambiente de verdad, que la belleza es verdad, y la verdad transportada al mármol, al lienzo, á la cuerda ó placa que vibra, ó á la palabra que seduce y convence, es arte que enseña, que vive y educa, y hace trabajar al cerebro llevandonos á sentir ese algo que está muy por encima de lo material, y que no llegaron desgraciadamente á conocer los forzudos y noblotes Mosén Andrés y D. Jaime.

La interpretación muy aceptable. Bien, muy bien la Sra. Cobeña en el papel de Monserrat; á gran altura Morano en D. Jaime; insuperable Ruiz Tatay con su papel de Mosén Andrés; regularcillo—nada más—Comes en el del médico militar. Los demás discretos.—M. Rivas Mateos.

(*El Bloque* de Cáceres.)



Apresurémonos á hacer constar que la comedia dramática Los segadores, estrenada anoche, obtuvo por parte del público de la Princesa una cordial acogida y un éxito muy lisonjero. El Sr. Armiñán, más que un

primerizo en el arte de hacer comedias, parece un experimentado autor, familiarizado con todos los recursos y todas las habilidades teatrales, y conocedor de las aficiones y gustos del público, á los cuales rinde, quizás, excesivo acatamiento.

No sabemos lo que se ha propuesto el autor de Los SEGADORES al escribir su obra; pero es indudable que no se ha propuesto una finalidad esencialmente artística. Tampoco puede lógicamente suponerse que haya querido el Sr. Armiñán mostrarnos, con la fuerza de realidad de una representación plástica, el carácter violento de las luchas sociales entre patronos y obreros y la gravedad del problema social en las regiones fabriles.

En Los SEGADORES aparecen, ciertamente, obreros en huelga, fabricantes intransigentes, soldados en maniobras, colisiones, amenazas, gritos entre bastidores y gentes descamisadas que penetran en escena con palos enarbolados y escopetas de chispa; pero todo ello es episódico en la obra y sólo sirve de marco á la acción principal,que se reduce á unas vulgares cuestiones de familia. Del problema social nada apunta ni nada resuelve el autor, y después de la escena final del acto primero parece olvidarlo completamente.

El intento del novel dramaturgo parece reducido á poner un comentario á lo que se ha dado en llamar la cuestión catalana, asunto de actualidad palpitante, el más á proposito para llamar la atención y apasionar los ánimos del público.

Los SEGADORES es, pues, un drama de circunstancias, y es indudable que si á ello debe en gran parte el éxito favorable de su estreno, bajo el punto de vista artístico y literario, juzgando la obra con absoluta imparcialidad y sin apasionamiento ninguno, es aquél su principal y más perjudicial defecto.

El autor de la obra, obligado por la *tendencia*, llevado del natural prejuicio, sujeto al *parti pris* de tener que presentar con su particular criterio las premisas en que ha de basar su peroración política, hace abstracción de cuanto debe ser base y asiento de la obra artística.

El Sr. Armiñán, en lugar de preocuparse del arte y la literatura, sólo se ha preocupado de la política, y así, en lugar de resultarle la obra un drama, le ha resultado un discurso, que puede en algunos de su párrafos lograr el aplauso de un público adicto; pero que no tiene con-

sistencia, por lo endeble de la trabazón, la falta de lógica, y lo exagerado y retórico del tema que desarrolla.

El asunto, en primer lugar, de Los SEGADORES es vulgar y anticuado, como es anticuado en absoluto el procedimiento dramático que el autor emplea. Hay en la obra dos acciones paralelas, dos dramas que, mutuamente, se desnaturalizan y oscurecen: el drama de la fábrica, el problema general obrero, y el drama del fabricante y su hija, el problema particular de la familia. Durante todo el primer acto, el drama social predomina. Nos parece hallarnos ante una obra como *Los Tejedores*, de Hauptmann. Pero el autor se arrepiente de ello, y no sólo no nos dibuja y modela los principales tipos de obreros, ni nos muestra su razón ó nos presenta su carácter, sino que ni siquiera resuelve nada, y abandona por completo aquel tema, quedándonos sin saber siquiera el resultado de aquella huelga formidable.

Tampoco resuelve el Sr. Armiñán el segundo drama, el conflicto que es nervio de la acción principal: la rebelión de la hija ante la intransigencia de su padre. El asunto no es nuevo. Una muchacha enamorada y un viejo fabricante que se opone á la boda. Es el mismo asunto de centenares de obras españolas y extranjeras, que terminan como en el drama de Sudermann *El honor*, y como en *Magda*, cuyo protagonista debe ser muy cercano pariente del *Don Jaime* de Los SEGADORES. Este, como aquél, niega su bendición á su hija, y padece de parecidos ataques de apoplegía.

Lo único nuevo en la comedia estrenada anoche es el motivo de la negativa paternal, y aquí parece estar todo el meollo de la obra

Don Jaime se opone al matrimonio de su hija porque el novio *no es catalán*, y obra así porque en aquella casa se siente odio á todo lo que no es regional, y allí, á pesar de ser gente rica y distinguida, se bebe con porrón, se cantan «Los segadores» y hasta se debe obligar á los obreros á que usen *barretina*, cosa que no se ve, ni por rara casualidad, entre los trabajadores de las fábricas.

El Sr. Armiñán no ha observado los tipos ni las costumbres del medio ambiente en que pretende desarrollar la acción y que le sirve de fundamento para su drama.

Los caracteres de los personajes son rectilíneos, de

una pieza, sin una complejidad psicológica, como el de *Jaime* y el de su hermano, ó son borrosos completamente, como el de *Monserrat* y de *Cristeta*. Además, hay allí un cura, mala persona, que no tiene perdón de Dios, y á quien debería quitar las licencias el cardenal-obispo de Barcelona. El mosén aquél se pasa el día concitando odios, insultando á los obreros, á los forasteros, á todo bicho viviente.

Y el Sr. Arminán nos lo presenta como una especie de representación del carácter catalán, junto con su hermano, que es otro que bien baila. Afortunadamente, ha recargado las tintas el autor de Los SEGADORES, y son tan manifiestas las exageraciones, que no logran convencer á nadie.

Es una lástima que á pesar del laudable propósito del Sr. Armiñán, el prejuicio político le haya llevado por esos derroteros, y es más de lamentar, porque sin ello, con seguridad hubiéramos podido aplaudir una obra dramática genuinamente artística, ya que sobradas condiciones de autor é indiscutible talento nos demostró poseer para relizarla.

En la interpretación de Los SEGADORES se distinguieron, en primer término, Carmen Cobeña, teniendo que luchar con lo incoloro de su papel; Paco Morano, muy justo en el tipo de *Don Jaime*; Ruiz Tatay, encargado del cura mala persona; Comes, que mereció los aplausos que le tributó el público en el acto segundo, y Manso.—*J. M. Jordá.*

(España Nueva.)

Precio: DOS pesetas

50 POR 100 DE AUMENTO